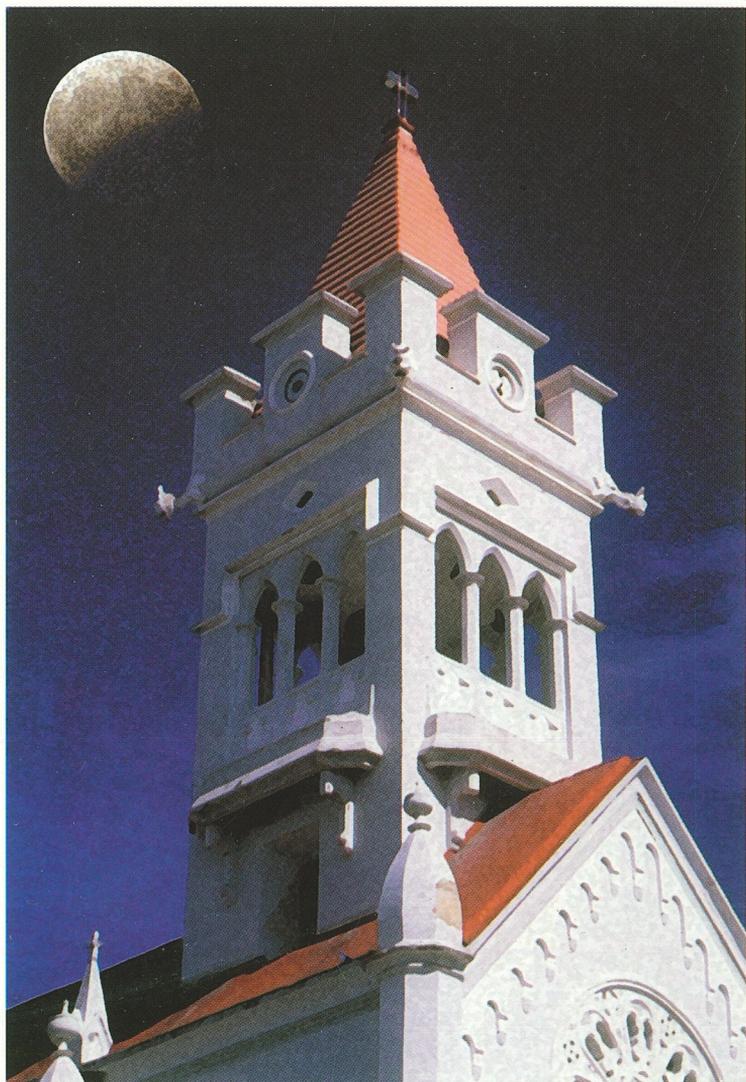


LIGIO VIZARDI POESÍAS

BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XXX



POESÍAS COMPLETAS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director-fundador (1921-1999):
Manuel Rueda

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Fotografía de Ligio Vizardi



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXIX

LIGIO VIZARDI

POESÍAS COMPLETAS

Semblanza por Virgilio Díaz Grullón

Poesía de Ligio Vizardi
Estudio de José Alcántara Almánzar



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2000

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

ISBN-84-89752-52-4 (Encuadernada)
ISBN-84-89752-53-2 (Rústica)

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

SEMBLANZA DE VIRGILIO DÍAZ ORDÓÑEZ

Virgilio Díaz Ordóñez, poeta, escritor, orador y diplomático, nació el 5 de mayo de 1895 en la ciudad de San Pedro de Macorís, República Dominicana. Fue el segundo hijo del matrimonio de Pablo Díaz Rodríguez, puertorriqueño, y Dolores Ordóñez Vargas, dominicana, casados el 23 de diciembre de 1892 y quienes procrearon un total de diez hijos.

La familia residió originalmente en San Pedro de Macorís, trasladándose a la ciudad de Santo Domingo en 1899 y permaneciendo allí hasta 1912, cuando retornó a la primera ciudad. Virgilio Díaz Ordóñez permaneció en San Pedro de Macorís hasta 1934, año en el cual se trasladó nuevamente a Santo Domingo, entonces Ciudad Trujillo, en donde vive hasta su viaje a Cuba en 1943 en funciones diplomática.

Virgilio Díaz Ordóñez hizo sus estudios primarios en Santo Domingo, en el Colegio anexo al Convento de los Dominicos que dirigía el Padre Francisco Fantino Falco y los de secundaria en el Colegio Santo Tomás de Aquino cuyo Director era el Dr. Parmenio Troncoso de la Concha. en 1912 obtuvo el título de Bachiller en Ciencias y Letras, en la Escuela que dirigía el Dr. Federico Henríquez y Carvajal. Estudiando en su ciudad natal y presentando exámenes en Santo Domingo, se graduó de Licenciado en Farmacia en 1914 en el Instituto Profesional y luego de Abogado en 1920 en la Universidad de Santo Domingo.

En 1928 fue designado Juez de Primera Instancia de San Pedro de Macorís, funciones que ejerce hasta 1932, año en que fue

destituido por negarse a dictar una sentencia complaciente en beneficio de un allegado a los poderosos de la época. En el año 1937 es designado Juez del Tribunal de Tierras y, a partir de 1938 y hasta 1943, ocupa sucesivamente las siguientes funciones: Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes; Profesor primero y Decano luego de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo; Secretario de Estado de Justicia; Miembro de la Comisión Consultiva Permanente de Relaciones Exteriores; Rector de la Universidad de Santo Domingo; Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, Diputado al Congreso Nacional y Senador de la República.

Luego de cesar en 1947 sus funciones diplomáticas en Cuba, Virgilio Díaz Ordóñez fue designado Embajador en Lima, Perú, donde estuvo solo un año, retornando al país y permaneciendo en este hasta su designación en 1955 como Embajador ante la ONU. Después de una breve permanencia en Santo Domingo, asumió en 1957 el cargo de Embajador ante la Organización de Estados Americanos, en Washington, Estados Unidos de América, última función política que desempeñó para el Gobierno Dominicano, ejerciéndola hasta el año 1962. A partir de ese año y hasta su muerte en 1968 ejerció la docencia en la Universidad de Georgetown, en Washington.¹

Virgilio Díaz Ordóñez casó dos veces, la primera con Virginia Grullón Rodríguez Objío con la cual procreó un hijo, Virgilio Díaz Grullón, y la segunda con Dolores Carrión Amechazurra con la cual no tuvo descendencia. Ana Virginia falleció en 1928 y Dolores en 1967.

La vocación literaria de Virgilio Díaz Grullón, quien firmaba gran parte de su producción con el seudónimo de Ligio Vizardi, se manifestó desde su primera juventud y, ya a los 23 años publicaba con asiduidad sus poemas y cuentos en las revistas literarias de la época, tanto de su ciudad natal como de Santo Domingo. Su famosa botica "Miramar", establecida en 1913 en San Pedro de Macorís, se convirtió en centro de tertulias literarias a las que concurrían asiduamente los hombres de letras

1. En esa Universidad impartió cátedras de Español Avanzado e Introducción a la Literatura y dictó cursos especializados sobre Cervantes y su época y el teatro español del Siglo de Oro.

más destacados del país.² De esas reuniones surgió la revista Hamlet, órgano de difusión cultural que jugó un importante papel en su época. Durante la primera ocupación norteamericana del país (1916-1924), participó en actividades patrióticas de resistencia y estuvo preso luego de leer en un teatro su "Canto a la Restauración", poema de protesta contra la intervención.

Díaz Ordóñez, dotado de una acendrada vocación de enseñar, ejerció también el magisterio tanto en la Escuela Normal de San Pedro de Macorís como en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo y, finalmente, en la Universidad de Georgetown de la ciudad de Washington. Además presidió el Ateneo de su ciudad natal y posteriormente el de la capital.

Fue Miembro de Número de las Academias Dominicanas de la Lengua y de la Historia, Miembro de Honor del Instituto de Cultura Hispánica y Miembro correspondiente de la Real Academia Española. Su labor fue reconocida en numerosos torneos literarios obteniendo, entre otros, los siguientes galardones: Flor Natural de los Juegos Florales de San Pedro de Macorís en agosto de 1919 por su poema "Canto a la Restauración"; primer premio en el Concurso Hispano-Antillano de la Casa de España en 1923 por su trabajo "Juicio crítico acerca de la colonización de España en América"; Primeros Premios en los Juegos Florales de La Vega y en los Hispano-Dominicanos por sus poemas "La venda perfumada" y "Rumbo al infinito", ambos en 1924; dos Primeros Premios en el Certamen de Bellas Artes y de Artes del Día de la Raza en 1926 por sus sonetos a Cervantes y a Bolívar; Premio Unico en el Concurso de sonetos a Beethoven con motivo del centenario de su muerte en 1931; Flor Natural en los Juegos Florales Nacionales de 1935 por su poema "Doña María de Toledo" y Primer Premio de Prosa en el certamen literario del Consejo Administrativo de la ciudad de Santo Domingo por su trabajo "Renacimiento de Santo Domingo".

En el año de 1925 publica su primer libro de versos: *Los nocturnos del olvido*, que mereció muy favorables comentarios de los críticos de su época.

2. Entre los concurrentes asiduos de esas tertulias figuraban Julio De Windt Lavandier, Armando Oscar Pacheco, Enrique Cambier, Manuel A. Amiama, Pedro Pérez Garcés, Raúl Carbuccia, Virgilio Vilomar, Luis Henríquez Castillo, Horacio Read y Rafael Reyes Darrás.

En 1929, lacerado su corazón por la muerte de su esposa Ana Virginia ocurrida el año anterior, publica *La sombra iluminada*, colección de poemas elegíacos que son, como dijo una vez Freddy Prestol Castillo, "Cantos de la muerte, de amor y de vida diaria porque intentan perennizar el amor a pesar de la muerte".

El año siguiente edita su tercer libro de versos: *Figuras de barro*, colección de sonetos que ofrece una galería de mujeres y del cual su propio autor dice que se trata "de un viaje del pensamiento: un viaje que se inició en la maldición del barro oscuro de la bestia y llegó hasta la divinación de la bella y frágil arcilla femenina".

En 1938 publica *El más antiguo y grave problema antillano*, ensayo sobre las relaciones dominico-haitianas, y en 1947, siendo Embajador en Perú, publica en Lima su novela *Archipiélago* y *Poemario*, su cuarta obra de versos.

Luego de su retorno al país edita, en 1952, una traducción de *Los Rubaiyat de Omar Khayyam* basada en la versión al francés de Franz Toussaint,³ y el ensayo *Política exterior dominicana*, que fue el último libro que publicó en vida.

Después de su muerte y por gestiones de sus familiares y con la colaboración de amigos del poeta, se publicaron *Jerónimo, Biografía de una muerte* (1969),⁴; *Sonetos* (1971)⁵ y *Siglo de Oro*, editado en 1985 por la Oficina Nacional de Administración y Personal (ONAP).⁶

En el año 1973 Julio Jaime Julia, el connotado escritor y ensayista dominicano, editó *Del árbol del olvido. Apuntes a la biografía de Ligio Vizardi*, obra en dos tomos que constituye el más completo estudio acerca de la persona y de la obra del poeta.

En el año 1980 la Universidad Central del Este de San Pedro de Macorís publica las *Poesías completas* de Virgilio Díaz Ordó-

3. Esta traducción respeta la versificación original de Omar Khayyam y pone a rimar los versos primero, segundo y cuarto dejando libre el tercero, fórmula que no fue respetada por Franz Toussaint.

4. La edición de *Jerónimo* fue financiada por Anselmo Paulino Alvarez.

5. El editor de *Sonetos* fue Enrique Cambier, amigo entrañable del poeta y editor también de sus tres primeros libros.

6. Esta obra fue escrita para que sirviera de guía a los alumnos del poeta en su curso sobre teatro español del Siglo de Oro en la Universidad de Georgetown de la ciudad de Washington.

ñez con prólogo de Carlos Federico Pérez en el que este afirma no recordar dentro de la poesía dominicana, y tal vez tampoco en la hispanoamericana, nada semejante al legado poético de Díaz Ordóñez. “Es una ofrenda”, dice, “a veces con ribetes de confesión, en que parecen condensarse en una sola persona todo el padecimiento humano, todas las frustraciones vitales que depara la vida consciente”.

A continuación se reproducen algunas otras opiniones sobre la obra del poeta Virgilio Díaz Ordóñez, comenzando por Joaquín Balaguer:

“Virgilio Díaz Ordóñez es la personalidad poética más exquisita de las últimas generaciones. El timbre de su poesía es inconfundible. El suyo no es un verso brillante sino un verso empañado por la emoción, casi trémulo, como la cuerda de una guitarra bajo el peso del desgarramiento emotivo. Ningún poeta nacional ha cantado como él: inclinado tenazmente sobre su propio corazón y recogido sobre su propia ternura”.⁷

Por su parte, Otto Oliveira afirma:

“Es un verbo musical y colorista, el versátil Ligio Vizardi sabe apreciar el lirismo tierno de amores o presagios románticos, la sensualidad de medallones de ascendencia parnasiana y el intimismo evocador de lo trivial o de lo aldeano. Su caudal poético comprende Los nocturnos del olvido, La sombra iluminada y Figuras de barro. Del grupo denominado Paladión, la personalidad más importante fue Virgilio Díaz Ordóñez”.⁸

Mientras que José Ángel Buesa expresa:

“Descubrimos con cierta sorpresa que la más importante modificación que ha experimentado el soneto, después de los setecientos años, no ha sido exterior, a pesar de tantos ensayos en tal sentido. El soneto sigue constando de dos cuartetos y dos tercetos, como en el siglo XIII, pero en la actualidad, por las innova-

7. *Historia de la literatura dominicana.*

8. *Breve historia de la literatura antillana.*

*ciones de algunos poetas de valía, entre los que se destaca Virgilio Díaz Ordóñez, el soneto ya no es un viejo palacio con catorce puertas cerradas, sino un alegre mirador de catorce ventanas abiertas”.*⁹

Asimismo, Gerardo Gallegos señala que

*“De cuando en cuando releo algunos de sus poemas en los cuales la emoción depurada sabe a licor añejo servido en una copa de cristal de Bohemia. Pero también su novela Archipiélago es un poema. O una acuarela a todo color de tierras, de paisajes, de horizontes. Las gentes que discurren por esas páginas lucen decoraciones humanas del paisaje. Es una novela sin argumento. Quizás con un argumento cósmico y telúrico. La tierra y el agua. Las islas y sus relieves. La niebla, el sol y el viento al enlazarse y desenlazarse hacen el argumento de la novela. Su personaje central, una balandra: ‘La Isabela’ que tripulada por un capitán y cuatro marineros se va de aventuras por las inquietas aguas del Caribe. Eso es todo. Pero con esos elementos Virgilio Díaz Ordóñez ha escrito 184 páginas de un libro que he leído con la misma delectación con que, hace tres lustros, leí en Analectas su ‘Estampa colonial’. También una acuarela del pasado remoto a todo color”.*¹⁰

Para Pedro René Contín Aybar, Ligio Vizardi es

*“Elegante y discreto, su verso tiene la inquietud de las eufonías orquestales. Gusta de las metáforas brillantes y las emplea hasta para ser tierno. Medularmente parnasiano, se presenta, a ratos, pleno de modernidad, mas, débil a los reclamos de la elegancia, su verso deviene preciosista, como si al poeta le placiera jugar con las palabras, barajándolas en un calidoscopio espiritual para exhibir, deleitosamente, los hallazgos de su ánima inquisidora”.*¹¹

9. Conferencia dictada en el Ateneo Dominicano el 24 de mayo de 1979.

10. *La Nación*, 8 de enero de 1950.

11. *Antología poética dominicana*.

De su lado, Alberto Baeza Flores apunta:

*"Trabajaba y soñaba y, como debía construirse a sí propio, para ser el hijo mayor de una larga familia, se dedicó a construirse pieza a pieza, para ser ese espejo de los suyos, con un concepto un tanto medieval del mayorazgo, que a veces heredaba un hombre y una honra, pero no el oro. Caballero medieval de su honra y de su nombre, se hizo afiliado a 'Nuestra Señora de la Pobreza', pero como Nuestra Señora protege a los caballeros y más a los hombres, luchando contra el tiempo y las circunstancias, se armó batallador en esta dura y desigual batalla diaria, y logró ser como el primogénito medieval-espejo de los suyos".*¹²

En tanto que José Jurado Morales señala:

*"Gran acierto de la Universidad Central del Este al patrocinar la publicación de la obra Poesías completas de Virgilio Díaz Ordóñez mediante la cual se pone a nuestro alcance la producción total de un poeta de primera línea quien, si hasta ahora es para nosotros desconocido, advertimos hoy que se trata de una figura relevante de la lírica hispanoamericana. Lirismo acentuado, en verso rectilíneo, puro, mediante el cual se arbola un sentimiento profundo, de raíz humanística".*¹³

Por otra parte, Manuel Rueda afirma que

*"Con textos tan ejemplares a la vista debemos reconocer que a Ligio Vizardi, además del puesto que se ha ganado con su poesía, debe serle adjudicado otro muy especial dentro de la narrativa dominicana".*¹⁴

Para Manuel Richiez Acevedo

"Díaz Ordóñez fue un poeta para el amor y para la vida, para la realidad circundante y para la fantasía creadora. Estuvo en el

12. Diario *La Opinión*, 29 de octubre de 1943.

13. *Cuadernos Azor* No. 36, año 1982.

14. "La narrativa de Ligio Vizardi", suplemento *Isla Abierta*, periódico *Hoy*, 22 de marzo de 1982.

cielo para mirar al hombre desde arriba y en la tierra para palpar la profundidad de las pasiones, el ardor de las debilidades y las tristezas de los inconsolables".¹⁵

Julio Jaime Julia dice que:

"La corriente del pensamiento de Díaz Ordóñez semeja en sus diversos ángulos el caudal de un río nutrido por la fuerza de sus afluentes. En la unidad de sus valencias sobresalientes se conjugaron el poeta, el escritor, el ironista, el orador, el charlista, el profesor universitario, el novelista, el conversador, el cuentista, el crítico teatral, el músico, el pintor, el diplomático, el traductor, el académico, el ateneísta, el abogado, el farmacéutico, el magistrado. En fin, una multiplicidad de facetas que revelan muy claramente la riqueza interior de un temperamento superdotado".¹⁶

Para Luis Henríquez Castillo

"Ligio Vizardi nos llevó la luz de su gran espíritu pero nos dejó la iluminación de su obra perdurable. Que los tenues y lejanos relámpagos de la noche del olvido, que a veces despiertan la memoria de los hombres, lleguen eternamente a su sepulcro para que los dominicanos tengamos presente su imagen en nuestras almas agradecidas del tesoro que nos legó. Él es acreedor, pues, a este póstumo y justo reconocimiento".¹⁷

De su lado, Freddy Prestol Castillo se refiere a Díaz Ordóñez en estos términos:

"¡Qué gran señor! Alma abatida —claro— en la tierra triste donde apenas ha habido señores, acaso por amor de una historia trágica en que al par de los ciclones, descritos por Ligio Vizardi con un arte que iguala la prosa vieja de Colón en su descripción de la

15. Discurso pronunciado en San Pedro de Macorís el 31 de mayo de 1979.

16. *Del árbol del olvido*.

17. Discurso pronunciado en el homenaje que le rindiera al poeta el Ateneo Dominicano el 30 de mayo de 1968.

tempestades en el mar, una isla, digo, que no solo abatida por los ciclones sino por la tragedia de las invasiones, acaso sufrió el más cruel de los destinos: la quiebra del señorío. Y eso era él: un gran señor, un señor en términos de eternidad, por el solo título, imprescriptible, que dan la virtud y el talento unidos, en una rara simbiosis de belleza y generosidad. ¡Rara dualidad en esta pobre tierra!"¹⁸

Mientras que Juan Bautista Lamarche señala:

*"Si existe entre nosotros un espíritu verdaderamente refinado, ese es el de Virgilio Díaz Ordóñez. De palabra suave, envolvente. De imaginación pronta y ágil. De talento sutil y penetrante. De cultura sólida y vasta. Este temperamento de artista hubiese tenido marco propicio en el ambiente, sugestivo y alucinante, del Renacimiento Italiano".*¹⁹

El pintor Darío Suro dice del autor:

*"Virgilio Díaz Ordóñez nació y creció en el reino de las palabras. No creo que ningún dominicano de su generación llegara a dominar con más facilidad y espontaneidad el difícil lenguaje que se necesita para hablar en ese mundo mágico. Oírlo era oír una catarata interminable de palabras y de ideas en cualquier conversación que sostuviera o en cualquier tema que tratara. Tenía como arma inofensiva y defensiva una dicción perfecta y una construcción inimitable. Poseedor de un estilo limpio y transparente, además de un sentido del humor que nunca le hizo caer, afortunadamente, en la retórica pesada que acompañó a muchos intelectuales del Continente Americano".*²⁰

José Alcántara Almánzar apunta:

"Virgilio Díaz Ordóñez es un poeta que se afinsa en la introspección como vehículo para aprehender lo circundante. No está

18. Discurso pronunciado en el indicado homenaje.

19. Diario *La Opinión*, 14 de febrero de 1934.

20. Discurso pronunciado ante su primera tumba en la ciudad de Washington, Estados Unidos.

interesado en el amor, la vida o la muerte, sino en su propia concepción de la vida, el amor y la muerte. La tendencia a la idealización, al coloquio con animales y objetos inanimados, al pesimismo, la resignación y la soledad es lo que hace que su poesía resulte casi siempre tan grave, aunque aparezcan circunstancias demostraciones de ironía y fino humor".²¹

Para Marco A. de Peña:

"Virgilio Díaz Ordóñez se había alimentado de afectos y transpirando bondad porque el odio no oxidó su espíritu y la ternura fue una constante en él; porque la respuesta violenta no cupo en su voz ni el ademán airado alteró la suave expresión de su rostro y porque siendo como era, una fuente pródiga de cultura y sapiencia, en el cual refulgía el arco iris de un talento excepcional, jamás se adivinó en su trato la necia presencia de la altanería o la vanidad. Nunca supo entristecer sino alegrar".²²

Mientras que María del Carmen Prosdócimi apunta:

"Poeta de la soledad y del lamento asordinado, tierno y sonriente, aguarda una lectura más completa".²³

Marcio Veloz Maggiolo considera que:

"Ligio Vizardi fue precursor de la poesía de gran aliento. Su vena romántica se une a fogosos apremios modernistas. Viejas influencias de Neruo son notorias en parte de su poesía más intimista. En Vizardi —que es un resumen de la poesía del siglo XIX y comienzos del XX— el poema de corte filosófico arriba a verdaderos clímaxs haciendo del verso, no solo florido anatema o dulce expresión del alma sino, hacendoso y místico paraíso de la palabra. Contrariamente a Deligne, el poeta llega al venero de la fi-

21. "Reflexiones sobre la poesía de Virgilio Díaz Ordóñez", *Revista Ahora*, 17 de noviembre de 1980.

22. "Virgilio Díaz Ordóñez en el 16° aniversario de su muerte", *diario El Caribe*, 30 de abril de 1984.

23. "Ligio Vizardi", *diario El Caribe*, 26 de julio de 1980.

lososía por la vivencia pura, casi impensada, y capaz de dar lo suyo mediante el intuitivo gesto del idioma siempre en búsqueda de hondas luces".²⁴

Según la opinión de Ivelisse Prats de Pérez:

"Este poeta lírico que había dedicado su poesía a los temas más delicados, ese hombre excelente, recto y noble, que junto a sus compañeros y amigos había participado en justas causas patrióticas y en movimientos de vanguardia, fue uno de los intelectuales de valía atrapados en la situación de fuerza que constituyó la Era de Trujillo. Pero en cada cargo que ocupó puso su acento de gallardía y de entereza, de finura y de bondad y ni en la historia más apresurada y parcial que se escriba esa etapa dura puede mancillarse con una letra de sangre o de dolor el nombre de Virgilio Díaz Ordóñez".²⁵

La escritora Soledad Álvarez sostiene:

"Hay un elemento sobre el cual queremos detenernos con más atención porque es el que, a nuestro juicio, hace del poeta un elemento importante en la evolución de nuestra poesía. Nos referimos a los rasgos de vanguardia, a la sensibilidad moderna que se evidencia, sobre todo, en sus libros Figuras de barro y Poemario".²⁶

Por último, Aída Bonnelly de Díaz señala lo siguiente:

"La mayor gracia de Virgilio Díaz Ordóñez era su respeto por las discrepancias, la comprensión de las diferencias, la tolerancia de la agresividad. Cualidades que mantenía depuradas por la hombría más digna y seria. Con esa actitud inquebrantable se granjeó el respeto de amigos, enemigos y hasta del tirano Trujillo que nunca osó desconsiderarlo como era su costumbre hacer con

24. "Las poesías completas de Légio Vizardi", diario *El Sol*, 20 de octubre de 1980.

25. "Virgilio Díaz Ordóñez: el caballero", *Listín Diario*, 8 de septiembre de 1987.

26. "La poesía de transición de Virgilio Díaz Ordóñez", diario *El Sol*, 8 de noviembre de 1980.

altos funcionarios. Esa gracia de dignidad impoluta que alumbró el camino de su vida pública y privada, inhibió en él las ambiciones que hubieran podido germinar de sus méritos sobresalientes y personalidad destacada".²⁷

Aunque quien escribe estas líneas no es, obviamente, la persona llamada a resaltar los méritos de Virgilio Díaz Ordóñez, ya que mi condición de hijo único del poeta me inhibe de hacerlo objetivamente, sí me siento autorizado a destacar algunas fases de su personalidad que conocí a través de la estrecha vinculación que nos unió siempre al punto de que su muerte, no solo significó para mí la pérdida irreparable de un padre comprensivo y generoso, sino la partida definitiva hacia el misterio del mejor de todos los amigos.

A esas fases de la personalidad de mi padre me referí en ocasión de las palabras de gratitud que pronuncié en el acto en que se consagró con su nombre una calle de la ciudad de Santo Domingo.

En aquella oportunidad expresé que Virgilio Díaz Ordóñez creyó firmemente en todo cuanto realizó en su vida y se mantuvo leal hasta el final a sus personales convicciones. Le tocó servir importantes y delicadas funciones públicas en momentos muy complejos de la vida política de la nación. Años en que mantener una recta y limpia trayectoria era como caminar sobre el filo de una navaja. Mi padre supo transitar esa difícil senda sin sacrificar una sola de las virtudes innatas de su carácter. Si asumió alguna vez actitudes que pudieron ser controvertidas en su época, supo siempre aceptar con entereza y hasta las últimas consecuencias la responsabilidad de su conducta.

Virgilio Díaz Ordóñez fue, ante todo y sobre todo, poeta en el más alto y noble sentido de la expresión. Su verso, terso y suave cuando cantó a las glorias del amor, nostálgico y sereno cuando vibró al conjuro de sus penas más íntimas, supo endurecerse como una espada para elevarse en protesta altiva cada

27. "Virgilio Díaz Ordóñez", *Listín Diario*, 30 de abril de 1992.

vez que la intervención extranjera profanó con su bota prepotente el suelo de la patria.²⁸

Pero Virgilio Díaz Ordóñez pudo ser inspirado como poeta, probo como juez, honesto como funcionario, sagaz como diplomático, brillante como orador, mas su verdadera grandeza hay que buscarla —más que en el área del intelecto— en esa otra zona de la naturaleza humana que se refleja en una actitud integral de suprema generosidad ante la vida. Hay una frase de José Martí cuyo texto estuvo muchos años bajo el vidrio del escritorio de mi padre y que decía: “La inteligencia es solo una mitad del hombre, y no precisamente la mejor.” Virgilio Díaz Ordóñez creyó en esa verdad y ajustó a ella cada acto de su diario vivir. De ahí el profundo calor humano con que supo mantener el afecto de sus amigos durante toda su existencia y la comprensiva indulgencia con que supo perdonar a los pocos que le hirieron, la suprema sencillez con que aceptó los honores más altos y la inalterable mansedumbre con que resistió los más crueles embates del infortunio.

Pudo decir, en los versos que comenzó a escribir y no pudo terminar en su último día sobre la tierra: “entro en la muerte sonriendo”.²⁹ Y nosotros, los que estuvimos a su lado en aquellos postreros y amargos momentos, podemos —por nuestra parte— afirmar que Virgilio Díaz Ordóñez no solo nos enseñó a vivir con el noble ejemplo de su conducta generosa y sin tacha, sino también nos enseñó a morir con su actitud de serena resignación ante lo inevitable en la hora final.

VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN

28. El “Canto a la Restauración” y la “Salutación a Francisco Villaespesa”, incluidos bajo el epígrafe “Otros poemas” este último bajo el título de “Madre”, constituyen protestas abiertas contra la primera ocupación yanqui de nuestro país que, por cierto, le ocasionó persecuciones y atropellos por parte de la soldadesca extranjera. Por otra parte, “Abel de piedra”, incluido bajo el epígrafe “Otros sonetos”, es una denuncia de la segunda intervención a partir de los brutales desmanes de las horas de ocupación en el Alcázar de Colón.

29. Esa frase estaba manuscrita en un papel que guardaba en el bolsillo de su camisa y encontramos después de su muerte.



POESÍA DE LIGIO VIZARDI

I

El rescate y la recopilación de la obra de nuestros escritores constituyen tareas que —a falta del apoyo que el Estado, en su papel de preservador del patrimonio cultural del país está obligado a prestar para la consecución de dicho objetivo— ahora llevan a término algunas organizaciones educativas, culturales e incluso comerciales. Así, se han editado en los últimos años la poesía conjunta, hasta 1976 y 1980, respectivamente, de Manuel Del Cabral y Freddy Gatón Arce; la obra poética de Francisco Domínguez Charro, Héctor Incháustegui Cabral, Fabio Fiallo, Domingo Moreno Jimenes, y están en proceso de impresión las de Carmen Natalia y Franklin Mieses Burgos. Sólo así, con la obra reunida de estos y otros escritores, podremos acceder a un conocimiento cabal de la literatura criolla y se hará más fácil la tarea de difusión que ella reclama.

Hace poco, la Universidad Central del Este puso a circular el libro *Poesías completas*,¹ de Ligio Vizardi, seudónimo con que se dio a conocer en el campo de la poesía el escritor Virgilio Díaz Ordóñez (1895-1968). *Poesías completas* recoge: *Los nocturnos del olvido* (1925), *La sombra iluminada* (1929), *Figuras de barro* (1930), *Poemario* (1927), *Claro de Luna* (1947), *Rubai-*

1. Impreso en Editora Taller, C. por A., 1980, 288 págs.

yat de Omar Khayyam (traducción, 1952), *Sonetos* (1971) y *Otros poemas*. El libro viene prologado por Carlos Federico Pérez, quien ofrece algunas informaciones sobre la influencia modernista en la poesía de Ligio Vizardi.

Virgilio Díaz Ordóñez es uno de los poetas dominicanos contemporáneos más injustamente olvidados e ignorados. Entre los modernistas y postmodernistas más conocidos figuran Fabio Fiallo (1866-1942), Enrique Henríquez (1859-1940), Federico Bermúdez (1884-1921), Osvaldo Bazil (1884-1946) y Ricardo Pérez Alfonseca (1892-1950). Todos ellos y otros de menor jerarquía aparecen en distintas antologías y se les ha dedicado estudios en las historias literarias o en libros de ensayo. Sin embargo, la obra de Díaz Ordóñez —quien además es autor de obras en prosa como *Archipiélago* (1947) y *Jerónimo* (1969)— ha permanecido inexplicablemente en la sombra, a la espera de trabajos que puedan esclarecer el papel de su poesía en el contexto histórico que le tocó vivir a su autor.

La lectura de la obra poética completa de Díaz Ordóñez no puede menos que suscitar las preguntas que desde hace tiempo vienen formulando los críticos e historiadores de la literatura nacional: ¿por qué el modernismo, que al decir de Max Henríquez Ureña en su *Breve historia del modernismo* (1954) surge como “una reacción contra los excesos del Romanticismo”, aparece en Santo Domingo tan íntimamente ligado a éste? Fabio Fiallo sería la expresión cimera de esta evidente contradicción, ya que su poesía tiene un movimiento pendular entre la de Bécquer y Heine y la de Rubén Darío. Y en segundo lugar: ¿a qué podemos atribuir la denominada “arritmia literaria” dominicana? ¿Al aislamiento, a la falta de comunicación, a la no correspondencia entre las instancias infra y superestructural de la sociedad dominicana? Como se sabe, el modernismo cubre, en rigor, un lapso histórico que va de la penúltima década del siglo XIX a la segunda del siglo XX, y aunque en Santo Domingo tuvimos muestras modernistas desde principios de esta centuria, las manifestaciones de este movimiento siguieron apareciendo hasta bien entrada la década de 1940. Posiblemente haya que atribuir el giro particular de nuestra poesía de principios de siglo al ascendiente de Gastón Fernando Deligne sobre los poetas de su tiempo. Deligne fue un radi-

cal opositor del modernismo, aunque, *malgré lui*, tampoco pudo escapar totalmente al influjo que sobre las letras españolas e hispanoamericanas ejerció el movimiento encabezado por Rubén Darío.

Como lo demuestra Emilio Rodríguez Demorizi en su libro *Rubén Darío y sus amigos dominicanos* (1948), Deligne también tradujo rasgos modernistas en sus versos. La actitud del autor de *Galarippos* tiene su razón de ser: veía en el modernismo un movimiento exótico, con tendencia al rebuscamiento formal y a los juegos verbales. Esto, en un poeta que como Deligne buscaba lo nacional a través de versos cargados de reflexiones filosóficas, éticas, naturalistas y realistas, no podía menos que generar una oposición decidida. Pero no así en quienes vinieron después. Los poetas posteriores a Deligne se percataron de la trascendencia del modernismo, de la capital importancia de sus aspectos renovadores, y no tardaron en incorporar las innovaciones del mismo a la poesía dominicana. Justo es consignar que nuestro modernismo tiene sus propias características, porque de otro modo no se explicaría la fuerte tendencia social de *Los humildes*, de Bermúdez, o el giro romántico de la poesía de Fabio Fiallo.

En *Los nocturnos del olvido*, primera obra de Díaz Ordóñez, compuesta por trece poemas de diversa extensión, se advierten claras huellas del modernismo, sobre todo en la vertiente sensualista de *Prosas profanas* (1896) y *Cantos de vida y esperanza* (1905). Algunos poemas de Díaz Ordóñez recuerdan al Darío más atrevido. Por ejemplo, "Ella lo quiso" (de versos que revelan menos amargura y pasión mundanal) nos recuerda a "Margarita", de Darío. Dice éste: "Tus labios escarlatas de púrpura maldita/ sorbían el champaña del fino baccarat". Díaz Ordóñez escribe: "Una vez, por el áspero camino,/ le brindé bajo frondas y entre flores/ mi copa, llena de licor divino/ del más noble de todos mis amores".

En otros poemas encontramos ese "viaje de los sentidos", esa entrega al "sufrimiento necesario y maldito" tan evidente en muchos poemas de Darío. Así, en "La muerte de Pierrot", Díaz Ordóñez escribe: "La belleza de un ópalo maldito"; "la dulce rebelión de mis sentidos"; "no dice del amor que muere/ sino la angustia del amor que mata"; "o que el alma se nuble de amar-

gura/ o que avance la sombra del dolor"; "el pálido temblor de cisne agónico/ que azotaba las carnes de Pierrot".

A pesar de la notoria impronta modernista de los versos anteriores, los poemas de Díaz Ordóñez no siempre siguen los caminos de la obra rubendariana. El poema "Cuando ya no me quieras" tiene más reminiscencia de Amado Nervo, por su recogimiento e intimismo: "Cuando ya no me quieras/ ¡qué oscura y triste se pondrá mi vida!/ Habrá en mi alma entierro de quimeras/ y una arruga fatal, como una herida,/ me nacerá en la frente".

Junto a estas manifestaciones modernistas de su poesía, Díaz Ordóñez nos ofrece temas universales (amor, muerte, sufrimiento) bajo un tratamiento más bien romántico. Esa pasión por lo fúnebre, por la unión de la vida y la muerte, ese elemento constante de su poesía nos remiten a las rimas de Bécquer (1836-1871), un poeta que ha influido de manera extraordinaria en toda la poesía española e hispanoamericana contemporánea. Nuestros poetas del siglo XIX, tan apegados a lo patriótico e indigenista, no tradujeron todo el aparato expresivo del romanticismo, ni siquiera un José Joaquín Pérez, que fue el más romántico de todos. A esto se debe la aparición tardía de ciertos rasgos románticos en Santo Domingo: Fiallo oscila, insistimos, entre una cierta galantería romántica a lo Bécquer ("En el atrio") y un sensualismo irreverente que proviene más bien del modernismo ("Gólgota rosa"). En este sentido, Díaz Ordóñez está más cerca de Fiallo que de cualquier otro poeta de su tiempo.

La humildad, la solidaridad ("Abel"), el amor a las cosas ("A mi bastón"), la amistad ("Venda perfumada") son otros temas que motorizan los poemas del libro primero. Alberto Baeza Flores, en el Tomo Segundo de su obra *La poesía dominicana del siglo XX* (1970), compara esta vertiente de la obra de Díaz Ordóñez con la de Andrés Eloy Blanco (1897-1955), poeta venezolano que muestra similares preocupaciones. "La historia de su camisa rota —dice Baeza refiriéndose a Díaz Ordóñez— tiene la ternura que Andrés Eloy Blanco trasciende en algunos de sus poemas hacia ese sentimiento respecto a la madre, a la casa, al

hogar. El poeta dominicano no desentona (...) de los tonos familiares de la poesía de Andrés Eloy Blanco".²

En *La sombra iluminada*, segundo libro, Díaz Ordóñez se concentra en un solo punto: la muerte de la amada. Todo el poemario gira en torno a este hecho trascendental. El leit-motiv de los poemas surge de una honda reflexión sobre el fenómeno de la vida y la muerte, porque la mujer amada se ha ido para siempre pero ha dejado un hijo que es ahora el único consuelo del poeta ("Inocencia"). La soledad, el miedo, la melancolía se mezclan para producir un conjunto poético caracterizado por el predominio del llanto y de una resignación anhelada que nunca acaba de llegar: "Werther, hermano mío, siento miedo/ Un penoso temor/ de llegar a la casa y encontrar su vacío,/ cruzar la antigua verja que nadie cuida ya/ oír que el hijo mío,/ con su inocente y suave candor de pocos años/ me diga: ¿dónde está?" ("Miedo").

Con *Figuras de barro*, tercer poemario, Díaz Ordóñez pasa de la reflexión sobre la vida y la muerte, la idealización de la amada y el intimismo sentimental de los trabajos anteriores, a la exploración del mundo a través de los sentidos. "Figuras de barro" son veinte sonetos sobre la mujer. La mujer es barro, arcilla viviente que adopta formas y actitudes cambiantes: "Mujer: diosa de barro,/ fulgor de estrella en lámpara de arcilla,/ viviente y deleznable maravilla/ que mañana serás polvo o guijarro".

Hay una gran sensualidad en estos sonetos. La mujer es vista en sus cualidades y sentimientos esenciales (piedad, ternura, histeria, esterilidad, amor). Podemos decir que el conocimiento de la mujer se hace posible primero por la captación de la materia y luego por los matices espirituales. Las manos, los ojos, los labios, las caderas, la cabellera son elementos físicos en los que se insiste con frecuencia:

Tus ojos son dos cálidos tormentos ("La estéril")
la trémula ansiedad de la cadera ("La ardiente")
Tienen, sus manos, de imponentia fría,
la timidez nerviosa de las aves ("La santa")

2. Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, No. 22, Impreso en Barcelona por Industrias Gráficas M. Pareja, 1977, p. 113.

*Sus ojos son las chispas de una brasa
dormida en las cenizas de la frente ("La beata")*

Así mismo, los rasgos físicos se corresponden con las cualidades morales de los distintos tipos femeninos. En "La mendiga" hay "un gesto antiguo del dolor humano"; en "La frágil: "el maldito dulzor del adulterio"; y en "La ardiente": "un silencio sombrío".

La mujer es el eslabón necesario que el poeta explota en sus distintas posibilidades. Si la mujer es complemento del hombre como éste lo es de aquélla, lógico es suponer que la expresión máxima de esa relación esté dada en el intercambio profundo del afecto y la carne:

*Se hallaron sin querer. Ella venía
con un cántaro pleno en la cadera
y una rosa en la oscura cabellera.
Él, él de siempre, el Hombre, padecía*

*una dulce y sensual melancolía
al mirarla perderse en la pradera
con el agua y la rosa tempranera.
¿Amor? ¿Instinto? No lo sé. Y un día,*

*de los nevados muslos ardorosos
nació un ofrecimiento. Temblorosos
en el momento efímero y nupcial*

*fueron sus cuerpos rígidos, jadeantes,
dos vivos eslabones forcejeantes
de una vieja cadena inmemorial.*

(“El acto”)

Poemario, obra muy posterior a *Figuras de barro*, se inicia con "Elegía a los artistas sin gloria", poema que ratifica una concepción bastante conmisericordiosa hacia los artistas y su condición social. Esa actitud, tan divulgada en el pasado, es la resultante de una amarga reflexión sobre el artista frente a la hosca realidad cotidiana, llena de mezquindades y paradojas.

En "Aldea" hallamos una traslación dolorosa de la atmósfera que reina en nuestros campos más pobres. El paisaje resulta "fuerte, despótico y salvaje" o "bárbaro". Los hombres viven en medio de la monotonía pueblerina, consumiendo su existencia sin horizontes. Obviamente, aquí el hombre de la ciudad recibe el impacto del campo paupérrimo y lo único que sale de sus labios es una conclusión pesimista: "Tiene algo de presidio tu idiotez bonachona/ y guardan tu recinto indiferente y serio/ una sola portera: la vieja comadrona,/ y una sola salida: el cementerio".

Este pesimismo, como en otros poemas, es un pesimismo resignado y no rebelde; y es hiriente porque se tiene conciencia de la realidad y la incapacidad de transformarla: "En la inercia mortal que a la vida colocas/ ha sufrido y soñado mi alma fuerte,/ y lo único grande que provocas/ es el dolor de estar viviendo en ti/ y el de vivir en ti hasta la muerte".

"A Kummel" es una comparación entre la vida de un perro, que no tiene conciencia ni conocimiento (pero es libre hasta donde puede serlo un animal) y el hombre, dotado de razón pero presa de la angustia y sujeto a las leyes de la sociedad. El poema "Día de hambre" contiene otra de las constantes en la lírica de Díaz Ordóñez: el diálogo consigo mismo, el coloquio imaginario con el perro fiel al que confía sus congojas y sueños. También aquí se advierte la nostalgia de un pasado de pobreza pero posiblemente de mayor felicidad: "Cualquier viejo recuerdo ahora me enternece./ Pasado triste y pobre: ¡cuánto te reverencio!/ Y el cielo, en un bostezo azul, me ofrece/ la imposable piedad de su silencio".

Los sonetos dedicados a los héroes (Duarte, Bolívar, Martí), figuras sobresalientes de las letras universales (Cervantes) y de la religión (Francisco de Asís) están seguidos por poemas en los que hallamos nuevas demostraciones de la influencia de Darío ("Antigua crónica de una corte ilusoria").

II

En *Claro de luna*, libro de 1947, como apuntamos en la primera parte de este ensayo, se acentúan las influencias modernistas. El poema "Canción de otoño" está formado por versos

que nos hablan de “mejillas rojas”, “el bosque... es un sonoro violín”, “Octubre coronado de oro”. En “Encuentro” hallamos “fúlgidos diamantes”, “los topacios oscuros de tus ojos”, “una belleza nueva, grave, ignota”, “la seda viva de tu piel”. En “Poema a tus pies”, Díaz Ordóñez emplea pareados que nos remiten a las rimas consonantes de tres versos usados por Darío en “El faisán” y “A Goya”.

“Vals triste (poema para piano)” puede vincularse —tanto por el exotismo del tema como por la particular adjetivación— con las conocidísimas *Prosas Profanas*. Díaz Ordóñez escribe:

*Los pálidos marfiles de tu piano,
que en un tiempo viajaron en testas de elefantes
por bárbaros paisajes de algún bosque africano
bajo cielos de fuego y soles calcinantes
y, acaso, protegieron a la imponente tropa
en un drama salvaje en que, huyendo del daño
de los fuertes y astutos cazadores de Europa,
los nevados marfiles de tu piano de roble
no quisieron ser pomos de espadas homicidas;
ni, tallados por manos de algún artista noble,
quisieron ser el cuerpo con tatuaje de heridas
de un Jesús torturado sobre una cruz oscura;
ni tampoco, tallados por el arte de China,
ser ídolos enanos de trágica figura
y de sonrisa ambigua, indescifrable y fina.*

Hay exotismo en estos versos, aunque una negación implícita a dejarse ganar totalmente por el sortilegio de mundos lejanos y desconocidos. Por encima de estas indudables conexiones, Díaz Ordóñez pudo —especialmente en los *Sonetos*— sobreponerse a la impronta rubendariana y hacer algunos aportes personales que dan un sello identificable a su poesía de tono menor. Este hecho ha sido advertido por José Ángel Buesa en una conferencia titulada “Virgilio Díaz Ordóñez y el soneto”, pronunciada en el Ateneo Dominicano el 27 de mayo de 1979. “Es evidente —asegura Buesa refiriéndose a Ligio Vizardi— que su propósito fundamental, en relación con el soneto, no fue tradicionalista sino innovador, fiel como siempre al espíritu del

Modernismo; y así lo prueban sus deliberadas disonancias del ritmo, sus enlaces de estrofas, sus rupturas de la uniformidad métrica, su indiferencia por la exactitud formal”.³

Por su parte, María del C. Prodoscimi, en “Ligio Vizardi: poeta de la soledad y el lamento asordinado”, opina que Díaz Ordóñez “no es un simple modernista. A la innovación formal de una composición cara a los modernistas por el mismo desafío que implicaba, no une la prosecución temática que caracteriza a dicha escuela. En él se ve la influencia del movimiento en su ironía sentimental, su aparente prosaísmo que llega a vibrar de modo contenido ante lo nimio y lo cotidiano, en cierto patetismo angustioso en un clima donde se eliminan tensiones y gritos desesperados”.⁴

Los *Sonetos* de 1971 acentúan el intimismo de la poesía de Díaz Ordóñez. Si descartamos los dedicados a distintas figuras (Federico Bermúdez, Enriqueta Zafra, Gastón F. Deligne) tendremos un puñado que muestra claramente cuán alerta se halla el poeta en la captación de matices del entorno y qué tipo de soluciones poéticas ofrece al traducir al lenguaje su condición de aprehensor del detalle, de lo minúsculo:

*...Rosa: fiesta de amor de las pupilas,
maravilla al alcance de la mano,
más bella, acaso, por morir temprano,
que por vivir en cúspides tranquilas.*
(“La rosa”)

En el soneto “Olvido” aparecen algunas paradojas que evidencian un fino manejo de la ironía:

*Y la vida, sin ti, era mi muerte;
y la muerte, contigo, era mi vida.*
* * *
*y un día morirás sin yo saberlo
o un día moriré sin que lo sepas...*

3. *Revista Ateneo Dominicano*, No. 8, diciembre de 1979, p. 38.

4. *El Caribe*, 26 de julio de 1980, p. 14.

Pero donde con más fuerza se pone de manifiesto cierta ironía plena de un humor que nada tiene de sarcástico es en el soneto "Feminismo":

*¡Ya las mujeres son gobernadoras!
Manejan, como hombres, el erario
y simplifican el conflicto diario
con gestos maternos. En las horas*

*más cansadas y más agobiadoras
un ceñudo y astuto comisario
y un obsequioso y hábil secretario
resuelven las urgencias y demoras.*

*Nada turba la vida provinciana;
y, mientras se despierta la mañana,
escribo versos en mi triste cuarto.*

*La provincia está en calma, pensativa,
y hoy no habrá actividad gubernativa
porque el gobernador... está de parto.*

Virgilio Díaz Ordóñez, como se ha visto, es un poeta que se afina en la introspección como vehículo para aprehender lo circundante. No está interesado en el amor, la vida o la muerte, sino en su propia concepción del amor, la vida y la muerte. Su tendencia a la idealización, al coloquio con animales y objetos inanimados, al pesimismo, la resignación y la soledad es lo que hace que su poesía resulte casi siempre tan grave, aunque aparezcan circunstanciales demostraciones de ironía y fino humor. El humor en la obra de Díaz Ordóñez es más relevante y desenfadado en la prosa: *Jerónimo* constituye un vivo ejemplo de ello. En la poesía, el escritor se entrega a la meditación, tomando el camino de la subjetividad y el idealismo.

Las últimas composiciones del poeta, recogidas en el libro bajo el subtítulo de *Otros poemas*, no necesariamente muestran una progresión en el sentido temático o formal. Por el contrario, hay evidencias de que retorna a los orígenes de su producción. Como los textos aparecen sin la fecha en que fueron escri-

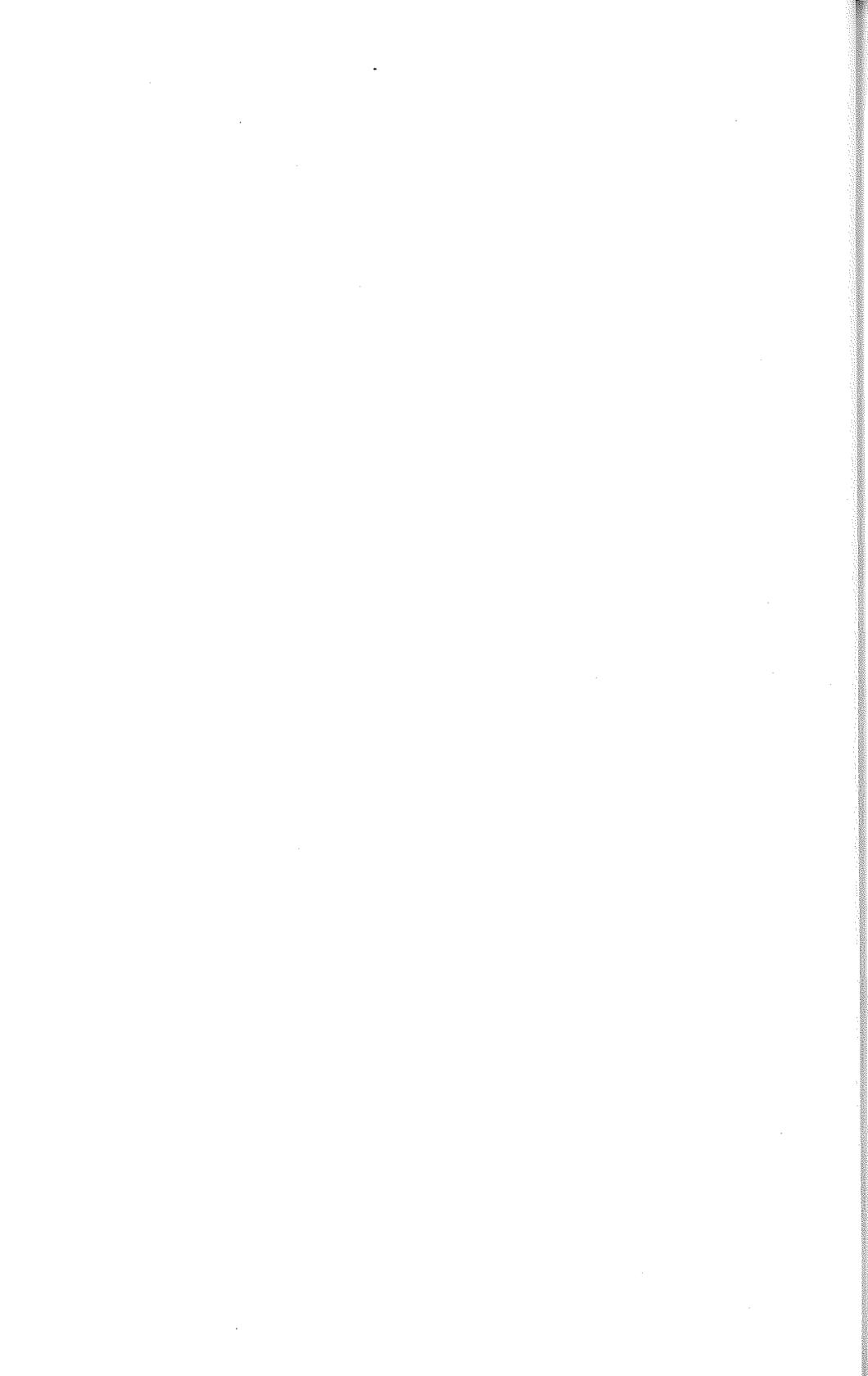
tos, es posible que se hayan mezclado muchos de los primeros tiempos con otros de épocas ulteriores. En todos ellos está Liggio Vizardi con su canción triste bajo la lluvia, caminando silencioso por una senda gris, con sus misteriosas preguntas y singulares reflexiones sobre su bastón o su camisa vieja.

JOSÉ ALCÁNTARA ALMÁNzar

(Tomado de *Los escritores dominicanos y la cultura*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1990).



LOS NOCTURNOS DEL OLVIDO
(1925)



*Un deseo de amar
que se tiende hacia ti como un camino*



ABSURDO POEMA DE AMOR Y MUERTE

En mitad del camino me detuve un momento
y volví la cabeza. Se apagó el musical
rumor de mi tristeza y dejé de escuchar
el arrullo del viento y la voz de las aguas
y el ritmo de la vida.

Una fuerza imperiosa me hacía retroceder,
cada vez más a prisa, a través del espacio,
de la noche, del día; y yo retrocedía,
siempre retrocedía, hasta llegar a un punto
en que el día era armiño y la noche inocencia
y en que el Tiempo era joven y el Mal aún era un niño.

Allí, entre el candor de la naturaleza
y bajo el prisma de las desintegraciones
se rompió mi existencia como un rayo de sol.

Y la cal de mis huesos fue aristas en la piedra
del hondero David; y mi sudor fue savia
de Atenas en la yedra
y de la ardiente Arabia en la acacia serena;
y fui la gota de agua que se arrastra en los ríos
—azulada de cielo y brillante de sol—;

fui tristeza en los sauces
y frescura en los labios del sediento Jesús;
y el hierro de mi sangre fue sagrada tortura
en los clavos de Cristo; y mi ser expandióse
casi divinamente sobre toda la tierra,
sobre todas las cosas, y en oscuras, fantásticas
germinaciones bellas, mis penas infinitas
florecieron estrellas
y mis amores rosas.

Y desde allí, ¡oh amada!, te vi como si fueras
maravillosa síntesis de mi vida en pedazos.
A través de pretéritas y oscurecidas eras,
separados por siglos, desde la lejanía
donde el Tiempo era joven, donde el Mal era niño,
yo fui en mi fantasía polvo que modelaba
la huella de tu planta; y mi aliento fue brisa
batida por el vuelo de tu plegaria santa;
y la cal de mis huesos fue blancura en tus dientes
—la espuma de tu risa—;
y el hierro de mi sangre floreció en tus mejillas
en una primavera de rubores castísimos;
viví dentro de ti, mi vida logró ser
gota roja en tu sangre, gota clara en tu llanto;
fui tuyo, más que tuyo,
y así pudo mi muerte alimentar tu vida.

Entonces mi cansado corazón sin fortuna,
en su ambición eterna de subir hasta el cielo
a beber lo infinito en sus copas azules,
desde la madre tierra lentamente ascendía,
hecho una rosa cárdena, desangrado en perfumes,
para hacerte la ofrenda de mi eterna agonía.

Y entre sombras, perdida,
siguió mi fantasía sus rumbos ignorados
tras la esperanza inútil de hallarte adormecida
allá, donde se besan los labios torturados
de los que no pudieron amarse en esta vida.

PRESAGIO

La marcha funeral de helado viento
cruza como un dolor la tarde fría
y un miedo que no es miedo todavía
alumbra como un cirio el pensamiento.

Herida por un cruel presentimiento
el alma tañe su melancolía
y en una sombra, densa de agonía,
exprime con afán mi sufrimiento.

Alma, triste bandera de derrota,
pobre remo partido, ala rota:
quisiste en tu ilusión más noble y fuerte
soñar sobre el harapo de la vida
lo que soñar debiste entumecida
sobre el seno materno de la muerte...

ABEL

Yo vi que el horizonte me abría sus dos brazos.
La sandalia ceñida
traspuse el alto monte y me encontré vagando
por los viejos caminos de la vida.
Mi cansancio sediento buscaba, en la esmeralda
de la llanura ardiente,
una profunda sombra de imposible y de ensueño.
Y vi que tras mi espalda, rodeándome en silencio,
completaba su abrazo fraterno el horizonte.

Busqué la oculta fuente de las dichas del mundo;
y cuando hallar creí el agua milagrosa
que la ansiedad mitiga, inesperadamente
sentí herida mi carne por falsa mano amiga.
Temblé, como una flámula bajo un soplo inclemente.

De aquel acero frío, como de un garfio trágico,
pendió mi vida entera. Y antes de la caída
me alcanzaron las fuerzas para decir:

Hermano,
yo marché sobre el polvo de estos largos caminos
con el lírico empeño, hecho canto, hecho rosas,
de dar alas de ensueño
a todas las miserias de mi vida.
Héme aquí, en la ruta sin fin de estos caminos,
bajo el íntimo y dulce dolor de la poesía,
ese dolor que pesa lo que pesan las alas,
esa pena secreta que para bien sentirla
es preciso ser pobre y ser poeta.

¡Cuántas veces me vi desamparado y solo!
Ante festines pródigos, en las noches de orgía,
mi hambre aplastó su boca sobre el cristal helado
de suntuosas ventanas; contra mi rostro ávido
lanzó sus alborotos la indiscreta opulencia,
y a la pompa ruidosa
de las glorias mundanas respondió mansamente
la risueña ironía de mis zapatos rotos.

Mi corazón sonoro
tiene un eco de amor para el dolor del mundo.

Mi alma, sobre el polvo de estos largos caminos;
mi alma, que es hermana del alma torturada
de todos los suicidas, ha querido encerrar
toda la eternidad en un suspiro
y en una pura lágrima toda la pena humana.
Y este anhelo infinito de hacer bien y ser bueno,
este sentir arcano, es la luz de mis sombras,
la lámpara votiva que ya encendió mi mano
y me dará, piadosa, su beatífica lumbre
en la última noche en que yo sueñe
y en el último verso que yo escriba.

¡Ve, extraviado hermano! Te prestaré mis alas
y, bajo el firmamento, también podrá tu alma
remontarse hacia el alto cenit del sufrimiento.
El odio que te ciega como una oscura venda
caerá a tus pies cansados, como ofrenda marchita,
ajada y miserable. Y encontrarás más amplio,
más tuyo el universo. ¡Ven, extraviado hermano:
para tu sed vampira yo cortaré las venas de mi verso
y ahondaré más la fuente de mi ensueño insondable!
Y aquel hombre, que era uno de mis hermanos,
me clavó con asombro la mirada curiosa,
y al separar de mí su ensangrentado acero
se halló con una rosa entre las manos.

CUANDO YA NO ME QUIERAS

Cuando ya no me quieras
¡qué oscura y triste se pondrá mi vida!
Habrá en mi alma un entierro de quimeras
y una arruga fatal, como una herida,
me nacerá en la frente.

¡Qué hondos serán entonces mis suspiros
qué triste mi sonrisa indiferente
y qué vagos los giros
de mi enlutado pensamiento huraño!

Yo, más que nunca, anhelaré tu amor
y cada día, cada mes, cada año
será más turbio mi fatal dolor
y más honda la huella de tu daño.

Y aunque esconda a tus ojos esa herida
y aunque no gima cuando tú me hieras,
¡qué oscura y triste se pondrá mi vida
cuando ya no me quieras!

DESDE UN BANCO

Desde aquí miro la ventana abierta
que lanza un gran bostezo luminoso
a la plaza desierta y desolada.

En inquieto reposo
yo sueño con la novia abandonada,
con la novia de ayer, que una mañana
se me escapó del alma hacia el olvido,
y ahora mi alma se asoma a esa ventana
buscando el bien perdido.

El recuerdo me torna taciturno.
En el fondo de mi dolor presencio
algo que hiela de pavor mi frente.
Y luego, como un pájaro nocturno
que plegara sus alas en silencio,
la ventana se cierra lentamente.

Todo es sombrío ahora.
¡Ni una estrella ni un lampo que me alumbré!
Me inundo, en la nostalgia de la hora,
de lúgubre y profunda pesadumbre.
Me oprime el corazón un peso extraño,
terrible y obstinado,
y una sombra insondable lo recubre:
iguales deben ser
la oscuridad de un ataúd cerrado
y el peso de la tierra que lo cubre.

ELLA LO QUISO

Una vez, por el áspero camino,
le brindé bajo frondas y entre flores
mi copa, llena del licor divino
del más noble de todos mis amores.

Ella interpuso la inocente mano
diciendo sin cariño ni rencores:
busca otros labios a tu copa, hermano.

Otra vez, por el áspero sendero,
la encontré fatigada y abatida.
¡Dame tu copa —dijo—, buen viajero,
la sed me quema la garganta ardida!

Yo le tendí mi copa medio rota,
mas le quedó la sed siempre encendida
porque ya no quedaba ni una gota.

SÁBADO DE GLORIA

¡Es la resurrección! El campanario
tiene un sueño de loco visionario:
quiere ceñir la frente candorosa
de esta mañana —reina de mañanas—
con una musical y temblorosa
corona de campanas.

Tú, corazón, campana solitaria,
¡qué mudo te has quedado!
Tu lengua temeraria
parece que se ha petrificado.
No repicas a gloria porque esperas
que el amor resucite en la conciencia.
Yo comprendo que quieras
ver la resurrección de su presencia.
Sé el porqué de tus penas tan calladas:
es que hay corazones
—como viejas campanas ya cascadas—
que no creen en las resurrecciones...

¡Es la resurrección! El campanario
 ha cumplido su sueño visionario:
 ha ceñido la frente candorosa
 de la mejor de todas las mañanas
 con una musical y temblorosa
 corona de campanas.

A MI BASTÓN

Tras de mis huellas, que borró el destino,
 marcaste fiel los suspensivos puntos
 en la página gris de aquel camino
 que ya jamás recorreremos juntos;
 de aquel camino amado
 que para mí tenía
 un encanto atrayente y obstinado
 que al pie de su balcón me conducía.

Tú, silencioso amigo,
 gozaste de mi cálida emoción
 cuando en las noches claras la viste hablar conmigo
 en la penumbra azul de su balcón.
 En tu cordial y noble empuñadura,
 como errante paloma del ensueño
 posó el cansancio de su mano pura
 la novia casta de perfil risueño.
 Y luego en otras playas, tú, fecundo
 hermano silencioso, fuiste buril amable
 y tu ferrado extremo inquieto y vagabundo
 grabó en la arena el nombre inolvidable.

Compañero de mi alma aventurera:
 te amo como a un hermano
 y si yo te perdiera
 se sentiría huérfana mi mano.

Tu amistad mansa y fuerte
puede que me acompañe hasta en la muerte:
si tu madera pálida y clemente
no alcanza para hacer un ataúd,
al menos ¡oh bastón! es suficiente
para hacer una cruz.

VENDA PERFUMADA

Pobre amigo olvidado:
ama la sombra que tus ojos llena,
ama tu noche interminable, oscura:
ella te esconde, misteriosa y buena,
lo que aumentara acaso tu amargura.

Los labios que miraste sonrientes
deshojando su gracia en tu camino
no los verás ahora indiferentes,
mudos ante el horror de tu destino.
¡Sólo el recuerdo de su voz te queda!
Es una lágrima de luz que rueda
sobre la vieja noche de tus daños,
llegando del olvido
como un eco perdido
escuchado al través de muchos años.

Y aquellos ojos cálidos que amaste
y en cuyo fuego tu ansiedad vertiste,
aquellos ojos que en fugaz contraste
fueron dos soles en tu vida triste,
no los verás ahora indiferentes, fríos:
tu ceguera, por eso, va plegada
como una fresca venda perfumada
sobre tus ojos trágicos, sombríos...

LA MUERTE DE PIERROT

Pierrot había ya sufrido tanto
que el sello de sus pasos peregrinos
y la humedad salobre de su llanto
se encontraban por todos los caminos.

En lejanas veredas extraviadas,
perdidas en lo azul de lo distante,
había margaritas deshojadas
junto a la huella de su paso errante.

Sus manos de albos dedos fatigados,
nidos abandonados
de donde huyeron todas las caricias;
sus manos que sabían
del resignado resbalar del llanto
y a veces parecían
dos liras desoladas bajo el manto
de un cruel silencio ardiente,
temblaban si las lágrimas rompían
los dormidos luceros de la fuente.

Entonces sólo un nombre repetía,
un nombre amado, voz de lo infinito,
un nombre doloroso que tenía
la belleza de un ópalo maldito.

Y una noche deshízose el encanto
de cansancio y silencio y pesadumbre
que ahogaba su dolor; y allá, en la cumbre
magnífica del llanto,
rompió a cantar inconsolablemente.
¿Fue lágrima o sonrisa
del corazón desierto?
Nunca lo supe yo, pero es lo cierto
que así cantó Pierrot:

Pedíle amor a mi destino incierto
y, bajo el cielo, en actitud de espera,
quedó mi pobre corazón, abierto
como una débil mano pordiosera.

En la marcha fugaz de cada hora
mis ansias angustiadas
soñaron la vehemencia abrasadora
del calor de las carnes adoradas.
Me nacieron nostalgias
de glorias que mi espíritu ignoraba,
nostalgia de los besos no llegados,
de los besos de fuego prodigados
en la alcoba en penumbras
que mi ansiedad soñaba,
y hui desconsolado a la serena
resignación mortal de los olvidos
durmiéndose, mecida por la pena,
la dulce rebelión de mis sentidos.

Y por eso mi canto, serenata
que suena a miserere,
no dice el goce del amor que muere
sino la angustia del amor que mata.
¡Y cómo al corazón, con esta herida
majestuosa, infinita de dolor,
parece que la vida así es más vida
y el amor más amor!

Canto al amor que nunca he conocido,
al rumoroso amor de los felices,
al que borra en las aguas del olvido
la huella de sus leves cicatrices;
al que sueña y aspira
y anhela, y sólo alcanza
la celestial mentira
loca de la esperanza;
a ese que va por todos los caminos
tejiendo bajo el cielo sus cadencias

y el rumbo austero y cruel de los destinos
lo tuerce entre sus dedos sin violencias;
al amor de las rojas inquietudes
y los locos placeres;
al rey de las humanas multitudes
cuyo trono de espumas
está en el corazón de las mujeres;
canto a ese amor que ciega
como una venda cálida y fragante;
al que sus alas pliega
sobre el lecho callado e insinuante;
al que se da, sin miedo ni reproche,
como una ofrenda trémula y radiante
para la fiesta de la media noche.

Y canto a este amor que es sólo mío;
al que llenó mi corazón de fuego
y mi alma de frío;
al que es plegaria inútil, mudo ruego,
rosal maldito, cauce oscuro y seco
sediento de las aguas del olvido;
hondo gemir de imploración perdido
sin la respuesta fraternal de un eco;
al mudo amor de la mirada intensa
que hacia el dolor avanza
sin esperar ninguna recompensa;
al magnífico amor sin esperanza;
a este que bajó a mi vida errante
en una noche aciaga
y su trono de carne palpitante
dejó en mi corazón como una llaga;
al implacable y dulce,
al resignado y fuerte
que lanzó hacia el futuro mi pasado
y cambiará las sombras de mi muerte
en un vasto misterio perfumado;
al amor sin fortuna que no importa
que la vida sea corta
o que el alma se nuble de amargura

o que avance la sombra del dolor
o que la noche se desate oscura
¡porque él mismo es un sol!

Hubo un silencio irónico,
un silencio insondable que envolvió
el pálido temblor de cisne agónico
que azotaba las carnes de Pierrot.

En su rendida planta ya no había
el ansia inútil de esparcir más huellas,
en sus ojos dormía
la insaciable fatiga de interrogar estrellas,
las frágiles y leves margaritas
empinaban sus tallos femeninos
por mirar las pupilas ya marchitas
de quien las deshojaba en los caminos.
Y aquella noche fría
velaron las estrellas asustadas
el cadáver de un hombre que tenía
sobre el pecho las manos deshojadas.

CICATRIZ

Se extinguía la misa en la silente
penumbra antigua de la vieja ermita.
Junto al santo pilar de agua bendita
yo contuve mi paso reverente
y en la quietud del sosegado ambiente,
con sed de olvido en flámula infinita,
por mis dedos mi pobre alma contrita
bebió del agua que besó tu frente.

En su abandono el corazón desierto
rompió a llorar como si hubieses muerto.

Mi alma huye aún de aquel tormento,
mas donde quiera que a mirar se atreve
tu recuerdo levanta su relieve
como una cicatriz del pensamiento.

COLOQUIO CON MI ESQUELETO

Juntos marchamos por la senda oscura,
¡oh, fúnebre y callado acompañante!
¡Te arrastro yo por mi camino errante
o tú me arrastras a tu desventura!

Esa, tu carcajada sin ventura,
tu única risa, muda e incesante,
más la siento bullir tras mi semblante
cuanto más triste bebo mi amargura.

De tus huesos, que son como un ramaje,
caerá la carne en lívido follaje
que arranca el viento del fatal octubre;

y, sonriendo también, terrible y fuerte,
de un manotazo arrancará la muerte
el antifaz de carne que te cubre.

EL ROSARIO DE PLATA

En una de esas lúgubres gavetas
que esconden un pasado hecho ceniza;
donde un perfume exangüe de violetas
largamente agoniza

y el recuerdo es sonata
nostálgica, inserena,
guardo —como una pena—
un rosario de plata.

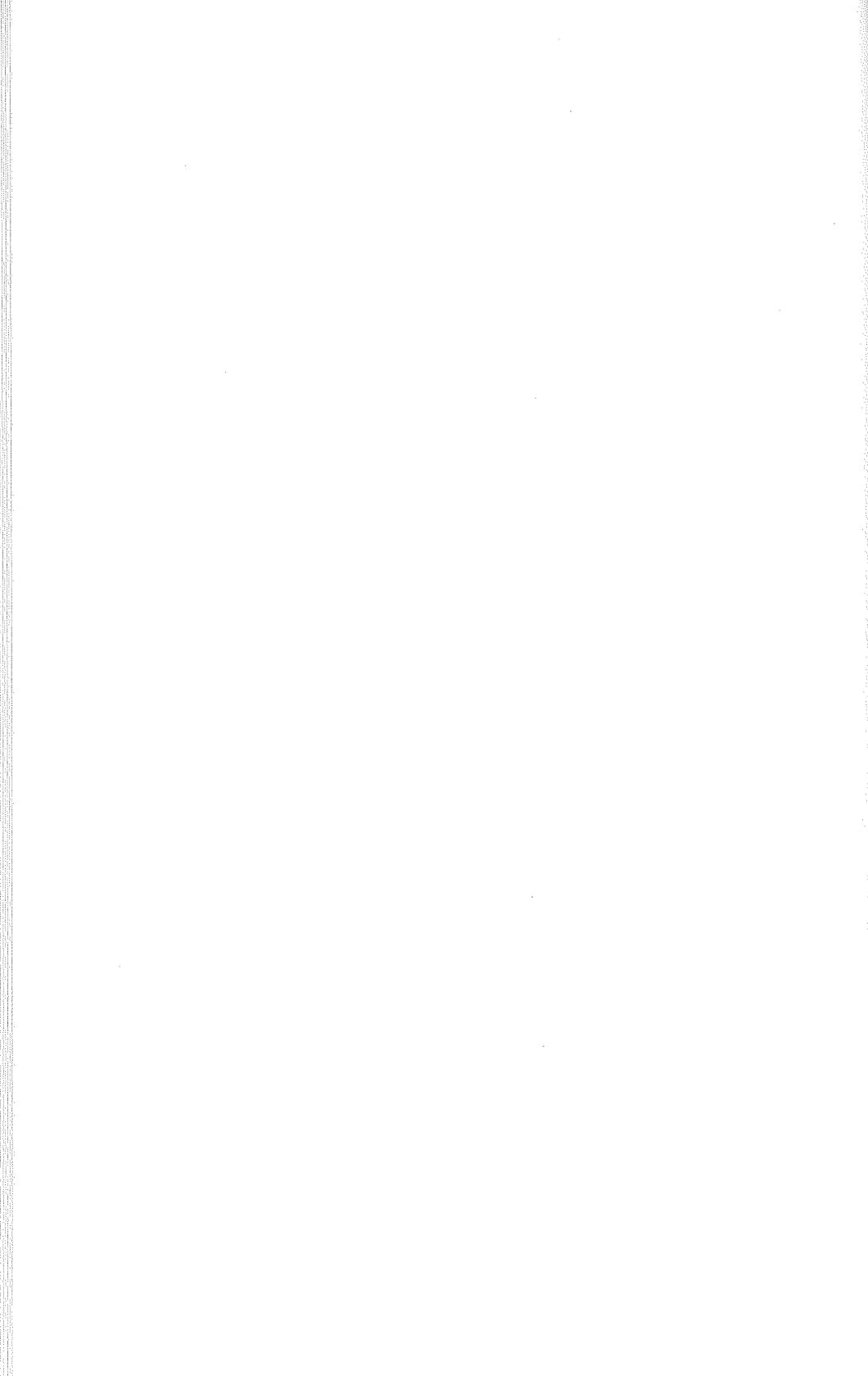
Es pequeño, liviano.
Sus cuentas fueron todas recorridas
por los frágiles dedos de unas manos
hace tiempo perdidas
y doble santidad su brillo enciende:
una oración de novia lo bendijo
y de su extremo pende
el callado dolor de un crucifijo.

Es liviano, pequeño,
este rosario de melancolías,
de olvidos y de ensueño.

Produce entre los dedos un rumor
de ahogadas notas y cadencia vaga
y en él brilla ese agónico fulgor
de las pupilas que la muerte apaga.

Tiembla de amor mi tímido quebranto
cuando mi mano, de pavor abierta,
presagia en su metal dos veces santo
el frío de las manos de una muerta.

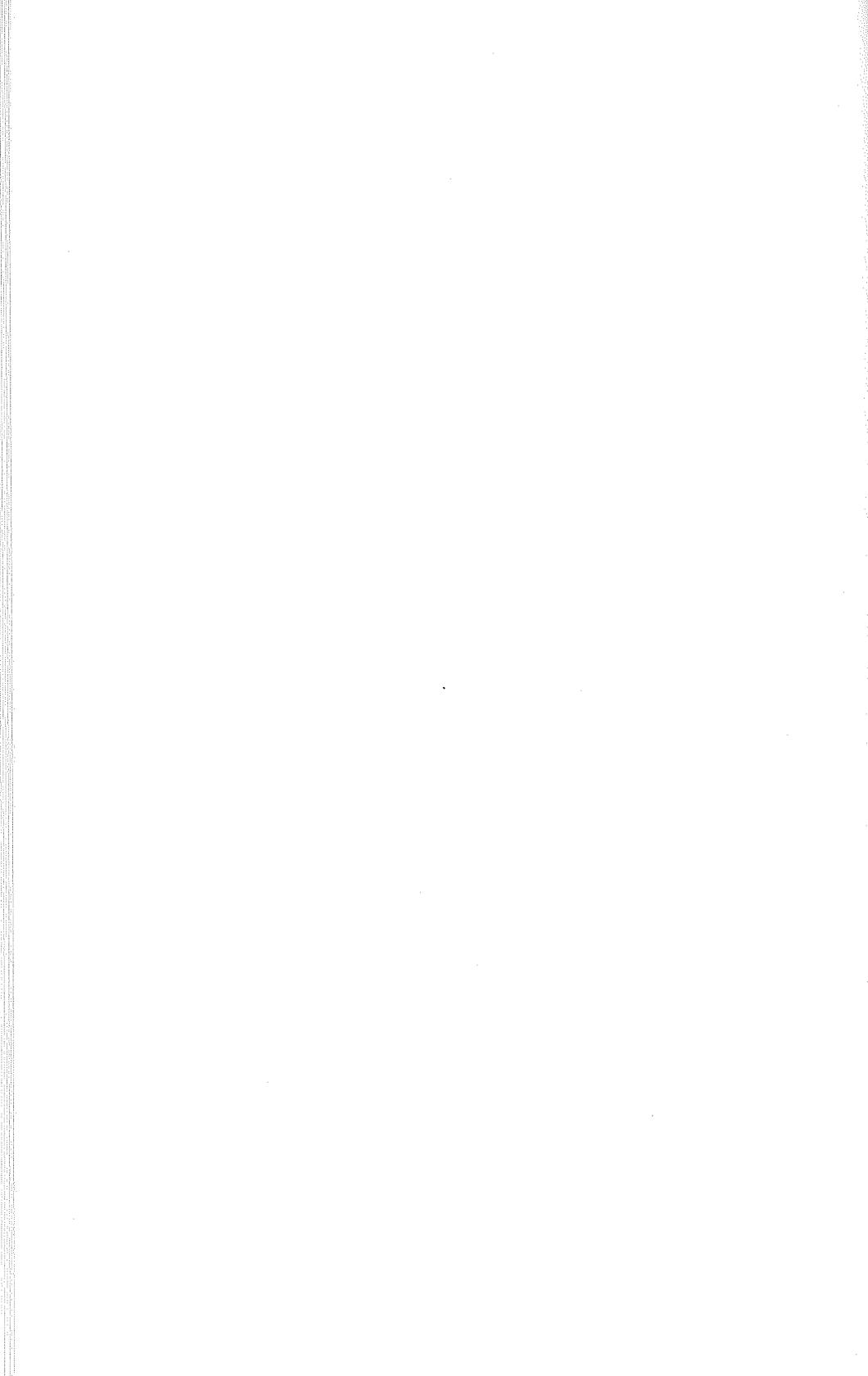
Pesa, como un dolor, sobre mi vida;
toca mi labio de un sabor amargo
cuando a besarlo mi fervor se atreve;
inmensa angustia mi inquietud delata;
su presencia me agobia... y, sin embargo,
es pequeño y es leve
el rosario de plata.



LA SOMBRA ILUMINADA
(1929)



*Quedó la amada huella de tus pasos,
en todos los caminos de mi alma.*



ELEGÍA DE UNA TARDE DE ENERO

Tantas rosas había
que apenas entre pétalos tu rostro se veía.
Tus manos se entregaban, en laxitud inerte,
a un lánguido deseo de acariciar la muerte.
Un viejo crucifijo, sobre tu corazón,
vertía su cansancio como una bendición.
Tu pobre madre era la Mater Dolorosa,
la María Piadosa
de un calvario sin palmas y sin resurrección.
Tus hermanas lloraban con desesperación.
Y antes de que te fueras, antes que el ataúd
encerrara por siempre tu frágil juventud,
yo me acerqué despacio, pobre adorada mía,
y puse el beso último sobre tu frente fría.
Y luego te llevamos a una iglesia sencilla
de esas donde la fe es lo único que brilla,
e incensaron tu féretro bajo el místico estruendo
de una liturgia antigua que yo apenas comprendo.
Después, la tarde pálida y enferma de misterio
nos vio sobre el camino de un viejo cementerio.

En los ojos de aquel atardecer de enero
como perdida lágrima tembló el primer lucero.

Ya el luto de la noche envolvía el poniente
y entonces te enterraron con mi beso en la frente.

PIEDAD

Yo a tu lado soñaba imposibles quimeras
con los ojos perdidos en la azul lejanía,
y tu abandono cándido parece que decía:
—Sueña lo que tú quieras,
adúrmeme en mi pecho, enciende tu ilusión,
yo velo y te acaricio, sueña más todavía,
yo soy toda perdón—,
parece que decía.

Y una mañana azul,
con tus labios sumisos que amaban la oración,
parece que a la Muerte igualmente dijeras:
—Yo soy toda perdón,
haz de mí lo que quieras...

DESCONSUELO

Rosal: guarda tus rosas;
apaga tus luceros, ideal;
que yo sólo os buscaba sobre todas las cosas
para su frente pálida y astral.

Guardad vuestros fulgores,
alegre sol y florecido abril:
que ella descansa y es, entre las flores,
una rosa de hielo y de marfil.

Noche: cofre de amor
colmado para mí de sombra y frío,
acoge en tus arcanos el grito con que voy
a derramar mi llanto en su lecho vacío.

Y tú, pausada brisa,
detén el sollozar de tus violines:
ya no puede escucharte quien cruzó tan aprisa
el misterio de todos los confines.

Está ciega. Está muda.
No verá mi tormento ni escuchará mi grito.
Y he aquí que sólo queda sobre mi senda ruda
un dolor que me abrasa,
una sed de infinito
y una sombra que pasa.

EPÍSTOLA A CARONTE

¡Qué sorpresa la tuya cuando un día de sol,
una de esas mañanas en que sonrío Dios,
se te acercó la Parca
llevándote la ofrenda de marfil y de nieve
de mi amada sin vida!

Su cuerpo era tan leve
que con su peso aligeró tu barca;
y al marcharse tu esquife de la orilla
y mientras en silencio se alejaba,
por los remos sombríos
el agua, como un llanto, resbalaba.

Su palidez fulgía
como un lucero lánguido en la mitad del día.

La pálida viajera hundió sus manos pálidas
entre las turbias aguas pantanosas,
y las ondas volviéronse claras y perfumadas
cual si en ellas hubieran caído de repente
dos estrellas hermanas o dos rosas.

Habló, y el maderamen fúnebre de tu barca
vibró sentimental cual las cuerdas de una arpa.

Y tus remos seguían bogando acompasados,
¡viejo pirata de almas! De tu ruta invariable
los vientos, asustados,
huían con premura de confusión y espanto.
Y tus remos cantaban, sordo, lento, distante,
su monótono canto.

¿Hacia dónde bogabas, oh barquero Caronte?
¿En qué playa sin nombre la dejaste
cuando cruzó tu barca el último horizonte?

ILUMINACIÓN

Tú, que envuelta en la sombra la iluminas
igual que las estrellas,
y en la ruta en que voy tras de tus huellas
renaces en mis sueños y a mi lado caminas:

¿qué palabra escuchaste del Misterio,
qué señal milagrosa
vieron tus ojos en la vasta hondura?

¿Acaso fue por eso
tu despedida trémula y callada
como el deshojamiento de una rosa,
o como si en tu carne fatigada

Vida y Muerta se hubieran dado un beso?
¿Por eso así entornabas las pupilas oscuras?
¿Por eso aquella paz de tu agonía
en que me dio tu mano blanca y fría
un adiós sin palabras ni penas ni amarguras?

INOCENCIA

Un hálito de drogas invadía la estancia.
Hálito penetrante, inolvidable, fuerte.
Un silencio completo reinaba y, sin embargo,
sonaban en tu pulso los pasos de la Muerte.

Y tú, adorada enferma, todo lo comprendías.
Consoladoramente por eso me decías:
—No sufras inquietud ni pesadumbre.
Si ves que me confieso,
tú conoces mi fe: es mi costumbre.

Y luego proseguías, serena la mirada,
con una voz doliente en que ya había
algo de misteriosa lejanía:
—Estoy mejor y no me duele nada.

Afuera, ante la absorta quietud de lo infinito,
ajeno a la asechanza de inexorables daños,
en la inocente paz de tus tres años
jugaba nuestro hijito...

ELEGÍA DE UNA MAÑANA DE MARZO

Llueve en el camposanto.
Dijérase que el cielo
llora también mi inútil desconsuelo
y se mezclan, bajo el plumizo manto,
un poco de su lluvia y un poco de mi llanto.

Apenas brilla el sol, apenas arde
con mortecinas luces.
La lluvia rueda en las calladas cruces
de la Ciudad Dormida
y la mañana es como una tarde
miedosa de la noche y de la vida.

Estos pinos cantores,
con su voz susurrante de indefinible tono,
románticos arrullan a tus días sin flores
y a tus noches de lluvia y abandono.

Estoy bajo los pinos
sembrados en la tierra donde duermes.
Tiendo hacia ti la imploración estéril
de mis brazos inermes;
y este silencio que en mi alma rueda
y este dolor es todo
cuanto de ti me queda.
Mas nuestras almas todavía se aman:
yo pienso que en la sombra
tus dos brazos me llaman
y tu labio me nombra.

Y henos aquí, ¡oh bendición perdida!,
tú que duermes por siempre y yo que velo;
tú, que dieras el cielo,
yo, que diera la vida.

Amada: estoy aquí. He pretendido
lanzar hasta los cielos mi lamento

angustioso y amargo,
ahora que sin ti
las turbias ondas del dolor remonto.
Y mi voz, sin embargo,
sólo ha dicho: ¡hasta pronto!

MIEDO

Werther, hermano mío, siento miedo.
Un penoso temor
de llegar a la casa y encontrar su vacío,
cruzar la antigua verja que nadie cuida ya
y oír que el hijo mío,
con su inocente y suave candor de pocos años
me diga: ¿dónde está?

Miedo de las paredes que copiaron su sombra
y de todo este ambiente que en silencio la nombra.

Miedo de su retrato,
hecho en una mañana al salir de la misa,
porque esos labios que la Muerte sella
derraman todavía una sonrisa
desde el fondo de la mañana aquella.

Un temor de llegar y ver, desde la puerta,
la mesa limpia y pobre
y su silla desierta.
Un miedo de que sobre
lo que faltaba antes,
de que sucedan días mejores y abundantes,
ahora que no puedo
decirle: toma, escoge, todo te pertenece...
Un miedo, un torvo miedo
que amarga y duele y crece.

Miedo de esta orfandad,
de esta resignación
que sangra como una incurable herida,
y de este corazón
tatuado de recuerdos, y de esta soledad
que ha de durarme tanto como dure mi vida.

Miedo a las noches largas, temor al lecho frío
y a esta nostalgia honda que resistir no puedo:
yo siento mucho miedo,
Werther, hermano mío.

BALADA DEL NIÑO HUÉRFANO

Tu buena madrecita está de viaje,
¿por qué me lo preguntas?
(Llevaba su más blanco y leve traje,
el rostro pálido y las manos juntas).

Se fue una tarde lánguida de enero,
(¡qué día inolvidable el día aquel!)
y dejó al perderse en el sendero
esta angustia que dice que nunca ha de volver.

Esperarla es inútil, hijo mío.
Yo, para ti, inventaré el consuelo
que adormece la pena y el hastío.
Todo se borra al fin o se disuelve:
ella se fue hasta el cielo
y ese cielo, hijo mío, no devuelve.

¿Que marche yo a buscarla?
¡Quién sabe cuántas veces he querido
abalanzarme por la oscura borda

y perderme también, hasta encontrarla,
en la noche de Dios tremenda y sorda!

(Llevaba su más blanco y leve traje,
el rostro pálido y las manos juntas).
Tu buena madrecita está de viaje,
¿por qué me lo preguntas?

BENDICIÓN

Amada: te bendigo
por la dulce y sencilla gentileza
con que viniste a compartir conmigo
una amarga mitad de mi pobreza;

por el hijo nacido
de mi tristeza y de tu mansedumbre;
por el ansia de cumbre
con que animaste al corazón herido;
 por la caricia trémula y vehemente
que pusiste en mis hondas cicatrices;
por las palabras buenas que aún me dices
desde el cielo profundo y transparente,
 y por la dulce y plácida manera,
por el santo sufrir
con que en tu hora postrera
me enseñaste a morir...

LUTO

No es, junto a una losa muda y fría,
donde duermes por una eternidad;
no es allí, amada mía,
donde estás.

Estás en esta alcoba, que es el centro
de tanto padecer inconfesado
y de tanto pensar en que he soñado
la sorpresa imposible de un encuentro.

Estás en las secretas, hondas melancolías
con que, al amanecer,
se vuelve la cabeza en la almohada
y busca la mirada
alguien a quien decirle: ¡buenos días!

Estás en la penumbra de la estancia
en donde tus perfumes aun deslíen
su familiar fragancia;
donde tu mano ausente
roza como una sombra mi castigada frente
y tus labios sonámbulos sonríen.

Estás en la modesta lamparita saudosa
que tus manos heladas ya no encienden,
y en tus ropas sencillas que ahora penden
como yo no sé qué inmensa nostalgia dolorosa.

Estás en el fervor con que el labio te nombra
y en la cierta esperanza, encendida por Dios,
de que pronto tú y yo seremos sólo dos
mudos girones de una misma sombra...

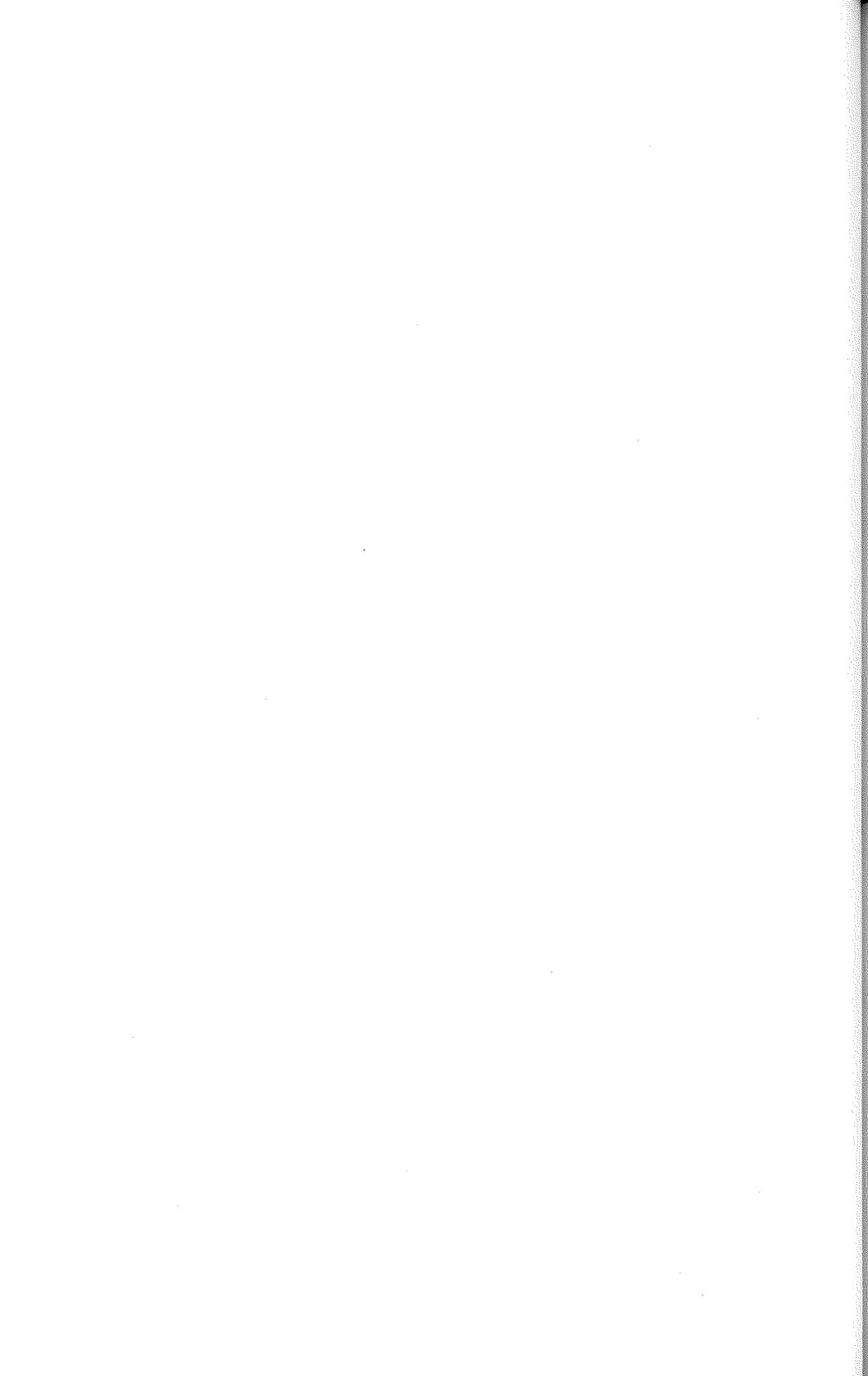
PERDÓN

Perdóname, Señor, si yo he creído
que esta vida sólo es vanidad y dolor,
y que el duro castigo que me has dado es mayor
que el que tienen mis culpas merecido.

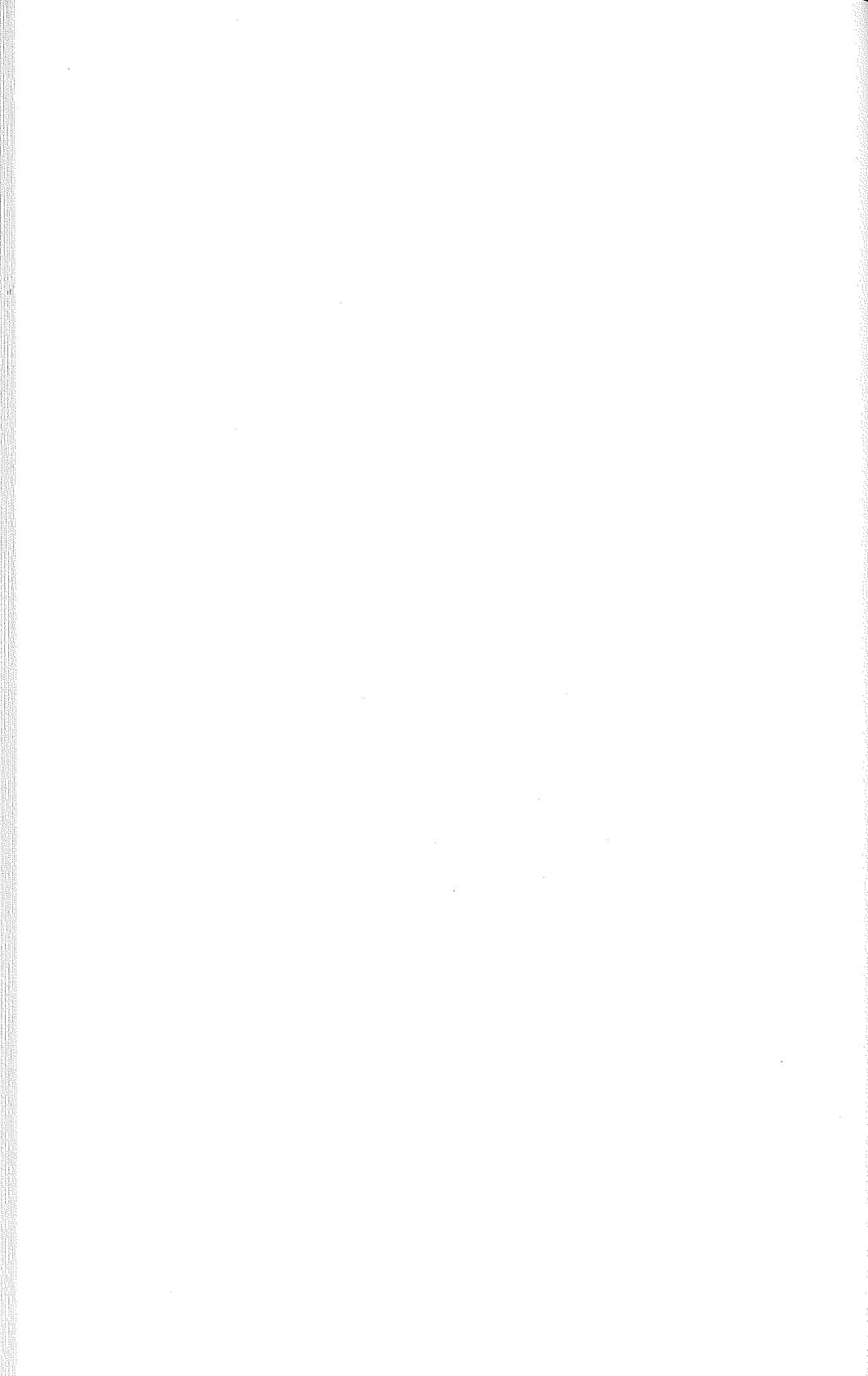
Perdóname, Señor, pues soy humano
y sangre torturada por mis arterias rueda;
perdóname si pienso
que el pedazo de alma que me arrancó tu mano
es mayor que el pedazo que en el pecho me queda.

Perdóname esta angustia, esta melancolía,
este anhelo de estar donde Ella está;
perdón porque la llamo todavía
aun sabiendo que no responderá.

Perdóname si creo
que ha sido amarga y cruel la vida que me diste;
perdón para mis dudas, perdón para mi llanto,
pues son hijos perfectos de un dolor que Tú hiciste:
¡perdóname, Señor, haberla amado tanto!

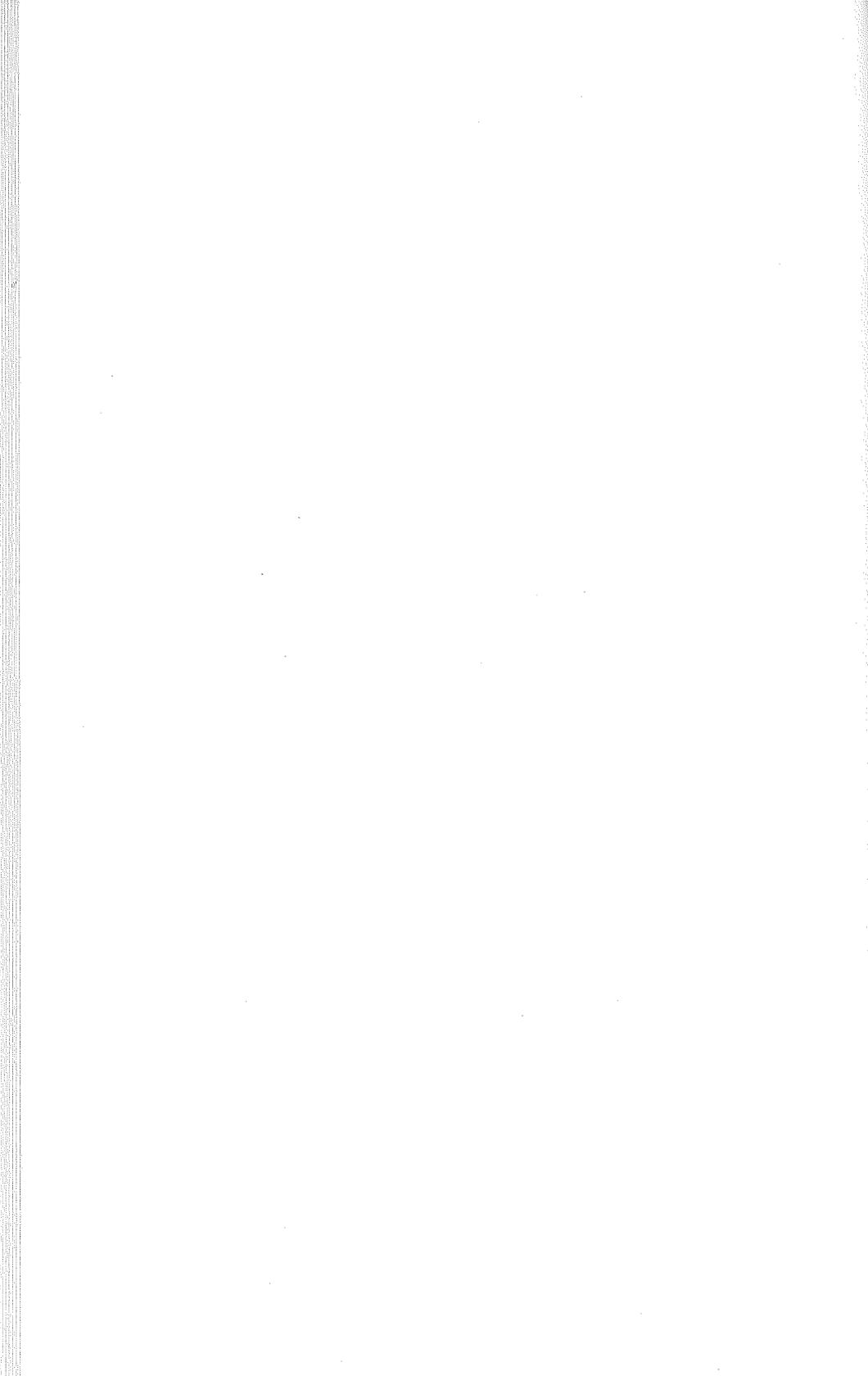


FIGURAS DE BARRO
(1930)



He aquí veinte sonetos torturados. Creo que forman la crónica de un viaje del pensamiento: un viaje que se inició en la maldición del barro oscuro de la bestia y llegó hasta la divinización de la bella y frágil arcilla femenina.

En este gineceo desolado, entre estas figuras de humano barro, desnudas, trágicas, desesperadas o dolorosas, suenan maravillosamente estas ajenas palabras: "Para el artista las cosas no son como son, sino como se recuerdan".



FIGURAS DE BARRO

Mujer: diosa de barro,
fulgor de estrella en lámpara de arcilla,
viviente y deleznable maravilla
que mañana serás polvo o guijarro

bajo las ruedas del antiguo carro
sombrió de la Muerte; luz que brilla
en la penumbra de la gris capilla
donde, por ti, mi corazón desgarró:

un bláncor que es vellón de lo infinito
y una sombra de todo lo maldito
se funden en tu arcilla nazarena,

porque tú eres el Pródigo Venero,
la Carne Santa, el Barro de Lucero
que bendijo Jesús en Magdalena.

EL ACTO

Se hallaron sin querer. Ella venía
con un cántaro pleno en la cadera
y una rosa en la oscura cabellera.
Él, el de siempre, el Hombre, padecía

una dulce y sensual melancolía
al mirarla perderse en la pradera
con el agua y la rosa tempranera.
¿Amor? ¿Instinto? No lo sé. Y un día,

de los nevados muslos ardorosos
nació un ofrecimiento. Temblorosos,
en el momento efímero y nupcial

fueron sus cuerpos rígidos, jadeantes,
dos vivos eslabones forceantes
de una vieja cadena inmemorial.

LA PECADORA

Se escapó del ayuno y la penuria
vendiendo su pudor por tres monedas
sonoras y brillantes. Y hubo sedas,
besos, perfumes, risas y lujuria.

Indolente, arrastró su mansa furia
bajo las tentadoras alamedas
del Pecado, y en todas las veredas
vendió su carne y prodigó su injuria.

El lecho, estéril, hoy es un desierto.
Las sombras intimidan como un grito.
El reloj es lo único despierto.

El cansancio se ahonda en lo infinito.
Y en su regazo abandonado y yerto
bosteza el barro lúbrico y maldito.

LA ESTÉRIL

Una pena sin nombre te circunda.
Tus ojos son dos cálidos tormentos
que avizorando los alumbramientos
se agrandaron de amor; y en la profunda

soledad que tus páramos inunda
espantas con el ¡ay! de tus lamentos
al grávido silencio de los vientos
y al ajeno placer de ser fecunda.

El día en que la Pálida te encuentre
junto al cofre vacío de tu vientre
pondrá un beso de irónica piedad

sobre tu sexo estéril y marchito:
boca sangrante, muda para el grito
de la maternidad...

LA MENDIGA

Bajo el portal cristiano
de un viejo templo de ágiles arcadas,

copia sobre sus piernas fatigadas
un gesto antiguo del dolor humano.

Como una esfinge, encinta de lo arcano;
sueña con las pupilas empañadas
que cien manos fragantes y enjoyadas
arrojan cien limosnas en su mano.

Alguien sembró su barro indiferente
de la brutal e impúdica simiente
de una fecundidad sin regocijo.

Después sufrió un dolor que no se olvida,
y sobre el sucio rostro de la vida
su vientre vengador escupió un hijo.

LA ARDIENTE

Paz sensual. En el lánguido recinto
la trémula ansiedad de la cadera
y las cenizas de la ardiente ojera
se aduermen en fragancias de jacinto.

Deidad ardiente sobre griego plinto
tranquila oculta su carnal hoguera,
y acaso nadie adivinar pudiera
el furioso galope de su instinto.

En tanto sueña que a un imaginario
mito pagano de ágiles cuadriles
—un sátiro insaciable y temerario—

se ofrecen, como un cálido trofeo,
sus flancos sudorosos y febriles
urgidos por la espuela del deseo.

LA FRÁGIL

La lluvia musical era un salterio.
Y eran, entre sus trémolos velados,
los abrazos más largos y apretados
y los besos más llenos de misterio.

El placer le rindió su ardiente imperio.
Huyó el pudor con pasos asustados,
y pidieron sus labios torturados
el maldito dulzor del adulterio.

Crujió discreto un recatado broche.
Fue su pupila verde aquella noche
un voluptuoso incendio de esmeraldas;

olvidóse de Dios y de Caronte,
un abrazo fue su único horizonte,
cerró los ojos y cayó de espaldas.

LA PUDOROSA

Tiene alma de libélula nerviosa
que hasta el azul del cielo se aventura;
y en el pecho, remanso de ternura,
un corazón que es una mariposa.

Un alba adolescente y pudorosa
sueña ocasos en su mirada oscura,
y su virginidad inquieta y pura
ya presagia la muerte de una rosa.

No la toquéis. Dejad que la virgínea
gloria pagana de su ingenua línea
se arome en cada lirio que ella encuentre;

dejad que esplenda su inocente pompa
antes que la maternidad le rompa
la geometría púdica del vientre.

LA HISTÉRICA

Cayó sobre su frente casta y pura
una sombra fatal y vengativa,
y su carne de virgen sensitiva
tiembla bajo una ardiente mordedura.

Sufre en silencio la sensual tortura
de fuego de la carne; y su alma esquiva
lanza a la tentación cruel y lasciva
una infantil mirada de locura.

Cuando el Deseo, en pira involuntaria,
le quema entre los labios la plegaria,
sus ojos brillan trágicos, soberbios,

y al mirarlos parece que se escucha
una inquieta cantárida que lucha
presa en la telaraña de sus nervios.

LA COBARDE

Como una rosa que temiera al viento
o una estrella asustada de su altura,
buscó, temblando de infantil pavora,
el callado refugio de un convento.

Sin hijos, sin dolor, sin un tormento,
conservó su alma suave, tierna, pura,
y huyó del loco mundo y su amargura
como una brisa de espantado aliento.

Poco a poco palideció su frente;
se marchitó su cuerpo lentamente
ahíto de abstinencia y de virtud.

Y al fin, una mañana alegre y pía,
su deseo murió de cobardía
en la oscura prisión de un ataúd.

LA SANTA

Tienen sus manos, de imponencia fría,
la timidez nerviosa de las aves.
Con ellas incendió las siete naves
de los viejos pecados; y ese día

acentuaron su augusta eucaristía,
se volvieron más pálidas y graves
así como debieron ser de suaves
las manos de la novia casta y pía

que no tocamos nunca. A las eternas
fauces del mundo sórdido y mezquino
no dio frutos su vientre de mujer.

Y en el vértice tibio de sus piernas
piadosamente sepultó el destino
de una estirpe que no llegó a nacer.

LA ROMÁNTICA

En sus manos, capullos de pureza,
las diez góticas uñas virginales,
capaces de vengar como puñales,
imponen con orgullo su fiereza.

Hostiles, en su bélica firmeza,
remedan caballeros medievales
que guardan los altivos ventanales
donde asoma la dama su belleza.

Y en una noche de ansias fugitivas,
bajo una lámpara de tenue brillo,
al reclamo de un paje venturoso,

las diez góticas uñas vengativas
serán como las torres de un castillo
rendidas a un asalto victorioso.

LA BEATA

Sus ojos son las chispas de una brasa
dormida en las cenizas de la frente.
Y bastaría un soplo negligente
para peinar su cabellera escasa.

Un rosario antiquísimo repasa
y, lamiendo los bordes de su diente,
como junto al pilar de un viejo puente
el agua muerta de su rezo pasa.

Huele a incienso, a vapor de sacristía;
santíguase cien veces cada día
y en la iglesia dormita sobre un banco

sin pensar que su cráneo, duro y fuerte,
pasará por los dedos de la Muerte
como la cuenta de un rosario blanco.

LA SUICIDA

Sus manos, de románticas costumbres,
eran dos alas al amor tendidas,
dos palomas errantes y aturdidas
nostálgicas de vuelos y de cumbres.

Un día, entre sus quietas mansedumbres,
hubo un loco temblor de alas heridas.
Y graznó la canción de los suicidas
el cuervo de las negras pesadumbres.

Y en una tarde alegre, bajo cielos
propicios a la gloria de los vuelos,
pendiendo de una cuerda oscura y fuerte

oscilaba su cuerpo en el vacío,
como el lúgubre péndulo sombrío
del reloj sin agujas de la Muerte.

LA CIEGA

Para ti todo es sombra en los senderos.
Es inútil la ofrenda luminosa
que desde el cielo azul baja piadosa
para tus pobres ojos pordioseros.

¡Pobre viuda del sol! Tus lutos fieros
exaltan tu belleza dolorosa:
para tornar su lumbre más hermosa
así enluta la noche sus luceros.

Dijérase que vas tras una estrella
que sólo para ti su luz destella;
que te nombra la voz de las esquilas,

y así pasas, inválida adorable,
llevando por tu noche interminable
un naufragio de sol en las pupilas.

LA HERMANA

Fuiste mansa, piadosa, sensitiva.
El ajeno dolor halló a tu lado
la piedad de un consuelo perfumado,
la luz de una esperanza compasiva.

Tu ensueño fue una sombra fugitiva,
y por un horizonte desolado
viste cruzar, desde el hogar callado,
tu juventud cansada y pensativa.

Compartimos el hambre, el pan, la pena;
fuiste conforme, resignada, buena;
y para reclamar de nuestro olvido

un poco de ternura y de consuelo
nos dejaste, en la ropa o el pañuelo,
el tímido anagrama de un zurcido.

LA NOVIA

Alfombró de campánulas y lilas
nuestro amable sendero de otros años.
Sus ojos, que al principio eran huraños,
se tornaron hieráticas sibilas
cuyas negras y trágicas pupilas
presagiaban dolor y desengaños.
Después, bajo el pesar de injustos daños,
tembló en su voz la voz de las esquilas.

Su orgullo nos rindió las altiveces
de las tibias y castas desnudeces
que fueron nuestras y que nunca hubimos;

y primero en amor, y en perdón luego,
adormeció su pena en su manso ruego
para olvidar el daño que le hicimos.

LA IMPOSIBLE

Astro distante, beso de infinito
que tan sólo se alcanza
con los labios de amor de la esperanza;
inexorable mito

ante quien mi alma, en fervoroso rito,
deshoja su canción y su alabanza
y a cuya altura mi dolor se lanza
en el desesperado afán de un grito:

deja, Estrella o Mujer, que a mis eriales
lleguen tus gracias tímidas y astrales
a envolver en fragancias de leyenda

este suplicio en que mi amor desgarró,
antes de que mi corazón comprenda
que también las estrellas son de barro.

LA AUSENTE

Dijérase que en un recogimiento
de infinitas nostalgias dolorosas
las almas y las cosas
te esperan con profundo sufrimiento.

Hasta la misma paz de tu aposento,
a pesar de los nardos y las rosas
y las santas imágenes piadosas,
está llena de un tácito lamento.

Un silencio sombrío
ahondando la orfandad de tu vacío
diluye en mi alma su mortal angustia;

y las rosas, por ti desfallecientes,
decir parecen con su gracia mustia:
¡todos seremos, algún día, ausentes!

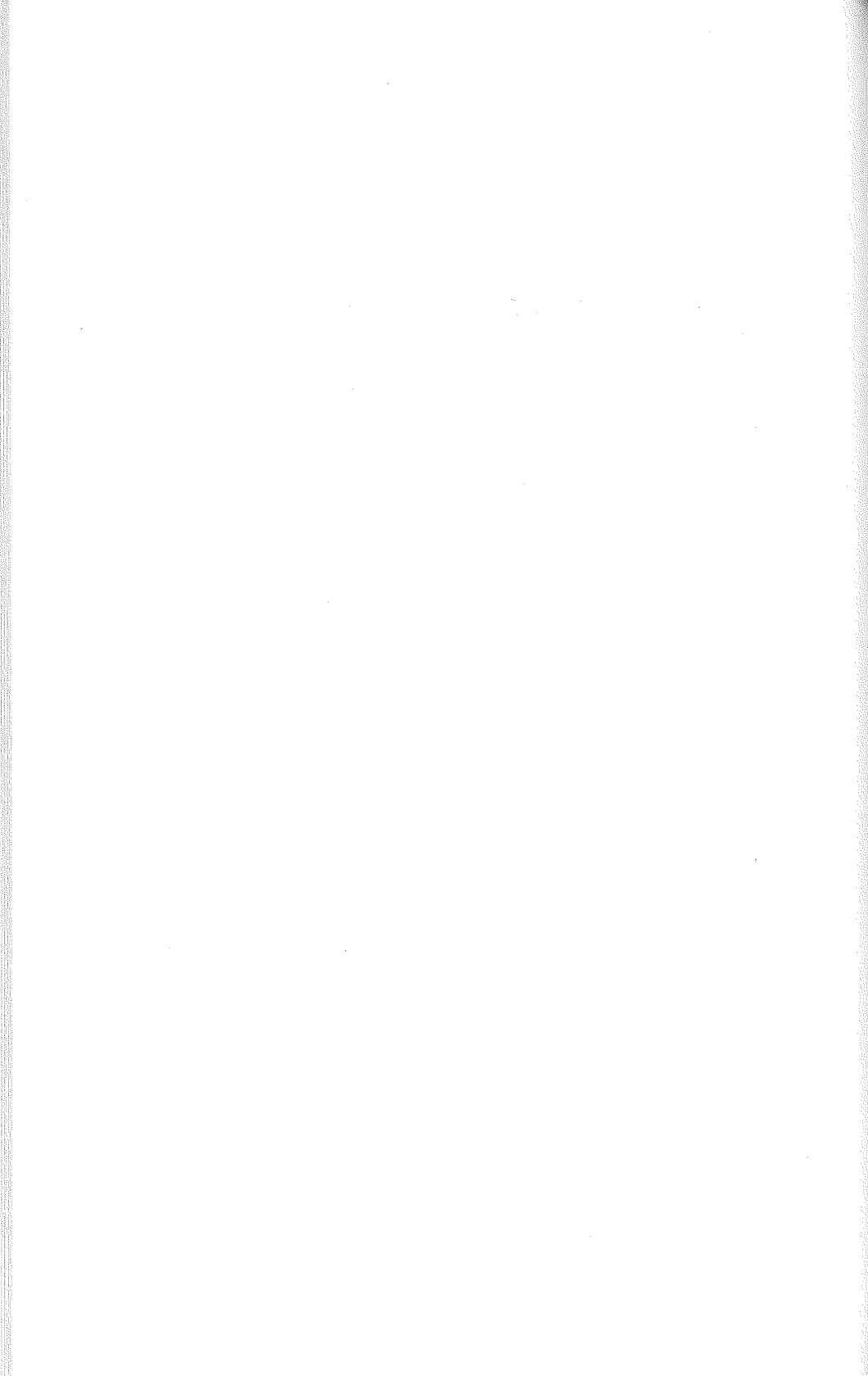
LA MUERTA

Fue un error de la Muerte, un extravío
el que apagó las notas de tu canto.
Y el corazón clemente que amé tanto
se llenó de misterio y sombra y frío.

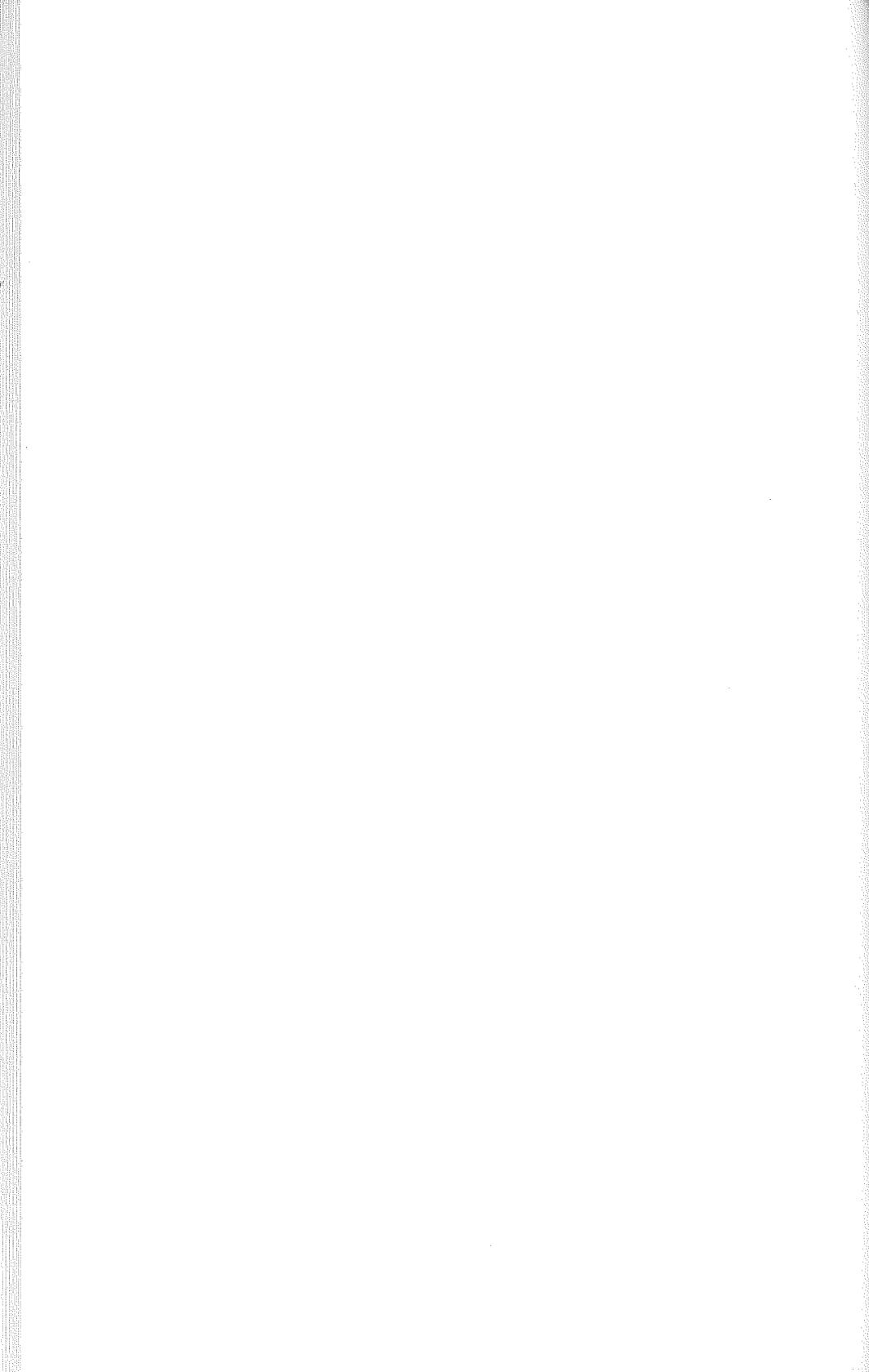
¡Qué silencio tan hondo, tan sombrío,
cuando una tarde de mortal espanto,
sobre todas las cosas, como un llanto,
se derramó el dolor de tu vacío!

Hoy Dios sonrío en todo. Su presencia
se insinúa en el cielo y en lo agreste.
De todo fluye su divina esencia;

canta en el viento la bondad celeste,
tiene el aire más pura transparencia,
¡y tú moriste un día como este!



POEMARIO
(1947)



ELEGÍA A LOS ARTISTAS SIN GLORIA

¡Eran tantos! Venían caminando
desde la otra orilla del tiempo y la distancia,
levantando una nube
más de antigua fragancia que de polvo de siglos.

Mi vida, esta vida que ya casi no es vida
por agotada y burda, les quedó en su camino
como una cosa más, como una mancha absurda,
como un detalle inútil del doliente paisaje,
como una puerta oscura, cerrada y misteriosa.
Y yo los vi cruzar así como se mira
al través de una vieja cerradura.

Caminaban sin ruido,
como sobre una alfombra de silencios.
Pero el jadeante ritmo de su aliento flotaba
espectral: parecía
el errante fantasma de un clamor,
el canto de una sombra.
Y ese espectro sonoro flotaba sobre todo
cual si fuera una hosca, una espantada
bandera de mil almas en derrota.

Era como una flébil oración
por el dolor sin nombre del violinista tísico
y del poeta estéril; por el noble poema
que estranguló en sus garras la miseria;
por el póstumo cuadro que se vendió tan caro
después que el buen pintor murió de hambre;
por el cansado artista
que le ofrendó su genio a la tragedia
sobre la torva arista del suicidio;
por los desengañados y risueños
caballeros gentiles del fracaso
para quienes la Gloria fue más sorda,
más tarda y menos buena que la Muerte;
por el violín de artista que se quedó una tarde
—dentro del ataúd de su cajita negra,
como un hijo sin vida—
en la mano rapaz de un prestamista;
por el dolor que siembran los callados bacilos
en la febril garganta convulsionada en toses
(aquella tos cascada, encinta de contagios
como un ruidoso y sucio puñado de monedas
del avaro Caronte);
por los talentos que pasmó la aldea
con su bondad estúpida y tacaña;
por el amor bohemío, imposible y romántico,
que se murió de engaño
en los fáciles labios de otra mujer cualquiera;
por los que presenciaron con dolor silencioso
el rapto de su última esperanza
y, a los más, esgrimieron su trágica sonrisa,
el único puñal de su venganza;
por los que no pasaron —siquiera un solo día—
su arte y sus ensueños por el Barrio Latino;
por los que no lograron tocar sus secos labios
de amor de bulevares ni ajeno parisién;
por los que ante la ingenua desnudez
de la modelo virgen, rindieron, como espadas,
las lúbricas tristezas de su carne;
por los pintores ciegos que llevaron

dos brochazos de sombras en los ojos;
por las vidas cansadas que envenenó el misterio
y extravió la locura;
por los que agonizaron con los ojos febriles
abiertos al engaño de un celaje de gloria;
por los que iluminaron sus noches y sus duelos
con lámparas diabólicas que alimentó el alcohol,
y por los que juntaron
a la humilde tristeza de ser pobres
la altiva aristocracia de ser tristes.

Nada torció su rumbo inmemorial.
Pasaban y pasaban como hojas desprendidas
que un viento amargo empuja. Pasaban sin dejar
ni un mármol, ni un acorde,
ni una estrofa profunda y memorable,
ni siquiera una trémula burbuja
sobre la superficie de los siglos.

Y cuando pasó el último, mi alma se fue tras ellos,
como un ala sin vida, como otra hoja muerta;
y sobre el rastro anónimo de aquel millón de huellas
se estremeció un aliento poderoso y jocundo
que llevaba en su entraña
un roto anhelo de alcanzar estrellas...

ESTAMPA COLONIAL

Hálito evocador, antiguo cuento,
legendarias consejas,
añoranza profunda, voz, aliento
que anima el alma de las cosas viejas,
fantasmas que en la mente
se anidan soñolientos como buscando un lecho:
el errante poeta casi siente

una herida de siglos en el pecho.
Deshójase en su frente
el silencioso beso del pasado
y a épocas remotas transportado,
bajo un ocaso malva,
se encuentra de repente
en la Calle del Conde de Peñalva.

Es el año de mil
setecientos cincuenta.
Estamos en abril
y Flora sus capullos virginales ostenta.
Estirpe blanca y multitud cobriza
ha tiempo que finaron su titánico duelo
uniendo sus dos sangres bajo el cielo
en un beso de razas: la mestiza.
Santo Domingo de Guzmán extiende
sus calles a mi paso.
La tarde tropical, a poco, enciende
los primeros fanales de su ocaso.

San Nicolás, de bóvedas romanas,
y San Francisco, de áureos campanarios,
libertan el clamor de sus campanas
como libran sus cuentas desatados rosarios.
En mística y en trémula canción
vibran los bronces de la catedral:
el tañido acongoja la paz del corazón
tal como si temblara el celeste cristal
al toque de oración.
Devotamente inclino mi figura en la calle,
destoco mi cabeza y a mi Señor alabo.
Luego percibo un lírico detalle:
desde un zaguán irrumpe un canto esclavo.
Y el cantar surge leve, tan hondo y transparente,
tan remoto y tan débil y lejano
que parece llegar directamente
de algún bosque africano.

Ávido de aventura y de misterio
acaso yo traía
ansias de empresas grandes
y en mi ambición ardía
la sed de conquistar oculto imperio
olvidado en las nieves de los Andes.

Mi figura —se ve a primera vista—,
muy digna de cincel de un Don Juan de Bolonia,
añora la mañana de sol de la Conquista
y se pierde en la tarde sin sol de la Colonia.
Y por eso, quizás, mi espada linajuda
más sueña que vigila: que de todas mis artes
la mejor cultivada fue sin duda
la de llegar muy tarde a todas partes.

Mi rancio honor bizarro
lamenta muchas cosas: y así, pues,
sufro no haber estado con Pizarro,
deploro no haber sido capitán de Cortés;
que un Don Juan de la gloria
vive inquieto y penando
cuando no está soñando
con el amor fugaz de la victoria.

Ya caída la noche, la Calle de Plateros,
la Calle de las Damas,
habituadas al paso de adustos misioneros,
miran cruzar mi corazón en llamas
bajo discreta lumbre de luceros.
Un templo silencioso parece evocador
fantasma de una raza de olvidados varones:
¡indio que emparedó en los murallones
su inédito dolor!

Mas, de pronto, al torcer por la Plaza de Armas,
al través de unas rejas,
la flecha de unos ojos y el arco de unas cejas
llenan mi corazón de súbitas alarmas.

Inútil es el requerir mi espada,
impotentes mi brío y mi denuedo,
porque, señora mía, ¿qué yo puedo
cuando son vuestros ojos los que dan la estocada?
Y cabe las aristas
de la imponente reja señorial
se rindió mi ambición de gloria y de conquistas
rota como una lanza de cristal.

ALDEA

Todos los horizontes se alcanzan con la mano.
Un sol fuerte, despótico y salvaje
sobre el áspero llano,
es el protagonista del bárbaro paisaje.
Los días pasan pronto
porque el astro de fuego que en lo alto fulgura,
atolondradamente, como un muchacho tonto,
salta con presta urgencia por sobre la llanura.

En los bancos desiertos de la plaza
duerme pesadamente un viejo aburrimiento
pueblerino y arcaico que eslabona y enlaza
la modorra y la vida, la paz y el sufrimiento.

Flota un hastío manso, borracho de pereza,
y los que allí vegetan, ebrios de aplastamiento,
ocultan con un tácito recelo
el temor de que si alzan la cabeza
se lastiman la frente con el cielo.
Así de chato es todo y así insignificante.
En obediencia plástica toda forma es cambiante,
al capricho y al modo
de la huella que deja la rueda sobre el lodo.

Cada día es igual a cualquier otro día;
tan iguales que a la monotonía
le nacen dedos estranguladores
que ahogarían la vida si al margen del paisaje
no hubiera la costumbre del enfiestado traje
que pinta los domingos con límpidos colores.

Cruza la plaza vieja
una joven pareja. Se adivina al mirarlos
que no se han dado un beso todavía:
¡pobres novios de pueblo, ebrios de tontería!

Pasa una chica leve
cuya piel es rubor de rosa en nieve.
Infeliz muchachita:
¡en otro sitio fueras tan bonita!

Hay ciertas noches demasiada luna
para el pequeño cielo pueblerino.
Con razón se diría
—cuando no protestaron los perros de un vecino—
que un perpetuo menguante bastaría.
Hasta Dios mismo es un Señor de aldea;
y en la paz socarrona, bajo el sol que fulgura,
lo mismo que el buen cura
se aburre, cobra misas y sesteá.

Es tan fiero tu sol, aldea mía,
que asusta a las mujeres
con sus rabiosos fuegos.
Aldea: ¡cómo asombra que no seas de ciegos!
¿Y acaso no lo eres?

En la inercia mortal que a la vida colocas
ha sufrido y soñado mi alma fuerte,
y lo único grande que provocas
es el dolor de estar viviendo en ti
y el de vivir en ti hasta la muerte.

Tiene algo de presidio tu idiotez bonachona
 y guardan tu recinto indiferente y serio
 una sola portera: la vieja comadrona,
 y una sola salida: el cementerio.

A KUMMEL

(El día que comprendí que me comprendías).

Debe ser muy profundo
 el nexa que nos une. Mi abolengo
 viene de algún bohemio inquieto y vagabundo,
 y el tuyo de un abuelo desgraciado y realengo
 de quien, al fin y al cabo,
 heredaste la noble manera de ser fiel
 y el modo de expresar tu placer con el rabo.
 Te envidio a ti y a él.

De mi abuelo heredé dos muy distintas cosas:
 una pena infinita y un cansancio de todo.
 Por eso me entristece el olor de las rosas
 y me apena el reflejo de la estrella en el lodo.

¡Y qué gran diferencia
 la que separa nuestra viejas filosofías!
 De la fidelidad haces tu única ciencia;
 y si, quizás, en estivales días,
 eres Don Juan que atisbas al balcón
 en donde la perrita del celoso vecino
 llueve sus imposibles sobre tu corazón,
 bien sabes que ser fiel es tu destino.
 La invisible cadena que tu sangre esclaviza
 es la fidelidad,
 que en tus venas es glóbulo que rueda y se desliza
 con mucho de tragedia y de fatalidad.

Tú nunca me lo has dicho, pero entiendo
que tu drama es tremendo.
Acaricias y guardas y proteges
al amo displicente
que muchas veces quiere que te vayas, te alejes,
para él quedar a solas, sin tu amor insistente,
sin esa interrogante
mirada taladrante
que pones en su frente.

A mí se me enseñaron muchas cosas
que tú tienes la suerte de ignorar.
Hubo tanta gramática,
tanta regla antipática
en mi infancia escolar
que es un milagro que yo no olvidara
la manera de hablar.
Doctos maestros de pelada testa
me enseñaron el código, la ciencia
y mil principios de dudoso brillo.
Prefiero tu genial jurisprudencia:
levantas tus ladridos de protesta
e impones la sanción de tu colmillo.
Tú, que enamoras sin ortografía
y ladras sin pensar en la Academia
y vives sin saber de biología
y mandas como un rey en tu bohemia,
eres digno de envidia, perro amigo;
y sigues por el mundo
ladrando tu feliz independencia
mientras que yo prosigo,
envidiando tu genio vagabundo,
con mi carga de angustia y mi átomo de ciencia.

Mas, al fin, nuestra suerte
formará paralelas unidas en la muerte.
Y allí mismo también superarás
con tu buena fortuna a mi destino:
en algún cementerio, de esos que la piedad

deja a la parda orilla de un camino,
en noches de astros fríos
y en tardes de dolor amarillentas,
macabro vecindario de osamentas
se enlutará junto a los huesos míos.

Tú morirás de un modo diferente,
rodeado siempre del silencio que amas,
sin que en ello te estorben ni el cura ni la gente;
y alegre sol de rayos encendidos,
como un perro de llamas,
lamerá la blancura de tus huesos pulidos.

DÍA DE HAMBRE

Los relojes inventan nuevas monotonías.
¡Qué largas son las horas!
Las calles, que otras veces son cauce de alegrías,
hoy se asoman cansadas, silentes, incoloras,
a las puertas de las panaderías.

La luz del sol, como un pincel de seda,
pasa sobre el suburbio pintoresco,
tiñe en oro el paisaje y todo queda
color de la corteza del pan fresco.

Cualquier viejo recuerdo ahora me entenece.
Pasado triste y pobre: ¡cuánto te reverencio!
Y el cielo, en un bostezo azul, me ofrece
la impasible piedad de su silencio.

Me sigue un perro hambriento.
Como yo, ¿buscó rosas y halló cardos?
No lo sé, mas me sigue

enseñándome en un ofrecimiento
los dos confites de sus ojos pardos.

—Ven, caminemos juntos, yo le digo.
Vamos hacia la fresca fuente oscura
que al copiar la fealdad de mi figura
dialogará contigo.
Sus aguas mansas lavarán las huellas
de tu sed y tu hambre:
la fuente es, como mi alma sin ventura,
abrevadero azul de perros y de estrellas.

A lo lejos las arboledas cantan
y el viento esparce el cántico deshecho.

En la ciudad las cúpulas levantan
su vientre satisfecho.

—Quedaremos soñando junto a la fuente aquella,
infortunado amigo.
Tú soñarás con el festín de un hueso,
yo soñaré con ella,
con la hostia de llamas de su beso;
y cuando dé la luna su blanca luz de trigo
se amargaré mi canto,
se apagará mi rezo
de haber bebido tanto
en la copa de hambre del bostezo.

ESPEJO

Cuando él se asomó al borde del espejo
—que era un pozo en la cal de la muralla—,
le atisbaba en el fondo, plegado de entrecejo,
un rostro paradójico de héroe y de canalla.

Fuego, metal y sangre, en un tríplice acuerdo,
condecoraron rápidos la tibia sien dolida
que en otro tiempo fuera remanso de recuerdo,
ala de pensamientos y vórtice de vida.

¡Raro sostén de condecoraciones!
(Los Caballeros de la Sien Sangrante
no llevan las medallas sobre los corazones:
las llevan en lo alto,
donde cuadra a su gusto sombrío y arrogante).

Y luego, todo fue como una sombra, leve,
callada como un astro, fría como la nieve,
o como si la noche, vaciada en el espejo
—que era un pozo en la cal de la pared—,
le hubiese dulcemente borrado el entrecejo,
dormido toda angustia, saciado toda sed.

DOLOR ANTIGUO

A Ti, muestro, Señor, mis cien heridas;
y mientras voy a tientas como un ciego
te guardo entre mis manos doloridas
el ave de alas rotas de mi ruego.

A Tu bondad, que tanta paz concede
a los que padecieron por el dolor de amar,
yo suplico por ella: la que ya no se puede
ni querer ni olvidar.

Por sus ojos, que un día
miraron mi fealdad tan compasivamente
que toda el alma mía
se me llenó de gratitud y llanto;

por sus labios que un tiempo me decían muy quedo:
adiós no, yo no puedo
decirte adiós a ti;

por su pecho de virgen que aprendió a suspirar
cuando yo le decía: es la hora de amar;
por su mirada honda como un presentimiento,
brillante de ilusión
y enferma de tramonto,
por su corazón
que me quiso tan tarde, y por su pensamiento
que me olvidó tan pronto.

Por ella es mi plegaria;
ella, que dio a mi corazón mendigo
el tremendo castigo
de un perdón sin palabras.

POEMA INVOLUNTARIO

Las cinco. Hemos sido tan puntuales
que ha perdido la cita
el encanto febril de sus ansias rituales.

Ninguna margarita
se desmaya en el único florero de cristal.
Un beso artificioso, vergonzante, trivial,
perfecto símbolo de amor tedioso,
rebota con el timbre de una moneda falsa.
Y mientras esta pobre muchacha se desviste
y luego se descalza,
yo quedo con el alma, desolada y desierta,
roto juguete de lujuria triste,
soñando con los ojos de una muerta.

LA PLAZA DE LOS SUICIDAS

Fronda letal. En cada oscura rama
hay una insinuación semiescondida
que se burla de todo cuanto es vida,
de todo cuanto sufre, sueña y ama.

La tarde dulce apenas si derrama
su piedad en la plaza dolorida;
y la hojarasca, fúnebre, aterida,
un responso fantástico reclama.

Un inédito idilio acaso pudo
encontrar quieto albergue en el callado
recogimiento de este banco mudo,

y a contraluz de un sol desencantado
pende mi corazón, yerto y desnudo,
en las ramas del tiempo suicidado.

CERVANTES

Poner en Don Alonso, altivo y triste,
las alas febles del ensueño errante;
de Sancho hacer el socarrón tunante
que esgrime una verdad en cada chiste;

lograr que un libro eternidad conquiste;
que el flaco y mal nutrido Rocinante
hinche en la fama su infeliz talante;
hincar burlas en todo cuanto existe;

dar al tacaño mundo limpio gozo
con su misma sandez, y que esta hechura
perdure en bronce y se eternice en piedra:

todo eso, en la humedad de un calabozo,
lo soñó cierta noche de amargura
Don Miguel de Cervantes y Saavedra.

DUARTE

Entre rancos redobles de atambores
iban los héroes en tropel guerrero.
En ofrenda marcial el grupo austero
rendía espadas, lábaros y honores.

Ante la Gloria, en bélicos ardores,
cruzaba majestuoso, altivo, fiero,
en marcha de laurel, valor y acero,
el desfile de los libertadores.

Y cuando surgió Duarte con su ofrenda,
—como un pálido espectro de leyenda,
marchito el rostro y honda la mirada—

el asombro acalló el marcial estruendo
porque en su mano, olímpico, estupendo,
fulgía un corazón y no una espada.

MARTÍ

POETA, se elevó como una cumbre
ante los asombrados continentes;
APÓSTOL, con palabras transparentes
libertad enseñó a la muchedumbre;

HOMBRE, no lo abatió la pesadumbre
de la miseria humana, porque hay frentes
tan puras, tan serenas, como fuentes
que beben astros y proyectan lumbre.

Y al dar la vida y ofrendar su muerte
a la patria inmortal, libre y procera,
en simbólico gesto de alma fuerte

y al último fulgor de su agonía,
con suma sencillez en la bandera
puso la estrella que en su frente ardía.

BOLÍVAR

Simón languidecía en un letargo
de gloria y pesadumbre. En el camino
tedioso de San Pedro Alejandrino
ya la muerte avanzaba a paso largo.

Todo anunciaba el fin y, sin embargo,
aquel hombre, sonámbulo divino,
sonreía a su irónico destino,
su gloria triste y su laurel amargo.

Y cuando Atropos, fría, se adelanta
y le dice: ¿qué rutas en tu planta
dejaron huellas de dolor tan grandes?

él, sonreído, muestra allá, a lo lejos,
bajo una fronda de laureles viejos,
un camino de patrias en los Andes.

SÁNCHEZ

La tierra de El Cercado, estremecida,
sacúdese espantada bajo el viento.
No es que un temblor le impone su tormento
a la llanura de pavor henchida,

es que una frente de laurel ceñida,
en la gloria enlutada del momento,
choca sangrante bajo el firmamento
contra la tierra a la que dio su vida.

Sánchez cae al igual que la bandera
cuando la Patria se desmaya inerte;
pero de modo tal, en tal manera
y aferrado a la enseña de tal suerte,
que parece que el Héroe pretendiera
tremolarla también hasta en la muerte.

FRANCISCO DE ASÍS

Tan llena está la celda de hondas cuitas
que el silencio se encoge, se amedrenta,
rueda por la pared amarillenta
y se fuga en las ráfagas contritas.

Del Santo las bondades infinitas
se marchan con la mística osamenta
a ofrendarle a la Parca soñolienta
un rosario de vértebras benditas.

Cuando la Hermana Vida huyó del Santo
toda la selva huérfana gemía;
el cielo azul, desesperadamente

cubrió su desnudez de aciago llanto
 y anocheció de pronto, cual si el día
 se hubiese vuelto ciego de repente.

VIERNES SANTO

Por sobre las aldeas y los llanos
 un dolor antiquísimo bosteza
 y el mundo a recordar de nuevo empieza
 que a Jesús lo inmolaron sus hermanos.

Calla el viento sus cánticos arcanos.
 Ora en silencio la naturaleza
 envuelta en una húmeda tristeza
 de llantos inocentes y lejanos.

El fantasma de Cristo, el Errabundo,
 manando paz sus labios entreabiertos,
 avanza por los ámbitos del mundo

con la cruz blanca de sus brazos yertos:
 que no hay perdón tan grande y tan profundo
 como el perdón callado de los muertos.

VIUDEZ

Sobre mi viejo traje descosido
 hoy bosteza un ojal
 frente a la ausencia de un botón perdido.

Una molestia sorda, imprecisa, fatal,
me muerde con tenacidad remota.
¿Dónde nace esa trágica emoción?
¿En el extremo de la media rota
o en el flanco del roto corazón?
¡Qué importa! Necesito una sonrisa
para no recordar
que en mi pobre camisa
cuya pechera rota reclama sin cesar
una mano hacendosa de mujer,
llevo, secretamente, prendido un alfiler.

A UN POETA

“y mayo trajo las primeras rosas”

No porque aprendas ignoradas cosas
al cerrarse tus ojos a la vida,
ni porque cicatricen tu honda herida
de la Muerte las manos cariciosas

el mundo cambiará. Esplendorosas
seguirán las mañanas, encendida
tu romántica estrella preferida
y Mayo seguirá trayendo rosas.

La canción de la vida vibra intensa
sobre las fosas que al dolor se abrieron.
Por eso ahora, mientras gozas, piensa
que al hundirte en la sombras del abismo
los bellos labios que de amor te hablaron
a otro, ¡quién sabe!, le dirán lo mismo.

ORACIÓN DESESPERADA

Tú, Señor de los ojos nazarenos;
 el compasivo Dios
 de los buenos y los
 que nunca han sido buenos;
 Tú que todo lo riges y lo guardas
 —cumbres de luz y páramos oscuros—;
 Señor de los castigos tremendos y seguros
 y de las recompensas misteriosas y tardas:

un buen día me diste
 para el cansancio de mi vida triste
 la más dulce de cuantas compañeras
 con manos pías ofrecer pudieras.
 Era la más sencilla, la más dulce de todas.
 Sentí el influjo de tu mano fuerte
 en sus labios risueños el día de las bodas
 y en sus ojos cerrados el día de su muerte.

Un mal día, Señor,
 no sé por qué contraste
 de Tus designios o de mi dolor,
 un mal día, Señor, me la arrancaste.
 Y, sin embargo, yo quiero ser bueno;
 y quiere ser mi corazón, en suma,
 para el dolor ajeno
 como un cofre de sándalo que acoge y que perfuma.

Pero si nada queda
 de mi fe alegre y mi esperanza trunca
 y todavía Tu bondad remeda
 la piedad infinita que no se agota nunca,

concede a mi dolor
 un poco, sólo un poco de paz honda y serena.
 Por Tu cruz y Tu amor,
 por Tu calvario y por Tu Magdalena,
 para alumbrar la ruta de mi daño

dale a mis noches un fulgor de estrella,
del astro aquel en quien mi amor la mira;
concédeme, Señor, la piedad de un engaño;
dame, al menos, siquiera una mentira
para creer en ella.

ANTIGUA CRÓNICA DE UNA CORTE ILUSORIA

Estuve largo tiempo entretejiendo
la urdimbre de esta crónica. Gallardos personajes
de vuestra regia corte esplendorosa
me ofrecieron los datos más risueños
y muchos nobilísimos linajes
se mezclan en el cauce de esta prosa.

Una marquesa rubia de voz tierna,
que dicen que no tiene piedad ni corazón;
una dama jovial
muy al siglo de Luis y muy moderna;
cuatro alegres condesas muy amigas
y un trágico bufón
destartalado y feo
que hizo de su joroba un mausoleo
para enterrar su propio corazón,
me prestaron, las unas sus intrigas
y el otro su epigrama más burlón.

Y fue así como supe, sorprendido,
cómo, a cada mañana,
al pie de vuestra señorial ventana
sangraba un nuevo corazón rendido.
Y una investigación sutil y diestra
me enseñó lo que nadie supo antes:
cómo una gracia así, como la vuestra,

hace a todos los hombres tan galantes.
Y así fue cómo supe aquella hazaña
del paje aquel —Don Juan sentimental—,
que escribió con su acero un anagrama
sobre el pecho valiente de un rival.

¿Quién, Reina, quién, por sólo una mirada
de vuestros ojos no se atrevería
a una dulce aventura, aunque después
abandonara el pasadizo estrecho
tras la rúbrica audaz de una estocada
con dos rosas de sangre sobre el pecho?

Una tarde el bufón, que es medio artista,
hízome un cuento nuevo.
Majestad: vuestra venia necesito;
a repetirlo casi no me atrevo.
(¡Pobre bufón, alegre y humorista,
triste figura de torcidos trazos:
él es como esos frágiles cristales
que son más dulcemente musicales
al romperse en pedazos!)

Una dama gentil, atropelladamente,
conteniendo la risa, completó
la historieta inocente.
Me la contó al oído, con recato;
rielaba un gran lunar sobre su nuca
y yo temí, al escuchar el dato,
que la nieve polar de su peluca
se fundiera al calor de su arrebató.

¿Vuestra curiosidad
quiere saber la historia? Escuchad.

Está vuestro bufón ante una estampa
pretendiendo alcanzarla con los labios.
La escena en una alcoba
de vuestro altivo y señorial palacio.

Y el buen bufón se estira tanto y tanto
que endereza su clásica joroba
y presa el alma de emoción muy honda,
creyendo que alcanzaba
vuestros labios reales y amorosos,
empaña con los suyos, temblorosos,
un cuadro de Leonardo: ¡la Gioconda!

¡Gracias para el bufón,
que os ama como todos los que han visto
vuestros ojos de sol;
gracia, gracia y perdón
para el pobre payaso
de que os habla esta crónica indiscreta,
que yo también, ¡oh Reina! soy acaso
otro pobre bufón
que vuestro encanto transformó en poeta!

PARÁBOLA

Un asno un día pasó trotando
y, sorprendido, viendo a la sombra
de un limonero tan blanca alfombra,
le dijo, como filosofando:

—No seas tan necio, ruin limonero.
Tan blanca alfombra no te mereces;
ya que orgulloso siempre te meces,
al menos, limpio deja el sendero—.

Y de las ramas que se movían
al suave impulso del blando viento,
cada momento, cada momento
las blancas flores se desprendían.

—Si mi consejo tú desconoces,
 —le dijo el asno lleno de risa—
 yo sé enseñarte: ¡mis fuerzas mira!,
 y sobre el tronco marcó sus coces.
 Al golpe rudo se sacudieron
 las verdes ramas. Cayeron flores
 sobre el sendero lleno de olores
 y sobre el asno... ¡también cayeron!

CARTA A JOSÉ SANTOS CHOCANO

En un cementerio de Chile.

Esta carta yo sé que no habrá de llegarte.
 Debí escribirla con mayor premura,
 cuando, sobre los Andes, tu estandarte
 lírico se empinaba como un reto a la altura.
 “Todo nos llega tarde, hasta la Muerte”,
 dice la melancólica elegía,
 y de idéntica suerte
 no es raro que esta carta a ti vaya tardía.

Una mañana, la Ciudad Sepulcro
 del padre de este Nuevo Continente
 recibió sonriente
 el don de tu presencia. Se hizo pulcro
 para ti su saludo intelectual
 y se encendió de renacido amor,
 tal como si su estirpe colonial
 despertara risueña ante un conquistador.
 Para entonces paseaban arrogantes
 tus poéticas leyes
 desde Lima, el trono de Virreyes,
 hasta Santo Domingo, la tumba de Almirantes.

Para verte, volvían
su mirada las niñas con alma en primavera,
y mis curiosidades de muchacho
acechaban tu paso por la acera
para ver la Arrogancia prendida a tu mostacho.
Al salir de la escuela
y encontrarte al acaso
era asombro no oír, al golpe de tu paso,
el ruido de tu espuela
pulida de los ijares de Pegaso.

¡Y cómo cambiarías
al correr de los días,
cuando nació en tu frente la inevitable arruga;
cómo encanecerías
cuando te abandonaba tu juventud en fuga!
Chocano: ser poeta es cosa triste,
tan triste que mejor es guardarla secreta:
quizás por esa ley fatal tú no tuviste
la gloria de morir como un poeta.

Volvamos al pasado que, poéticamente,
siempre ha sido más grato que el presente.
En la Ciudad de los Descubridores
recitaste una noche luminosa
Los caballos de los conquistadores,
y la noche llenaste de cascos brilladores,
de cascos musicales en carrera gloriosa.
En tu declamación, ¡cuánto se agigantaron,
cómo se hicieron grandes
los caballos guerreros que escalaron
las metas asombradas de los Andes!
El tropel de tus líricos centauros
irrupía en la historia
como un desbordamiento de la gloria
bajo un bosque de lauros.
El Plata, el Amazonas, espumosos, quisiste ser puntual,
pendiendo de los picos inviolados,
eran las bridas rotas de aquellos prodigiosos

galopes desbocados,
y las nieves andinas, teñidas de escarlata
en el desangramiento del ocaso,
eran la huella que dejaba al paso
el tropel mitológico de herraduras de plata.

¡Cómo se redujeron esa noche
mis caballos de niño!,
¡cómo palideció el nevado armiño
de mis viejos caballos predilectos:
Bucéfalo, Babieca, Rocinante
súbitamente fueron tres espectros
en mi asombro anhelante,
y hasta el mismo Pegaso
plegó su par de alas de diamante
en un agobiamiento de fracaso!

Tu verso amó la gloria de blasones arcaicos.
Llevabas en la sangre la sed de la Conquista
y el pecho calcinado por los soles incaicos.
Del Ande azul sobre la blanca arista
eternos pedestales tú soñabas, Chocano,
y tu ambición traduzco,
en imponente gesto de orgullo soberano
haciéndote virrey en un templo de Cuzco.
Mas, no sueño al poeta cual lo soñabas tú:
con la fastuosa pompa de un virrey del Perú
y la altiva arrogancia de un gran conquistador.
Para mí los poetas han de ser hombres buenos,
conciencia pura que jamás delinca,
espíritus serenos
y el alma toda un ánfora de perdón y de amor:
después no importa que se sienta inca
o azteca o español;
pero que viva el ansia de la bondad y el bien
y haga de ese tesoro su espiritual acervo.
Dime, Chocano: ¿acaso tú también
no sentiste nostalgias de parecerte a Nervo?

Cierto que agigantaste en gran manera
la majestad ciclópea de la azul cordillera;
le impusiste inmortales y líricas coronas
al gran Padre Amazonas,
e hiciste aún más blanca la blanca nieve casta
que en la serena iluminada cumbre
es un consuelo del oscuro abismo:
para tu gloria de épico lirismo
acaso eso basta.

Que así tu blanco verso dé consuelo en la fosa
a la oscura tragedia de tu divino barro;
conquistador al fin, una ley misteriosa
te dio la misma muerte que a Pizarro.

CARTA A FABIO FIALLO

En un cementerio de Cuba

Fabio: ¿pensaste alguna vez acaso,
cuando te dio una lira el dios Amor
y en el camino de tu fiel Pegaso
comenzaba a cantar el ruiseñor;
quizás pensaste, dime,
en que todo se ausenta y no el dolor,
y en que la lira, el verso, todo gime
cuando calla por siempre el ruiseñor?

Mi fantasía en luto reconstruye
tu cita con la Muerte. Sonreído
ya tal vez la esperabas. Veo que fluye
aquella tu sonrisa de esperanza
en que hubiéramos todos advertido
al único puñal de tu venganza
si tu perdón no fuera tan alto y encendido.
Sin duda la esperabas. Con romántico celo
quisiste ser puntual,

y en tu última cita con el cielo,
en tu último vuelo,
en un gesto galante, fiel, leal,
a la cita acudiste.
Como una jaula el corazón abriste
y en una póstuma canción de amores
constelaste las sombras de la muerte
con un vuelo inmortal de ruiseñores.

La Muerte es una novia caprichosa.
A unos lleva por rutas funerales
de sombras y de olvidos. A otros les da una rosa
eternamente fresca, y con mano amorosa
les deja entre inmortales.
Tus versos y tu vida, tus señoriales gestos,
te hicieron digno de quedar entre éstos.

Y fue la ceremonia del gran recibimiento.
Cabe un laurel, sonoro como un alto ciprés
bajo el arco del viento,
te esperaban, fraternos,
Chocano con su venda ensagrentada
y sus cantos eternos,
y Rubén, con su mano de marqués
recatada en el guante blando y gris,
y oyendo caer las gotas de su melancolía
sobre el recuerdo vago de un París
imposible y lejano.
Madrigales de Urbina, sonetos de Chocano
y versos de Darío, bajo el mando de Apolo,
entre rimas y flores
se prepararon a rendirte honores
cuando llegaste grande, noble y solo.
Y el beso aquel del madrigal vehemente
que se hizo suspiros en todas las doncellas,
maravillosamente
volvió otra vez a transformarse en beso
para volar del corazón de ellas
hasta la cumbre rota de tu frente.

Y así, quienes supimos
las glorias de tu vida, y tu muerte evocamos,
consoladoramente nos decimos:
ni te negó la vida sus más frescos racimos
ni te guardó la muerte sus más fúnebres ramos.

De ti nos resta lo alto, lo que fue luz y cima
en tu arte fragante y delicado;
eso que resucita en música y en rima
para subir al cielo después de sepultado.
Pero también nos queda
en las almas el roce de aquel trato de seda
que fue timbre y blasón de tu amistad;
nos queda la añoranza cariciosa
de tu ambular por toda la ciudad
con paso triste y armonioso y tardo,
dándole tus sonrisas a la rosa,
a la espina y al cardo;
nos queda la memoria fascinante
de tu bohemia fina y elegante
cuando, bajo los cielos de Hamburgo o de París
o bajo el tedio gris
de la gran Nueva York
espesa y trepidante,
con exquisita gracia
hacías de tu verso la mejor diplomacia
y seguía cantando el ruiseñor;
nos dejas este ejemplo que arrebató e inspira:
cómo un alma de nardo y a la vez acerada
puede fundir la lira para hacer una espada
y transformar de nuevo la misma espada en lira.

Todo eso nos dejaste. Y algo más todavía:
esta nostalgia que en la noche fría
cruza con tu recuerdo las calles solitarias;
esta pena que reza sus plegarias
ante el altar de la Ciudad que te ama
—ahora más que nunca y luego más que ahora—,
desde el nivel sagrado del Ozama

hasta la cruz primera que ilumina la aurora;
esta pena sin límites ni orilla
donde tu, *Evocación Romántica* de otrora
hace de la poesía una capilla
para encerrar la música de todo el universo.
Y allí tú, ante Dios, enmudecido el sonriente labio,
en tierra la rodilla
y nosotros, ¡oh Fabio!,
de rodillas también ante tu verso...

POST DATA. Con las alas ateridas
los ruiseñores huyen de las rosas,
ahora desfallecientes y abatidas.
Sobre una rama erguida,
como un reto a las penas de la vida,
un enlutado ruiseñor levanta
su trino al cielo, y en plegaria santa
le suplica a una estrella
que haga tu noche eterna
larga de amor para soñar con Ella.

DOÑA MARÍA DE TOLEDO

Con insegura planta,
con extraño temor, quizás con miedo,
he llegado a tu Alcázar, triste y santa
María de Toledo.

Temeraria y tenaz reptó la yedra,
con lentitud que asombra,
sobre la oscura y centenaria piedra
que sintió la caricia de tu sombra.

Prendido aún al murallón silente
está su idilio derramando aromas

y en pétreo nido —símbolo elocuente—
aquel amor renace en lo presente
en un albo connubio de palomas.

Aquí, donde tu gesto fue dulce soberano,
a pesar de los siglos te contemplo de cerca,
como un astro lejano
que reluce al alcance de la mano
en el cielo ilusorio de una alberca.

Como el recuerdo perfumado y triste
de una mujer hermosa
que hubiera muerto joven, aun persiste
en la piedra rugosa
del muro soñoliento
algo que sólo tuyo pudo ser:
el eco de un lamento
vuelto oración en labios de mujer.

Fue tu fugaz idilio,
cabe estos muros ásperos y espesos,
página rediviva del inmortal Virgilio;
estas paredes escucharon besos
de tus labios de pálida Virreina,
y donde ahora la alocada brisa
vegetación silvestre ondula y peina
se posó la piedad de tu sonrisa.

Frente a ese nicho que su hueco incrusta
en la pared, y finge un perenne bostezo
de las piedras cansadas, tu devoción augusta
deshojaba las rosas de tu rezo;
y mientras tu rodilla
besaba las rudezas de este suelo,
tus labios sin mancilla
se tendían en oración sencilla
hasta alcanzar la copa azul del cielo...

¿Fue en esta alcoba una vez radiante
donde inspiraste con tu fe cristiana
al joven Almirante
clemencia y bien para la estirpe indiana?

En la noche del indio, piadosamente fuiste
lucero de purísimos fulgores:
eras para la raza esclava y triste
la primera caricia de los conquistadores.

Capullo de sencilla aristocracia
se abría la corola de tu gracia,
como un milagro del Divino Artista,
entre la palaciega ceremonia:
tú eras la piedad de la Conquista
y la sonrisa albar de la Colonia!

Desde aquel ventanal
que el sur domina y a la mar abarca,
verías alejarse en un día fatal,
presagioso y distante,
la silenciosa barca
que de ti para siempre alejó al Almirante.

Y cuántas veces esa ventana fantasmal
fue el impasible marco
de tu discreta angustia espiritual,
cuando tu amor y tu melancolía
esperaban al barco
que nunca llegaría...

Donde la Corte te rindió tributo
y tu vida se alzaba como un canto,
tendió la pena su infinito manto
cuando tu idilio se vistió de luto
y la plegaria se te hizo llanto.

Por eso, porque eras
amada y buena y santa en tus amores,

parece que Dios quiso que murieras
cuando nacen las flores.

Primavera fragancia,
luz tropical en férvido desmayo,
santificaron tu mortuoria estancia:
bien mereció tu pálida elegancia
que su último paje fuera Mayo.

¡Morir de amor! ¡Qué timbres más gloriosos
halló la muerte en medio de tu regio blasón:
el nombre de Don Diego
a tus labios asido, como un ruego,
que flotaba en tus labios temblorosos
pero anclado en tu mismo corazón!

Alcázar: ¡y qué mucho que a mis ojos asombres,
herido pero invicto bajo el Tiempo tirano:
no en vano Cronos con segura mano,
con implacable celo,
al destruir la obra de los hombres
te impuso una techumbre: la del cielo!

Y tú, dulce Virreina María de Toledo,
para quien el amor fue cruz, canción y credo:
ese Tiempo que todo lo consume
—como aroma el incienso al fuego que lo abrasa—
nos dejó tu recuerdo, lo mismo que el perfume
de una mujer que pasa...

DEVOLUCIÓN

Vida: me hiciste en uno de esos días
en que el aburrimiento despojaba
de rosas tu jardines de alegrías.

De tus laboratorios milenarios
tomaste alguna cosa de lo que te sobraba:
viejos sulfatos, y cloruros varios,
y una chispa del fósforo que en un tiempo irradiaba
en una estrella triste,
algún astro distante
que hace siglos de siglos que no existe.

Entre vísceras húmedas, impregnadas en turbias
soluciones espesas de potasio y de sodio,
como un consuelo amargo,
pusiste un corazón para el amor y el odio.

Y a esa frágil materia
la animaste de un soplo de vida atormentada:
tal el beso de una deidad loca y airada
sobre el hijo nacido de su propia miseria.

Así emprendí el camino;
y así, con un desdén que imagino profundo,
como quien lanza piedras sobre un río
me lanzaste hacia el mundo.

Me hiciste, Vida, en un oscuro día
en que la taumaturgia de tus manos
trabajaba sonámbula, sin saber lo que hacía.

Después sembraste de dolor mi barro,
pobre carne que a poco
tu ciega mano, en su afanar inquieto,
con ademán castigador o loco
crucificó en la cruz de mi esqueleto.

Vida: yo sé que un día volverás a mi puerta.
Vendrás a reclamar algo que te haga falta
para hacer otros hombres doloridos,
otros frágiles árboles y otros lánguidos perros.
Volverás a buscar

tus eternos sulfatos, tus cloruros, tus hierros,
tu fósforo y tu cal.

Vaciarás, distraída, todo mi cuerpo tuyo.
Tomarás, enigmática, con indolentes manos,
mi alma sin odios y mi barro triste:
el alma hecha lamentos, el barro hecho gusanos,
y así te habré devuelto lo mismo que me diste.

INTIMISMO

Vieja camisa rota:
ya no hay quien te remiende.
Al mirarte, de mi memoria brota
un recuerdo que poco a poco enciende
un fanal misterioso
en tu oscuro pasado y en el mío.

Yo te compré en un día muy lluvioso,
húmedo, desolado, hosco y frío.
Al cruzar una esquina
te vi arrinconada en la vitrina
de una tienda de lujo. El sitio de notoria preferencia
lo ocupaban camisas de la seda más fina,
hechas de rico género importado de China
—camisas para gentes que visten con decencia—.
Tú eras de algodón,
eras el llamativo disparate,
el comercial modelo para comparación,
tú eras el baldón de aquel escaparate.

Y mi intención fue recta:
la habitual escasez de mi difícil plata
te eligió predilecta.
Eras la más barata.

¡Qué extraña paradoja! Las finas y las buenas
he oído que se compran a veces por docenas.
Las que son como tú —no hay duda alguna—
son de esas que se compran una a una.

No lo recuerdo bien, pero es seguro
que la primera vez te usé en un día de fiesta;
quizás una mañana, en un domingo puro;
y después de aquel día toda tu historia es esta:
de mis hombros cansados
al húmedo tormento de afanosos lavados
y luego, sin apenas
gozar de algún descanso en el armario,
volver a las faenas
de mis cansados hombros y del servicio diario.

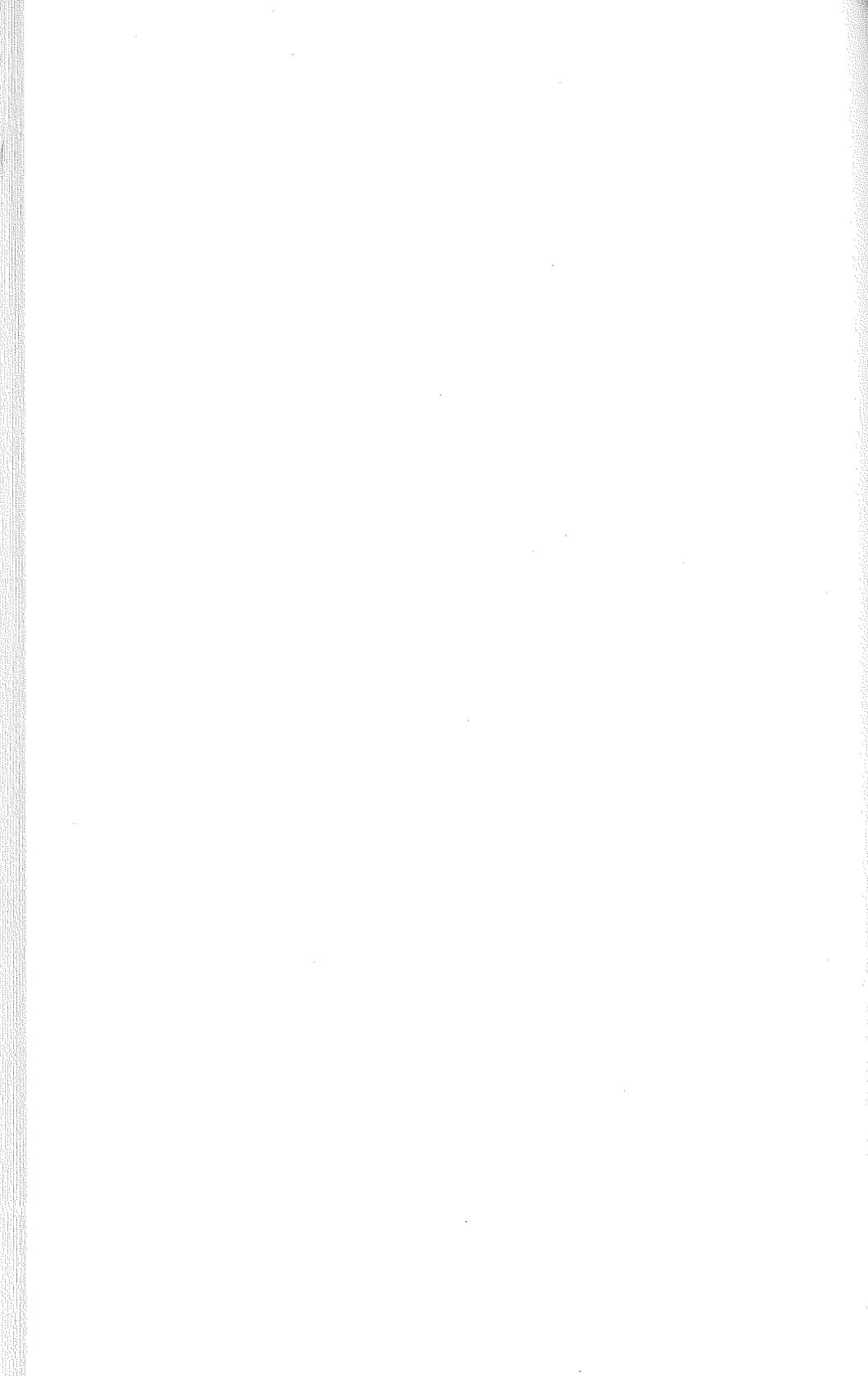
Más tarde se inició la imprecisa comedia
de tu envejecimiento. Te desteñiste tanto
que fingías, en rápida tragedia,
palidecer de espanto.
Después te amenazó la injuria de un remiendo
y, en callada amargura,
junto con tu primer desgarradura
lloraste hilachas de dolor. ¡Comprendo!

Y entonces fue cuando afanosamente
unas manos que tanto conociste
hicieron sobre ti, pobre convaleciente,
cien zurcidos que ahora son un recuerdo triste.

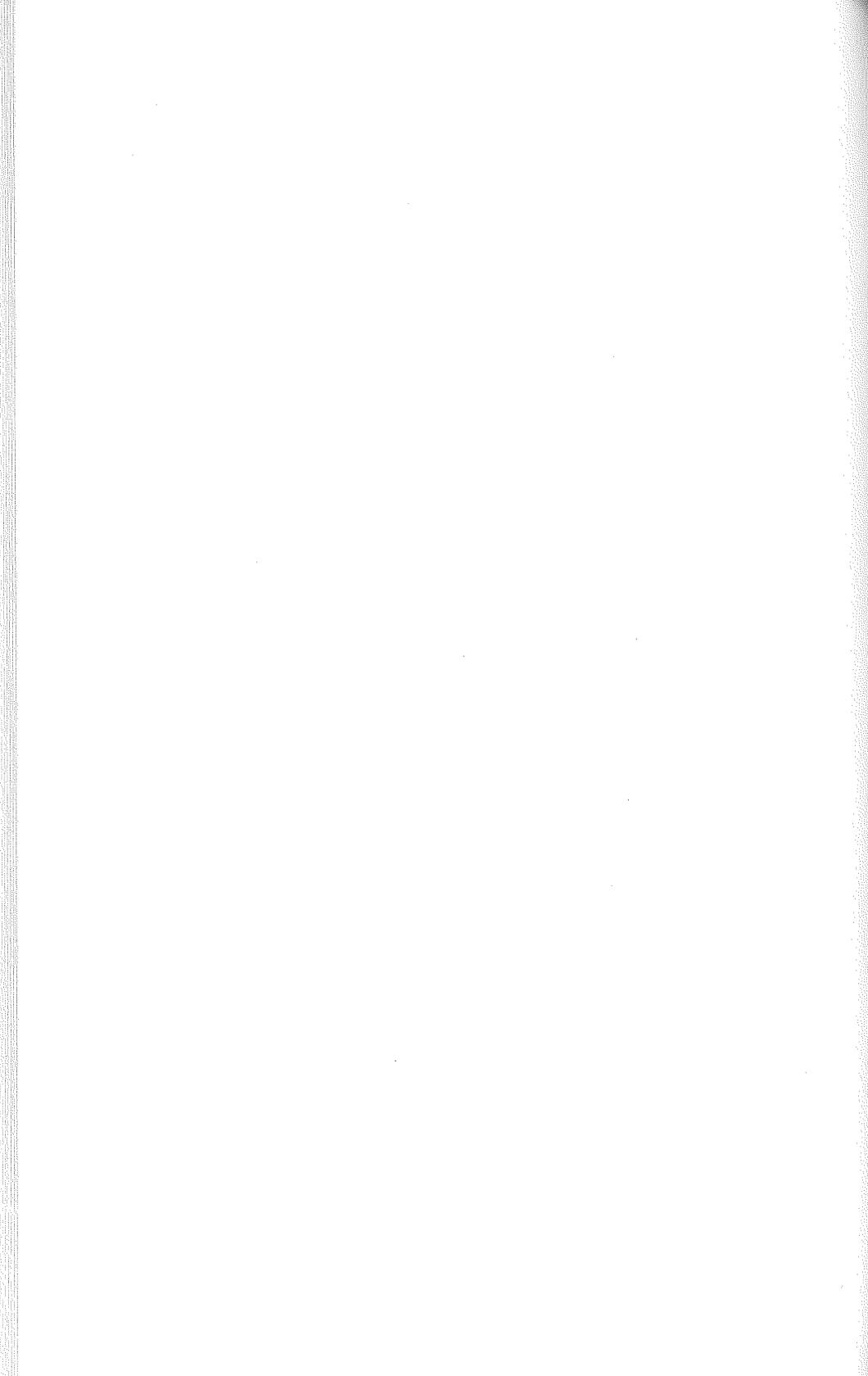
Manos santas aquellas que a los dos nos cuidaron;
que en silencio profundo, diáfano, pensativo,
apegaron a ti el botón fugitivo
y en mi alma ¡cuánta herida dolorosa curaron!

Camisa: y quien dijera que habrías de durar
más que la mano aquella que te solía cuidar.
En tus zurcidos vive aún la huella
de esas manos de paz, blancas y puras.

Pobre camisa mía, ven, comprende:
¡para ser tan barata, cuánto duras!
tú bien sabes por qué mi pena brota:
ya no hay quien te remiende,
vieja camisa rota.



CLARO DE LUNA
(1947)



*Pétalos y no cardos
encuentres en la paz de tus caminos,
dulce Madona de los ojos pardos.*

*Pétalos perfumados
alfombren los senderos
en que tus pies ligeros
avancen confiados;
pétalos de violetas tempraneras
para tus hombros blancos y tus senos;
para tus labios —¡oh! dulzor de mieles—
pétalos de claveles;
y pétalos de lirios y de nardos lozanos
para el doble milagro de tus manos.*

*Y que todas las gráciles corolas
de muchas primaveras
besen tus pies como si fueran olas
fragantes que al llegar a tus riberas
te ofrenden sus espumas cariciosas
en un deshojamiento de blanquísimas rosas.*

*Y que la rosa náutica de los buenos destinos
te marque rutas mansas sin espinas ni dardos;
que haya rosas y trinos
por siempre en tus caminos,
¡dulce Madona de los ojos pardos!*

CANCIÓN DE OTOÑO

Afina Otoño su apacible coro.
Tu corazón descifra paradojas
mientras la tarde de mejillas rojas
prodiga su rubor como un tesoro.

El bosque, bajo el viento, es un sonoro
violín cantando penas y congojas
y, presagiado en un temblor de hojas,
avanza Octubre coronado de oro.

Una hoja que apenas ya se mece
atormentadamente languidece
como un ala cansada y abatida;

y en este atardecer sin esperanza
yo sé que van a comenzar su danza
quién sabe qué hojas muertas de tu vida.

ENCUENTRO

De tus hombros descenderán los trajes
donde la seda su esplendor desata
como caen los inútiles follajes
que el Otoño embellece y luego mata.

Huirán de ti los fúlgidos diamantes;
apagarán los ópalos sus mil incendios rojos,
pero se tornarán más rutilantes
los topacios oscuros de tus ojos.

Una belleza nueva, grave, ignota
te nimbará la frente apasionada
y te erguirás sobre tu vida rota
como una dulce reina destronada.

Rico blasón de tus modales francos
no perderás la risa de oro y miel,
mas ya no habrá sobre tus hombros blancos
sino la seda viva de tu piel.

Y allí, donde brilló la rica seda,
mi pobreza, que suele ser artista,
pondrá con timidez profunda y queda
la blanca sencillez de la batista.

MADRIGAL DE TUS OJOS

En la noche callada,
cuando hay paz en la fronda y en los nidos,
se ilumina el blancor de tu almohada
con dos soles dormidos.

Y si el insomnio llega
a romper de tu sueño el blanco broche,
como en una fantástica Noruega
surgen dos soles en la media noche.

Dios es bueno; y en todo cuanto existe
compensa la amargura y el consuelo:
si puso un sol sobre el azul del cielo,
ha puesto dos sobre mi vida triste.

MADRIGAL DE TU VOZ

Cual flotante nelumbo, sobre el agua dormida
de un remanso en olímpico reposo,
así viaja tu acento misterioso
por los vastos silencios de mi vida.

Lo que nombras florece;
y aún mi nombre trivial
al vibrar en tus labios me parece
que se envuelve en un manto musical.

Y es que hay tan serena melodía
en esa voz que con mi verso aclamo,
que aún diciendo "te odio" se diría
que hay en tu voz la gracia de un "te amo".

MADRIGAL DE TUS MANOS

Tus manos diminutas y sedosas,
¿son lirios hechos de una espuma leve,
o rosas de un país donde las rosas
fuesen sólo de nieve?

Son ellas dos palomas que arrullan mis desvelos
bajo la gloria de tus ojos pardos:
diría que tus manos son dos nardos gemelos
si fueran más nevados y pálidos los nardos.

Cuando rozan las teclas —ágiles y desnudas
como vírgenes trémulas y mudas—,
van quedando las notas
en rastro perfumado,
como una lluvia de corolas rotas
sobre el sendero blanco del teclado.

¡Manos místicas que hacen, con el mismo fervor,
una cruz en la frente o una carta de amor!

POEMA A TUS PIES

Era el día risueño en que al mundo viniste.
Ni el llanto era salobre ni la pena era triste.

Y dijo la más pródiga de tus Hadas Madrinas:
“Los caminos del mundo están llenos de espinas”;

te acarició las sienes
y te dio los preciosos piecitos que tienes

como para decirte sin palabras ociosas:
“Dondequiera que pises pisarás sobre rosas”.

Por eso se diría que fingen, blandamente,
dos magnolias caídas del vergel de tu frente;

dos lirios invertidos, de blancuras eternas,
pendientes de los tallos de mármol de tus piernas.

Parecen hechos sólo para el ritmo y la danza,
o para deslizarse por campos de esperanza,

o para que a tu paso el alma, hecha vereda,
pueda sentir el beso de tu planta de seda.

Yo pienso que en tus pies la nieve del armiño
aprendió a ser rosada como el rubor de un niño.

Tus plantas abandonan en todos los senderos
algo de ese fulgor que vierten los luceros.

Aún sin desprenderse del suelo, se diría
que son palomas blancas volando tras el día;

o los versos de un dístico de ritmos inmortales
al final del poema de tus gracias astrales.

Cuando pisas los cardos
es como si entre espinas padecieran dos nardos;

y si, un día, las piedras te lastimaran crueles
la nieve de tus plantas devolverá claveles.

Milagros de ternura y amor tu planta encierra:
parece que al andar vas besando la tierra.

Los secretos caminos de mi alma escondida
se cubren de una eterna primavera florida

y se cuajan de nardos y se llenan de lises
parra aromar tu planta doquiera que la pises.

VALS TRISTE

(Poema para piano)

Las sonoras maderas de tu piano,
que una vez, en el bosque, fueron arpa del viento,
verde torre de nidos o techo soberano
de un idilio, en la selva trémula de contento;
las maderas vibrantes de tu piano sonoro
no quisieron ser mástiles de barcas atrevidas
para otear horizontes bajo soles de oro;
ni ser lecho suntuoso de columnas pulidas
donde, en blanda hecatombe, doncellas virginales
rosas de sangre ofrendan en la noche de bodas;
ni cuna inmaculada donde en blancos pañales
un querube juntara las inocencias todas;
ni ataúd armiñado, todo frágil y blanco,
donde viaja al misterio la virgen intocada
llevando hasta la Muerte, en cada impúber flanco,
el asombro de nunca haber pecado en nada.

Los pálidos marfiles de tu piano,
que en un tiempo viajaron en testas de elefantes
por bárbaros paisajes de algún bosque africano
bajo cielos de fuego y soles calcinantes
y, acaso, protegieron a la imponente tropa
en un drama salvaje en que, huyendo del daño
de los fuertes y astutos cazadores de Europa,
salvaron de la muerte al cansado rebaño;
los nevados marfiles de tu piano de roble
no quisieron ser pomos de espadas homicidas;
ni, tallados por manos de algún artista noble,
quisieron ser el cuerpo con tatuaje de heridas
de un Jesús torturado sobre una cruz oscura;
ni tampoco, tallados por el arte de China,
ser ídolos enanos de trágica figura
y de sonrisa ambigua, indescifrable y fina.

Las metálicas cuerdas de tu piano
pudieron ser espadas de láminas tajantes,
y en la potente mano
de guerreros valientes y arrogantes
cercenar mil cabezas, desangrar corazones
y, en febriles asaltos de castillos y fosos,
crear un nuevo rito de decapitaciones
en que fueran las víctimas fantásticos colosos.
Mas, quizás, ya en la entraña de la mina,
los rígidos metales de tu piano sonoro
soñaban con el alma cristalina
de frágiles y aladas melodías de oro.

Cuando en tu piano canta la lírica asamblea
de marfiles, maderas y metales
bajo el inquieto rito de tus manos vestales;
cuando en las notas vibra hecha canto la idea,
tu piano es imponente como las catedrales.

El alma se hace entonces primaveral y joven,
los errantes fantasmas de la pena se esfuman,
hasta el viejo dolor rompe a cantar también:
es que el aire está lleno de incienso de Beethoven,

de sándalo de Schuman
y mirra de Chopin.

Y mis rodillas buscan místicamente el beso
de la callada tierra, el beso del suplicio,
y, oración sin palabras, me despojo del peso
de un suspiro que es lágrima y es flor de precipicio.

Y entonces yo soy otro Don Alonso
Quijano, loco de melancolía,
que ante el altar solemne de tu místico piano
deshoja un serenísimo responso
al amor que no ha muerto todavía.

BEETHOVEN

I

LA DÉCIMA SINFONÍA

Ya el coro de sonatas imponía
la majestad grandiosa de su vuelo.
Lloraba la Patética su duelo,
La Appassionata como un cirio ardía.

Las notas de la Quinta Sinfonía
llamaban al destino; y bajo el cielo
la Novena era paz, amor, consuelo.
La Décima faltaba todavía.

Y, rosa de un rosal ya moribundo,
surgió la Sinfonía, triste, fuerte,
honda, con sed de consolar el mundo.

Y Beethoven, el trágico optimista,
la deshojó en las sienes de la Muerte,
la más piadosa novia del artista.

II LA ÚLTIMA SONATA

Es en la estancia el más sombrío adorno
un viejo clavicordio enmudecido.
Un silencio que ahoga todo ruido
del inmenso Beethoven flota en torno.

La angustia de un adiós nubla el contorno
de la frente genial. Sin un gemido
se distancian las notas de su oído
en un doliente vuelo sin retorno.

Después, la Gloria misma cierto día
se le acercó hierática y tardía:
era la novia astral que al fin llegaba

y toda ella se le dio en un grito
ardoroso, romántico, infinito...
¡mas ya el Divino Sordo no escuchaba!

III CUASI UNA FANTASÍA

Beethoven: tú naciste para el ruego
desesperado. Tu alma, cisne blanco,
cruzó, teñido en sangre el tibio flanco,
por donde el Triunfo pasaría luego.

Por eso fuiste condenado al fuego
del genio. Tu destino es cruel y franco:
siendo escultor hubieras muerto manco
y, sin pintor, hubieras sido ciego.

Al evocar, Beethoven, tu alma herida,
sufro tu pena, tu dolor presencio,
y desde la hosca playa de mi vida

yo lanzo este soneto, como un nardo,
hasta el amargo mar de aquel silencio
en que te dio la Gloria un beso tardo.

POEMA DE TU ALMA

Tus pupilas, de brillo alucinado
por la errante aventura de los viajes,
tanta flor de horizonte han deshojado
que tu alma está llena de paisajes.

Un panorama inédito, asombrado,
en donde tu elegante desconsuelo
levanta su imponente acantilado
desde el fondo del mar hasta el fondo del cielo.

Y mientras tu pupila adormecida
es un esquiife roto que navega,
bostezas en el borde de la vida
esperando un olvido que no llega.

Aislamiento soberbio y temerario
el que erigió con vasta intrepidez
tu ensueño solitario;
y así más de una vez,
sobre la roca audaz, altiva y fuerte,
¡cuánto abismo de muerte
iluminó un relámpago de vida!

En trágico mutismo,
¡cuántas veces tu anhelo y tu pesar
cayeron de tus manos al abismo
como un cadáver arrojado al mar!

¡Cuántas veces tus manos blancas, suaves,
fueron el signo que el valor anuncia,

y un incendio de naves
reflejó sobre el agua tu renuncia!

Hay tanto azul celeste
en tu paisaje interno,
y tanta flor agreste
y, en las castas alturas, tanto invierno,

que por eso tus penas encendidas,
aún a los pantanos arrojadas,
perfuman como rosas naufragadas
y alumbran como estrellas sumergidas.

Veo el paisaje desde un alto monte.
En la distante inmensidad tranquila
la isla de la Muerte se perfila
como el punto final del horizonte.

Y si a tus cimas álgidas me elevo
miro tus manos estirarse, abiertas,
como queriendo iluminar de nuevo
una constelación de estrellas muertas.

SONATA PATÉTICA

Noche de lluvia, noche desolada, insondable
y triste, como el término de un placer inefable
o como los inicios de una angustia sin término.

En mi callada alcoba, solo, bajo mi lámpara,
apoyando en las manos la fatigada frente,
mientras leo a Verlaine
percibo vagamente
que sobre el corazón llueve también.

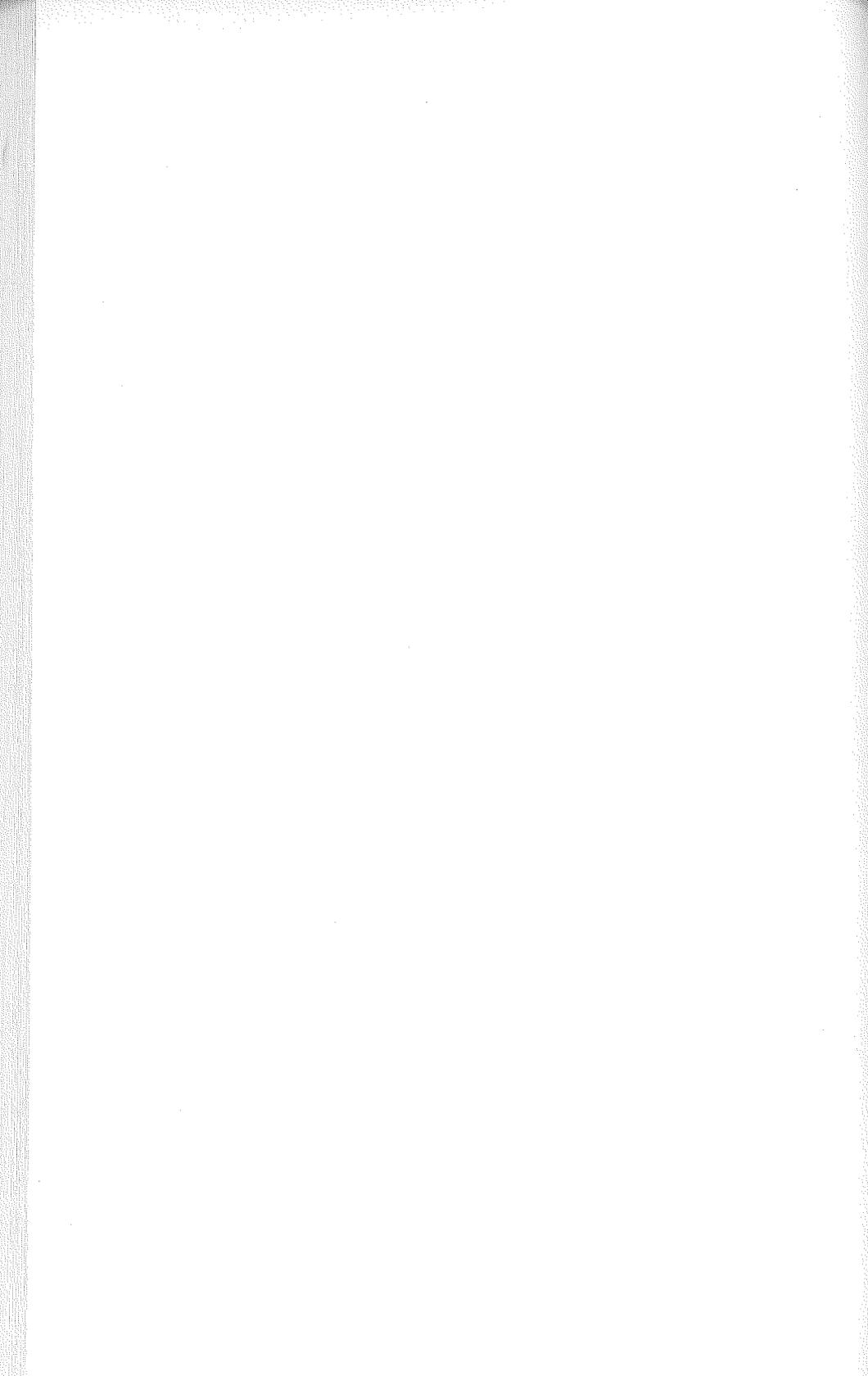
Noche en tinieblas, al espanto abierta,
para compadecer a los que van cruzando
con pie desnudo y frente descubierta
la hostilidad elástica de los caminos largos;
 noche que es una mano enguantada de luto
que llena los portales de mendigos y perros;
 noche en que la humedad filtra burlas de muerte
en los zapatos rotos y en las capas raídas;
 noche para el insomnio de las mentes enfermas
y las almas suicidas;
 noche para escrutar, al través del olvido,
las turbias lejanías del propio corazón;
 noche helada, propicia
para añorar la cálida, la íntima caricia
que una vez esperamos y que no llegó nunca;
 noche para el lamento doloroso
que nadie escuchará;
 noche para el recuerdo implacable y tenaz
—como una maldición—
de la mujer ausente que no veremos más;
 noche torva, a propósito
para medir en soledad y angustia
la herida sin remedio del amor que perdimos;
 noche para el presagio, para el presentimiento
de yo no sé qué horrendo y espantoso naufragio
del alma y de la vida;
y, sobre todo, noche para el dolor secreto,
para el pesar más hondo
—que en lo íntimo escondo
como si me espantara el temor de perderlo—:
el recuerdo fragante de la muchacha aquella
que jugó como un niño con mi amor
y a quien di, sin que ella pudiera comprenderlo,
de mi angustiada vida lo mejor.

LOS RUBAIYAT DE OMAR KHAYYAM
TRADUCCIÓN
(1952)

Para la presente versión en verso castellano, ha sido utilizada la traducción directa del persa a prosa francesa por Franz Toussaint (L'Édition d'art, H. Piazza, París, 1948).

Se ha conservado la rima de Khayyam para sus cuartetos: primero, segundo y cuarto versos, quedando el tercero libre. De esa manera, el *rubayata* comienza con un dístico al cual responde, como un eco, la rima del cuarto verso.

La obra poética de Omar Khayyan, dulce y desesperada como un Eclesiastés lírico, muestra que parecida a la de hace mil años es la angustia humana de hoy, y hace pensar en cómo seguirá siendo, inmutable en su misterio, por toda la eternidad, la vida del hombre.



Todos saben que nunca murmuro una plegaria
ni oculto mis defectos. No sé si es necesaria
o si hay Misericordia. Me basta con pensar
que siempre fue sincera mi alma solitaria.

¿Qué vale más: hacer examen de conciencia
sentado ante una copa, o rezar con vehemencia
—sin confesar el alma— frente a un altar callado?
Dudo que tenga oídos la celestial clemencia.

Concede tu indulgencia al hombre que se embriaga.
Pondera tus defectos. Piensa en la suerte aciaga
de los infortunados, y hallarás en ti mismo
la llama de un perdón feliz que no se apaga.

Que tu sabiduría no moleste a la gente.
Apaga tus soberbias. Tu labio sonriente
muestra siempre al Destino. Y cuando él te hiera
tú no hieras a nadie ni siquiera en tu mente.

Puesto que ignoras todo lo que esconde el Destino,
procura ser feliz y bebe de tu vino

a la luz de la luna... Hazlo hoy pues quizás
mañana no te encuentre la luna en su camino.

Dice el Korán mil normas de rígida moral.
Mas ¿quién, sólo leyéndolas, su vida gastará?
Apréndete mejor la secreta canción
que te ofrece sonriente tu copa de cristal.

El vino es un tesoro; la taberna un palacio;
la embriaguez una dicha que acaricia despacio;
y almas y corazones, si se embriagan de vino,
nada temen al fuego ni al polvo ni al espacio.

Sé parco en amistades. Guarda tu simpatía
para los pocos buenos que encuentres en tu vía;
y, antes de estrechar la mano que te ofrecen,
pregúntate si ella no te herirá algún día.

De este vaso antiquísimo la suavísima arcilla
fue carne del amante que dobló la rodilla
ante una indiferente. Y el asa fue la mano
que acariciaba el cuello de la amada sencilla.

Es ruin el corazón que no aprende a querer
y no busca embriagarse de ternura y placer.
Si amar nunca supiste, ¿cómo habrás de encontrar
bella la luna pálida, claro el amanecer?

¡Toda mi juventud hoy está florecida!
Que el vino sea una llama en mi sangre encendida.
¡Pronto! Dadme cualquiera. Tal vez aún el mejor
me sepa tan amargo como mi propia vida.

Nadie podrá cambiar la triste suerte humana.
Los días seguirán en ciega caravana.
¿Por qué entonces te angustias? Lo sabio es que lo actual
lo goces hondamente, hoy mejor que mañana.

Ya viene la estación de esperanzas y luz.
Las almas buscan flores y perfumes y azul.
¿Son las flores nevadas las manos de Moisés?
¿Es la brisa el aliento divino de Jesús?

Si llevas la verdad dentro del corazón,
marcharás con firmeza. Nos dice la razón
que los días futuros no han de ser diferentes
al día sin consuelo que inició la Creación.

Más allá de la Tierra y del Último Velo
el Cielo y el Infierno buscaba con anhelo.
Y una voz poderosa y solemne me ha dicho:
están dentro de ti el Infierno y el Cielo.

¡Ofrézcame más vino tus manos deliciosas!
Hoy tu boca es más bella que las más frescas rosas.
Ofréceme tu vino, y mis remordimientos
se harán tan suaves como tus guedejas sedosas.

Brisa primaveral acaricia la frente
de mi Amada, y las rosas perfuman dulcemente.
Fue bello mi Pasado; mas lo olvido sin penas
por la fuerza imperiosa de mi vivo presente.

Khayyam, ¿acaso irás al Cielo o al Averno?
Inútil es querer penetrar en lo Eterno.

¿Sabes de algún mortal que en ruta del retorno
conociera la Gloria o llegara al Infierno?

Bebedor: sólo sé que es curiosa tu suerte.
Pronto, como una copa, te romperá la Muerte;
y yo preguntaréme por Quién fuiste creado
y amaste, para luego cambiarte en polvo inerte.

Como el viento y el río que desde mi ventana
miro cruzar, transcurren en larga caravana
nuestros días monótonos. Hay dos que no me importan:
el que ya pasó ayer y el que vendrá mañana.

¿En qué día nacimos y cuándo moriremos?
Ni evocarlos es posible ni saberlo podremos.
Acércate, mi Amada: quiero que la embriaguez
me haga olvidar que nunca, nunca jamás, sabremos.

Khayyam tejió la tienda de su sabiduría
y el Dolor la deshizo en hilachas un día.
Azrael ha cortado las cuerdas de su tienda:
la Muerte lo ha comprado por sólo una elegía.

Khayyam, ¿por qué te afliges en triste soledad?
Tus faltas son el fondo de la sinceridad
del alma que te dieron. Y después de la Muerte
no puede haber más que la Nada o la Piedad.

Los hombres asustados que temen al Infierno
se refugian en místicos símbolos de lo Eterno.
Quien bien conozca a Alá no sembrará en su espíritu
simiente de temor ni blando rezo tierno.

Descanso en Primavera sobre un campo florido.
Cuando una moza ofréceme del vino preferido,
lo tomo. Si pensaras que puede hacerte daño,
menos que un pobre perro, Khayyam, habrás valido.

El mundo es sólo un grano de polvo en lo Infinito;
las Ciencias son palabras; la Historia un vasto mito;
la Vida sólo sombra; y el pensamiento hondo
un camino que lleva a la Nada. ¡Está escrito!

Admitamos que sepas el misterio del ser.
¿Y cuál es tu Destino? Admitamos después
que tengas la Verdad. ¿Y cuál es tu Destino?
Y aunque vivas mil años, tu Destino ¿cuál es?

Convéncete que un día de tu cuerpo caerá
tu alma, como una hoja que el viento llevará
más allá del Misterio. En tanto sé feliz:
no sabes por qué vienes ni hacia dónde te irás.

Marcharon en tinieblas los sabios más creídos
y el mundo los juzgó fanales encendidos.
¿Qué hicieron? Pronunciaron unas frases confusas
y luego se quedaron ciegamente dormidos.

Dijo mi corazón: "Yo quisiera aprender;
enséñame, Khayyam, tú que debes saber".
Dije cuanto sabía, y el corazón repuso:
"Sólo has dicho el comienzo. Pero dime: ¿y después?"

Descifrar nadie puede los signos misteriosos.
Marcharnos en tinieblas hacia ignorados fosos;

nuestra morada última será siempre la tierra.
Bebe y economízate los discursos ociosos.

La Vida sólo es juego de mentiras y azar;
sólo Dolor y Muerte podrás al fin ganar.
Feliz el niño muerto el día en que nació
y más feliz aquel que no nació jamás.

No procures amigos en tus aciagos días;
sé fuerte en tu infortunio y en tus melancolías.
Da a todos sus sonrisas, y no pidas a nadie
que te sonría a ti: tu tiempo perderías.

Ruedan todas las cosas: las tristes y las bellas.
Renuncia a conquistar la paz de las estrellas.
Lo cierto es que al morir dejarás de soñar
y perros o gusanos disiparán tus huellas.

Tengo sueño; y un sabio me ha dicho esta verdad:
las uvas aromadas de la felicidad
perfuman en las manos de los que están despiertos.
¡Tendrás, para dormir, toda la Eternidad!

Labios como rubíes, cabelleras sedosas,
¿cuánto tiempo estaréis viviendo entre las rosas?
Ciertamente, el Creador abusó de sus fuerzas
cuando creó la Muerte que alimenta las fosas.

Apenas estas lágrimas me dejan ver el Cielo;
las llamas del Infierno son leve chispa al vuelo
si las comparo al fuego que devora mi alma.
Mi gloria es un instante de paz y de consuelo.

Tendidos sobre tierra los hombres dormirán;
dormidos bajo tierra los hombres quedarán.
Mil sombras se entrecruzan en la arena desierta:
van llegando unos hombres y otros hombres se van.

Viejo Mundo que cruzas el Tiempo cabalgando
sobre noches y días: en tus brazos, soñando,
se han dormido los hombres que amaron dicha y gloria
y, luego de soñar, despertaron llorando.

El viento ha deshojado la rosa cuyo encanto
loaba el ruiseñor. ¿Derramaremos llanto
por el ave y la rosa? Mañana moriremos...
y nacerá otra rosa... y sonará otro canto...

No esperes en la vida ninguna recompensa;
olvida el bien que hiciste, y resignado, piensa:
La dicha es no esperar que me ocurra lo justo.
Así lo muestra escrito la Eternidad inmensa.

Cuando oigo comentar las dichas y esplendores
de los ricos y grandes, poderosos señores,
me siento tan lejano que apenas si murmuro:
a distancia ensordecen menos esos tambores.

Mientras bebas tu vino crearás tu dicha eterna.
Filtros de juventud te ofrece la Taberna,
y en forma fugitiva te ofrecerá tu copa,
para tu inmensa angustia, alguna rosa tierna.

Ya que bajo la tierra vas a dormir sin fin,
sin mujer, sin amigos, sin ensueños y sin

despertar, te confío un precioso secreto:
ya muertos nos retoñan los bulbos en abril.

En voz baja le dijo la arcilla al alfarero:
"Piensa que somos hechos de este barro primero.
Trátame suavemente. En un tiempo futuro
tú serás lo que yo: algo muerto y postrero".

Cuídate, ceramista, de herir y maltratar
el barro que fue carne de nuestro padre Adán.
En la arcilla del torno veo girar corazones
y manos que hace siglos olvidados están.

El clavel bebió púrpuras en la sangre vehemente
de un gran emperador sepultado en Oriente.
Y la violeta, acaso, nació una tarde clara
del lunar que adornaba un rostro adolescente.

Por millares de siglos, por millones de horas
hubo pupilas ávidas de estrellas y de auroras.
Cuando pises la tierra piensa que acaso oprimes
párpados que guardaron miradas soñadoras.

El narciso que tiembla sobre el agua dormida
del polvo de un abuelo quizás nutre su vida.
Pisa con levedad la grama porque, acaso,
en cenizas de vírgenes germina sorprendida.

Ayer vi un alfarero trabajando en su torno
y al flanco de las urnas daba suave contorno.
Pensé que modelaba las manos y los cráneos
de mendigos y reyes partidos sin retorno.

El Bien y el Mal discuten su dominio en la tierra.
El cielo no decide lo que tu suerte encierra;
ni le agradescas nada ni de nada lo culpes:
su indiferencia es tal que anonada y aterra.

Tu vida no es inútil si la rosa encendida
del Amor la conservas al corazón prendida,
o si esperaste oír el Mensaje de Alá.
Y aún más: si escancias vino... no es inútil tu vida.

¡Sé prudente, Viajero! La ruta es peligrosa;
la arena del desierto es móvil y engañosa.
Si hallas flores y frutos, pregúntate al tomarlos
si no hay veneno oculto en el fruto y la rosa.

Un jardín, una joven, un cántaro de vino,
mi deseo infinito y mi amargo destino:
he ahí mi Paraíso mezclado con mi Infierno.
Mas ¿quién Infierno y Gloria no encontró en su camino?

¡Oh! tú cuyas mejillas perfuman como flores
y cuyo rostro anuncia misterios interiores:
¿sabes que tu mirada rindió al Rey Babilonio
y que ahora de ti huye, fugitivo de amores?

Mientras la vida corre, ¿qué resta de Bagdad,
y qué resta de Balk? Toda herida es fatal
a la espléndida rosa. Bebe bajo la luna
y evoca las grandezas que hirió la Eternidad.

Escucha este consejo que la Sabiduría
con voz serena y firme repite noche y día:

“es muy breve la vida, y tú no eres igual
al rosal que, aún cortado, retoña todavía”.

Filósofos y sabios de figuras entecas
consumieron sus días en vastas bibliotecas.
Nosotros disfrutemos nuestros frescos racimos
y que se queden ellos con sus uvas secas.

No dio mi nacimiento beneficios al mundo
ni dañará mi muerte su misterio profundo.
Nadie podrá explicarme por qué llegué hasta aquí
ni por qué partiré hastiado y vagabundo.

La ruta del amor termina en un jamás
y el destino nos brinda, a lo sumo, un quizás.
Amada: dame vino y ofréceme tus labios
mientras que yo no sea ceniza y nada más.

De la Felicidad reconocer no puedo
más que el nombre, que es sólo de una sombra el remedo.
Tengo un amigo: el Vino. Dejadme acariciar
esta copa colmada de sangre del viñedo.

¡Palacio de Bahrán!, te inunda la maleza.
Bestias salvajes pueblan tus sombras de grandeza;
y donde en viejo tiempo resonaba la música
ahora, de tarde en tarde, algún asno bosteza!

La vida es un suspiro, un celaje fugaz.
El polvo de Djemichd y el de Kai-Kobad
se mezclan con el polvo rojizo que contemplas.
La vida es vanidad y engaño y nada más.

A salmos de David te sonará el cantar
de los pastores rústicos que por el bosque van.
¡Ah! qué fácil la vida sin ayer ni mañana!
Quédate en tu presente y sabrás lo que es paz.

La vanidad del hombre encuentra diferencia
entre el cuerpo y el alma. Eso afirma su ciencia.
No sé más que una cosa: que el vino me hace alegre,
consuela mi dolor y anula mi conciencia.

¡Qué enigma fascinante el de estrellas y Cielo!
Khayyam, ve con cuidado. El saber causa duelo,
y hubo sabios famosos que, tocados de vértigo,
cayeron a tu lado rodando por el suelo.

No le temo a la Muerte. La prefiero a esta vida
que se me impuso desde que mi alma fue nacida.
La vida es una carga que a mi pesar obtuve
e, indiferentemente, devolveré en mi huida.

La vida pasa rápida, en fugaz caravana.
Modera el paso, niña de faz bella y temprana.
¿Por qué te pones triste? Llena mi vieja copa
pues se acerca la Noche que no tiene mañana.

Dicen que Amor y vino lanzan un desafío
a la salud del alma. De eso desconfío.
Si el Vino y el Amor condenan al Infierno
el Paraíso entonces resultará vacío.

Soy viejo, y sin embargo conservo la pasión
de amarte, porque eres razón de mi razón.

Camino hacia la Muerte con mi vino de dátiles
mientras deshoja el Tiempo la rosa de mi amor.

No insistas, ¡oh! recuerdo de un pasado extinguido!
Cuanto quise en el mundo ya lo tengo obtenido.
Ya no reclamo nada. Y rehusó un perdón
que nunca lo he esperado ni jamás lo he pedido.

Un pan, un poco de agua, una fresca pereza
y tus ojos llenándome de infinita belleza:
ningún Sultán sería más dichoso que yo
ni habría un pordiosero más lleno de tristeza.

Amarme tú quisiste y tu amor dicha fue
para mi corazón. Mil caricias después
nos prodigamos juntos... Y ahora, Bienamada,
¿por qué a mi corazón martirizas? ¿por qué?

Cuando la Muerte aparte —misteriosa y callada—
nuestras almas, será nuestra sola almohada
un puñado de tierra. Y un futuro alfarero
nos juntará de nuevo en un ánfora, Amada.

Sólo el vino es remedio para mi corazón.
¡Vino rosáceo, vino con fragancia de flor!
Sólo él podrá extinguir mi incendio de tristeza,
sólo él y tu laúd, ¡oh!, niña de mi amor!

Hablemos del Creador. ¿Es que hizo la Vida
y luego hizo la Muerte? ¿Quiso ver destruida
la obra de sus manos? He ahí una pregunta
cuya respuesta nunca podrá ser comprendida.

Buscan unos la ruta del saber verdadero;
otros dicen que hallaron, al fin, el derrotero.
Un día habrá una voz que gritará a los hombres:
"Jamás ha habido ruta ni existido sendero".

¡Oh!, brinda por la Aurora y levanta tu copa!
Tu juventud en vano la Eternidad invoca.
Reparte tus sonrisas y olvida, pobre hombre,
que el puño del dolor te cerrará la boca.

Dadme vino a torrentes, de esa linfa bermeja
que reanima en mi sangre el calor que se aleja.
No habléis. Todo es mentira. Dadme copa tras copa:
¿No veis que ya mi alma se está poniendo vieja?

Un fuerte olor de vino mi tumba envolverá;
quien pase junto a ella turbado quedará.
Mas, será tan serena la sombra de mi tumba
que los amantes jóvenes su sombra buscarán.

Los que se juzgan sabios no buscan ya el divino
misterio de la Vida. Feliz es su destino.
Yo entreví los secretos: volví a mi soledad
envidiando a los ciegos que encontré en mi camino.

Se me dijo: "no bebas". Me arrebujé en mi manto
y dije: "Cuando bebo entiendo el dulce canto
que murmuran las rosas. Y aún entiendo más:
lo que decir no sabe aquella que amo tanto".

¿Qué tú piensas, amigo? ¿Piensas en tus abuelos?
Ya son polvo en el polvo sin piedad ni consuelos.

¿Piensas en sus grandezas? ¿Déjame sonreír!
¿Bebamos bajo el sordo silencio de los cielos!

La copa de los cielos se ha llenado de rosas;
cantan los ruiseñores sobre todas las cosas;
el vino huele a flores. ¡Y pensar que haya tontos
que persigan la Gloria! ¡Venid, manos sedosas!

No te importe el mañana. Para evitarte daños
huye de la esperanza que siembra desengaños.
Al terminar tu frase quizás ya estemos juntos
con los que ya murieron hace siete mil años.

Calla tu vaticinio, no me predigas más.
Al borde de la fuente conmigo beberás.
¡Oh!, bella adolescente de rostro nacarado:
te miro y ya contemplo el polvo que serás.

Mi juventud marchóse hacia un confín incierto;
se fue mi Primavera con todas las que han muerto.
Te fuiste sin decírmelo, como se van los días
felices: como nubes del polvo del desierto.

Goza de los perfumes, goza de los colores
y de todas las músicas, goza de amor y amores:
recuerda que es muy breve la vida, y cual los ríos
pasarás como pasan sus ondas y rumores.

Es locura buscar el descanso y la paz;
creer en el reposo, locura y nada más:
volverás a nacer mañana en hierba frágil
o en una flor callada que el sol deshojará.

¿Qué restará al morir de cuanto he poseído?
La vida es una hoguera cuyo fuego encendido
sólo deja cenizas. Frente a un poco de polvo
bien puedes afirmar: "Aquí un hombre ha existido".

Convicciones y dudas, errores y verdad
son burbujas transidas de tenue claridad.
Irisadas y frágiles reproducen la imagen
de lo que fue la vida y de lo que será.

Al Poder y a la Gloria —vanidad que delira—;
a la Riqueza sórdida que a más caudal aspira,
yo prefiero rodearme de vino y de bacantes
y reírme del hipócrita que reza su mentira.

En la Aurora inicial, sobre la arena inerte,
Adán era criatura que lloraba su suerte:
angustiado y doliente nació con el secreto
de buscar el reposo y de esperar la Muerte.

¡Ya asciende tu faz muerta, Luna del Ramadán!
Otro día los astros la Ciudad no hallarán.
Sus vinos quedarán en jarras olvidadas
y sus bellas mujeres en sombras yacerán.

Yo no pedí nacer. Acojo sin protesta
lo que me da la vida de su macabra fiesta.
Me iré sin preguntar por qué causa he vivido
una vida tan burda y extraña como esta.

Que tu copa la envidien otros labios golosos,
que tu boca se colme de los frutos jugosos.

Alá no toma en cuenta ni vicios ni virtudes.
¡Ay de ti si descuidas tus minutos dichosos!

Noche y silencio. Inmóvil está mi pensamiento.
Mueren las rosas. ¿Dónde te habrá llevado el viento?
Allá abajo no hay rosas, ni habrá quien te acaricie
con este amor amargo ni este dulce tormento.

Deja en paz los filósofos. La vida es llana y lisa.
Al ceño de los sabios prefiere la sonrisa,
el perfume del vino y el canto del laúd...
que pasan —cual nosotros— como pasa la brisa.

Quando en montón de polvo me llegue a convertir
y un poco de ceniza sólo reste de mí,
haced con ella un ánfora y colmadla de vino:
tal vez lograréis entonces mirarme revivir.

No sé dónde se compran mentiras y dinero,
pero sé donde venden el vino que prefiero.
Con mis cabellos blancos y mis setenta años
gozo el placer que pronto será de otro viajero.

¿Dónde están mis amigos? ¿Han desaparecido?
¿Se los llevó la Muerte? Aún resuena en mi oído
su última canción cantada en la taberna.
¿Están muertos, o sólo ebrios de haber vivido?

Quando llegue la Muerte se apagará el acento
de las voces queridas. Mi bosque amarillento,
mis rosas y mi vino quedarán abolidos:
el Universo existe sólo en el pensamiento.

Es esta la Verdad: en sus horas calladas
Alá juega ajedrez con manos fatigadas
nos lanza, nos detiene, nos pierde y, después,
nos tira a la gaveta de las fichas jugadas.

La comba de los cielos —un ánfora invertida—
contempla de los sabios la vana ciencia urgida.
Sea tu amor por la Amada como ánfora y copa:
labio a labio se dan, con la sangre, la vida.

Poco enseñan los sabios y mucho aprenderás
de un amor de mujer. Ámala sin pensar.
Tus días pasan pronto. Retornarás al polvo:
compra vino y, amigo, déjate consolar.

El buen vino dará a tu invierno calor.
Sin futuro y pasado te sentirás mejor
y rotas quedarán, aunque por un momento,
las cadenas que atan tu existencia al Dolor.

En un tiempo lejano hallé consolador
frecuentar las mezquitas y rezar con fervor.
Hoy busco las mezquitas porque abajo su sombra
el sueño viene pronto y se duerme mejor.

Sobre la tierra árida alguien que nadie nombra
camina sin creencias ni fe. Nada le asombra.
Ni obedece las leyes ni reverencia a Alá.
No cree más que en lo cierto... ¡Cuidado si es tu sombra!

Encontrarás espinas antes de hallar las rosas.
Este peine fue tosca materia. Angustiosas

transformaciones diéronle forma suave... y ahora se hunde en cabelleras fragantes y sedosas.

Cuando el Alba despierta las rosas en sus brazos
y abre de las violetas los azulados lazos,
es digno de vivir quien, antes de turbar
el sueño de una virgen, su amor rompe en pedazos.

¿Sospechas lo que puede sucederte mañana?
No indagues el misterio que de la sombra emana;
no interrogues a sabios ni a libros ni a mujeres:
siempre será insondable la triste suerte humana.

¡Señor, Señor respóndeme! Hiciste que lo bello
embriagara las almas, y que el dulce destello
del placer embriagara. ¿Quieres que renunciemos?
Si amamos lo que hiciste, ¿qué pecado hay en ello?

En la antigua taberna —con sabio desatino—
un viejo se embriagaba olvidando el destino.
¿Qué sabes de los muertos? “No volverán jamás;
es todo cuanto sé. ¡Embriégate de vino!”

—¡Aguarda, escucha, mira! esa rosa en la brisa,
el ruiseñor que canta, la nube que se irisa.
Bebe para olvidar que el viento esparcirá
perfume, nube y canto como leve ceniza.

Esta comba celeste bajo la cual vagamos
es mágica linterna que extasiados miramos.
La lámpara es el sol y el mundo es el telón
sobre el cual, hechos sombras, sufrimos y pasamos.

Una rosa decía: "Soy una maravilla,
¿habrá quien quiera herir mi belleza sencilla?"
Y un ruiseñor cantaba: "Tras un día de júbilo
un mar de tibias lágrimas amargamente brilla".

Esta noche o mañana dejarás de existir.
Apúrate en gozar del jugo de la vid.
¿O piensas, insensato, que tu regio cadáver
robarán los ladrones para hacer un festín?

Tu destino fatal, Sultán, está descrito
en las constelaciones como un sagrado grito:
en vano tu caballo, con herraduras de oro,
pasa chispeando estrellas sediento de infinito.

El verdadero amante, mientras dure su vida,
se consume de amor y pena estremecida.
Nunca dará un carbón el calor de una hoguera
y amor que no padece no es hoguera encendida.

El Misterio no dice sus secretos sagrados:
por siempre quedarás con los ojos cerrados.
Eva y Adán: ¡qué atroz debió ser aquel beso
que nos hizo por siempre tristes y desdichados!

Los luceros deshojan sus corolas más bellas.
El jardín, sin embargo, no está cubierto de ellas.
Como derrama el cielo sus luces sobre el mundo
así en mi copa oscura vierto vino de estrellas.

Tal como las raíces se sacian del frescor
que les brinda el torrente, libo yo mi licor.

Alá, cuando me hizo, ya sabía mi sed:
la sapiencia de Alá no comete un error.

El mágico poder del vino apetecido
te salvará de dudas. No te hallarás perdido
en la mística selva de docenas de sectas.
El vino es sacerdote que oficia ante el Olvido.

El rocío doblega violetas y azucenas,
pero al beso del Sol se levantan serenas.
Así mi corazón amanece abatido
y el calor de tus ojos le evapora sus penas.

Si esquivas la amistad, si no buscas las huellas
que dejó el sufrimiento, sí aún a mujeres bellas
ofreces tu desdén... podrás vivir entonces
en soledad magnífica de rosas y de estrellas.

Puede ser que mi copa, armoniosa y vacía,
sea un pedazo de cielo. La sutil ambrosía
de una rosa, tal vez, se desangró en mi vino.
Y, quizás, es la noche el párpado del día.

Sólo el vino regala embriaguez de elegidos,
devuelve juventud y sueños ya perdidos.
Y aunque nos queme el alma, puede el vino saciar
nuestra sed implacable de perdones y olvidos.

No leas el Korán. Razona libremente,
mira al Cielo, da al pobre —callada y justamente—
la mitad de tu pan. Perdona a los malvados
y oculta tu bondad al furor de la gente.

¡Cuán frágil es el hombre perdido en su pavor!
Violamos juramentos sin pena ni dolor.
Yo mismo, ¡cuántas veces pequé insensatamente!
Pero... tengo la excusa de estar ebrio de amor.

El destino del hombre nadie puede cambiarlo.
La Vida es un celaje: no podrás alcanzarlo.
Deja flotar tu alma. Tu destino está escrito:
ninguna borradura podrá modificarlo.

Tu oscura cabellera, ¿es noche adormecida
que sólo tu mirada despertará sonreída?
Pues despierta, mi Amor: Su manto de rocío
ya sacuden las rosas y el Sol canta a la Vida!

No interrogues estrellas ni hagas meditación.
Ama, besa, acaricia. Silencia tu oración.
Muchos, antes que tú, rezaron mil plegarias
y tú no sabrás nunca si Alá los escuchó.

La Aurora surge pura. Las gotas de rocío
fulguran como gemas. Acércate, bien mío.
Una rama de sándalo será nuestro laúd
y otra aromarán nuestro amor sin hastío.

A hombres y viejos libros me cansé de estudiar.
Pregunté con mis labios a la copa de Omar:
“¿dónde iré cuando muera?” Y la copa me dijo:
“Olvida y bebe pronto. ¡No podrás retornar!”

Si te embriagas, Khayyam, estarás en remanso;
si contemplas la Amada tu dolor se hará manso;

si sueñas que no existes serás también feliz
porque la Muerte misma solamente es descanso.

Me encontré sin quererlo entre el callado afán
de millares de ánforas —las hermanas de Adán—
y dijeron: “¡Silencio! ¿Dejaremos a este hombre
evocar los mil muertos que en nosotras están?”

¿Decís que el vino es bálsamo? ¡Traédmelo enseguida!
Todo el vino del mundo dádmelo sin medida:
tiene mi corazón una herida tan grande
que temo que no baste para aliviar mi herida.

Para el alma ligera del vino, Ceramista,
haced ánforas suaves sin ángulos ni arista.
Que los bordes pulidos acaricien los labios
y acaricien el alma del licor amatista.

Piensas que sabes porque te saturas de escritos.
El ayer y el mañana son tus dos infinitos.
No podrás limitarlos. A la sombra de un árbol
olvida la impotencia de tus cansados gritos.

Descubro en cada aurora la inmensa excelsitud
que llena al viejo mundo de gloria y juventud.
Quisiera agradecer lo que el Cielo me ofrece...
Ya los pájaros cantan: abandona el laúd.

Es misterio sin fondo todo lo que presencio;
mi creación y la tuya, lo que amo y reverencio.
Nada jamás sabremos más allá de la Muerte:
¡Tengan paz los que duermen la Noche del Silencio!

En la mitad del yermo hay una sombra amable.
Detente, no te acerques, caminante incansable:
acaso en el camino que te lleve a esa sombra
puede estar acechándote un abismo insondable.

¿Qué escogeré: mi copa, o el jardín, o la rosa,
o el libro de algún sabio? Si a un pájaro lo acosa
la sed del vuelo, pronto se pierde en el azul;
pero yo estoy cautivo en mi duda tediosa.

¡Un poco más de vino! Tu mejilla sedosa
aún no tiene el calor de la más fresca rosa.
Y tú, Khayyam, aumenta tu infinita tristeza:
ahora va a sonreírte tu Amada misteriosa.

Cuando los ruiseñores agoten su balada
y no haya fronda amiga ni rosa enamorada,
serán mis rosas únicas las lejanas estrellas,
será tu cabellera mi floresta encantada.

¡Retirad ya las lámparas! Duermen mis convidados.
El cansancio mantiene sus párpados cerrados.
Tienen la palidez que ennoblece a los muertos.
Apagad esas luces. ¡No serán despertados!

Cuando te sientas viejo, sin amor ni cariño,
contempla el fresco pámpano con que mi frente ciño.
Si temes que contigo va a perecer el mundo
piensa entonces, ¡oh! amigo, en el sueño de un niño.

Lo mismo que los pájaros cuando van a morir,
oculto mi tristeza. ¿No me ves sonreír?

Amada: dame rosas, dame vino y canciones,
dame tu indiferencia... y déjame dormir.

Señor: mil tentaciones pusiste en el sendero
y dijiste: "¡Ay! de aquel que cruce este lindero!"
Nada ocurre, Señor, que no tengas previsto.
¿A quién culpar entonces si tu obra fue primero?

Mucho aprendí primero para luego olvidar.
Y lo cierto es que sólo me pude conformar
cuando toda sapiencia olvidé con desprecio.
Comprendo: ¡no es posible ni negar ni afirmar!

Tuve sabios maestros de admirable talento
y de haber aprendido me encontraba contento.
Ahora pienso que todo tomó formas ajenas,
como el agua en la copa, como el humo en el viento.

Para el sabio son cosas completamente iguales
la pena y la alegría, los bienes y los males.
¿Por qué alegrarte entonces con la dicha que llega?
¿Por qué te apena el mal si llega a tus portales?

Pues que la vida es sólo padecer y morir,
¿por qué no apresuramos la hora de subir
ante el juicio de Alá? Te diré la respuesta
después que hable con alguien que retorne de allí.

Tú, Derviche, despójate de tu suntuoso manto.
No naciste con él. Tienen mayor encanto
los vestidos del pobre: así en tu corazón
entonarán mejor los ángeles su canto.

Felicidad y pena: dos idénticos casos
que pesan por igual en mis cansados brazos.
Cuando me llega un bien en mi alma le hago sitio
a otro nuevo dolor que le sigue los pasos.

No es posible incendiar el mar, ni convencer
a nadie que hay peligro en el bien y el placer:
el mismo leve choque que rompe al que está lleno
al cántaro vacío lo deja sin romper.

Verás a tu redor aflicción y pesar.
Tus amigos han muerto. No puedes esperar.
Abre tu alma a tus manos y llénalas de vida:
"Ayer" es un cadáver que es preciso enterrar.

Un jinete arrogante va en rápido corcel.
¿Cruzará el horizonte? ¿A dónde va el doncel?
¿Mañana tenderáse sobre la fresca grama
o estará bajo tierra? ¡No lo sé, no lo sé!

"¡Alá es grande!", así grita incansable el Muecín
y su grito parece que traspone el confín.
Cinco veces lo dice. ¿Gime en su voz la tierra
que implora a su Creador sin respuesta ni fin?

Terminó el Ramadán. Los cuerpos abatidos
despiertan al trajín. Pregoneros urgentes
anuncian su buen vino —vendedores de ensueños—.
Mas, las voz de mi Amada no llega a mis oídos.

Contempla este riachuelo que refresca el jardín.
Lo mismo que nosotros camina hacia el confín.

En tanto, en labios frescos y en mejillas rosadas
depositemos besos y caricias sin fin.

Cuídate de apariencias brillantes y engañosas.
Busca el Amor lo mismo que si buscaras rosas;
pero jamás olvides que Alá forjó el Amor
como creó también las plantas venenosas.

¿Te sientes infeliz? Olvidando el dolor
dejarás de sufrir. A otros les fue peor.
Acaricia una joven con los senos de nieve
y guárdate de amarla y de obtener su amor.

Nunca sabrás de nada, ¡oh! tú, criatura triste.
No verás del misterio más de lo que ya viste;
y si tu religión te promete una Gloria,
forja tu Paraíso... porque lo otro no existe.

Llegó la Aurora. Apaga tu lámpara encendida,
que ya el Cielo ilumina tu esperanza dormida.
Pronto vendrá la noche y encenderás tu lámpara
para velar el cuerpo de tu esperanza herida.

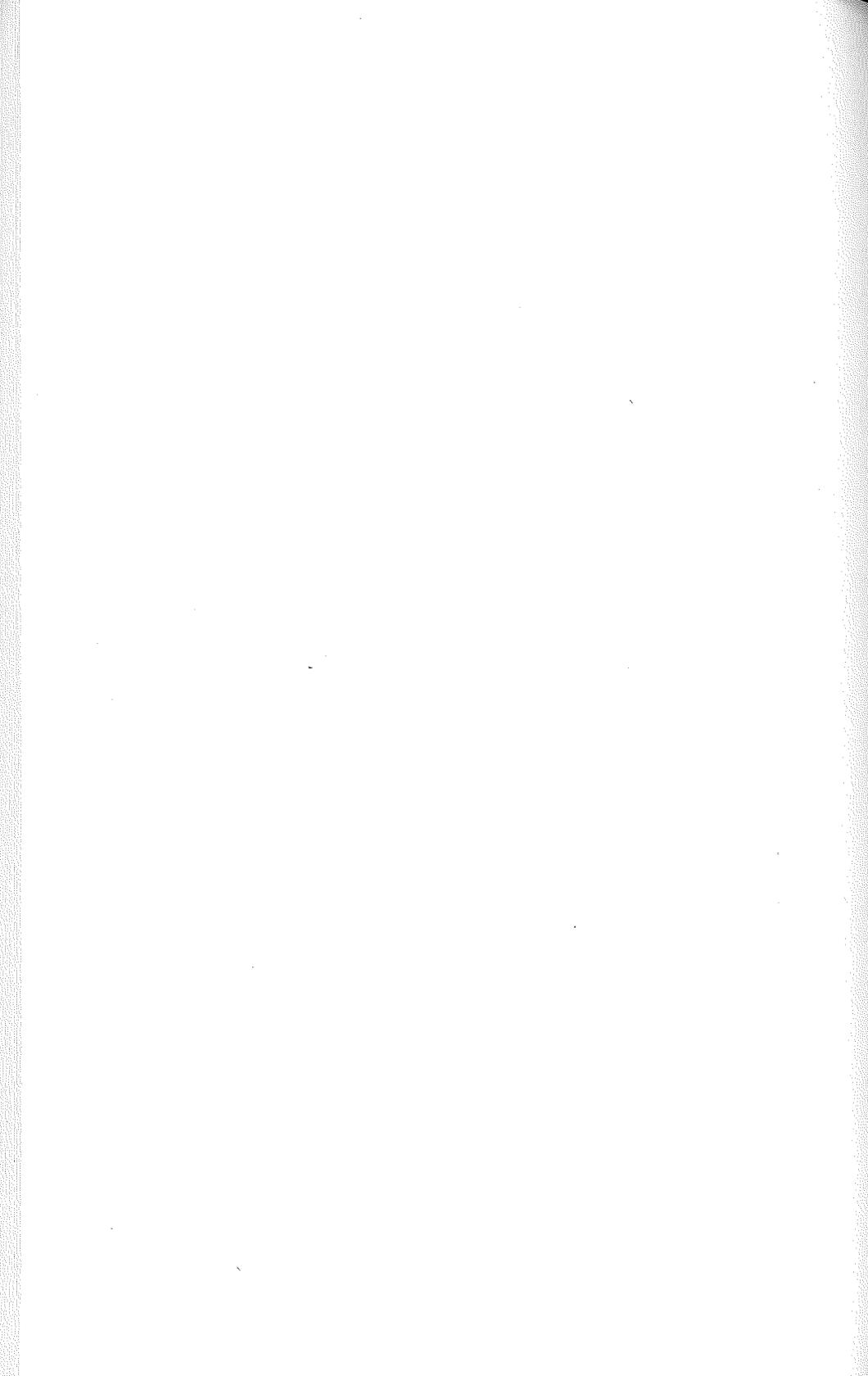
Todos los libros cambio por las notas de un trino.
Cambio todos los reinos por un poco de vino;
y los himnos de amor y el Sol de Feridón
los cambio por la música de su chorro divino.

El dolor que esperaba ha llegado a mi puerta.
La ausencia de la Amada deja mi alma desierta.
¡Khayyam, qué solo estabas cuando tú la tenías
y cómo te acompaña ahora que está muerta!

Señor, tú has apagado la luz de mis pupilas.
Tus severas murallas tremendas y tranquilas
ya separan por siempre nuestros dos corazones.
Quiero morir ahora. Señor, ¿por qué vacilas?

¡Oh!, cállate, Dolor. Aléjate de enmedio
de mi camino oscuro. Quiero hallar un remedio:
¡Viviré!, pues los muertos no poseen memoria
y quiero recordarla en su ausencia y mi tedio.

Canciones y perfumes, labios dulces y risas,
ojos tiernos y puros: ¡juguetes hechos trizas
por las manos del Tiempo! Virtud, meditación,
renunciamiento y fe: ¡no sois más que cenizas!



SONETOS
(1971)

MAR CARIBE

Cacique de cien novias, cada Antilla
conoce mi ternura y mi coraje.
Si me vieron, rendido como un paje,
reverenciar descubridora quilla,

saben que mi furor al hombre humilla.
Canté como un poeta en el cordaje
de naves y bajeles. ¡Mi oleaje
lanzó después sus restos a la orilla!

Como un Jordán, yo bauticé una raza
que expiró bajo el fuego y la coraza
de estirpes blasonadas de leones.

Y a otra raza, sin flechas y sin plumas,
esperan bautizarla mis espumas
con un salvaje aliento de ciclones.

PALIMPSESTO

Tu callada y sencilla adolescencia
se encontró con la mía en el camino.
Tu voz acariciaba como un trino
y yo palidecía en tu presencia.

Ni tú ni yo sabíamos la ciencia
del amor que enardece como un vino.
Las manos misteriosas del destino
jugaban con tu diáfana inocencia.

Te hablé de amor y tú no comprendiste.
Como quien dice adiós al mundo entero
quise perderme en un olvido triste.

“¡Que ames a otro y que Dios te guarde!”
Partí sereno, silencioso; pero...
mi corazón se suicidó esa tarde.

CORINA FINKE

Halló la vida en tu alma generosa
una fuente risueña y transparente.
La vida allí se mira sonriente
en un espejo de agua luminosa.

Y luce tu amistad como una rosa
de fragancia inmortal, pura y clemente,
mientras desciende de tu blanca frente
tu gran piedad que en el dolor se posa.

Pues bien, Corina Finke, por la gracia
con que alivias la pena y la desgracia;
por tu bondad que sabe a miel de Himeto;

porque das tu alma repartida en preces,
por todas esas cosas bien mereces
¡el medallón egregio de un soneto!

ABEL DE PIEDRA

Pasaron siglos. Y una mano artista
restauró tu imponencia, Abel de Piedra.
Y resurgiste de la antigua yedra,
cantando a tu pasado en cada arista.

Fantasma de la hispánica conquista,
lo fatal ni te asombra ni te arredra,
aunque bien sabes que a tu sombra medra
la garra sin piedad de otra conquista.

Aún los piratas cruzan por los mares:
los bárbaros profanan los altares
y, por eso, ¡oh Alcázar!, otra vez

los vándalos te asaltan. Sus clamores
levantan su insolencia en tus alcores
¡y te escupen blasfemias en inglés!

JULIO DE WINDT LAVANDIER

Tu armoniosa "Castalia de Cristal"
—claro de luna sobre mármol griego—
canta místicamente, como un ruego
ofrendado a la espina y al rosal.
Fluye tu verso diáfano, ritual,

aromado de mirras y de espliego,
y se consume perfumando el fuego
donde arde una tristeza inmemorial.

Bajo el rumor de tu Castalia fuente
descubro que en la magia trasparente
de tu cantar olímpico y sereno

alcanzan su más pura y noble meta
el sagrado dolor de ser poeta
y el divino pecado de ser bueno.

LA PUERTA CERRADA

Aquel sendero fue una rosa abierta
a orillas del enigma del destino,
y aún sigue el mismo rumbo peregrino
con que marchó una tarde hacia tu puerta.

Lo vio soñar la madrugada incierta,
lo despertó la música de un trino
y cantaba la paz de aquel camino
como se canta cuando el sol despierta.

¡Cuánto cambió su diáfano contorno!
Ahora es un camino de retorno
bajo la noche inmensa y enlutada...

¡Oh los caminos lúgubres y errantes
que retornan, gimiendo y vacilantes,
de una puerta cerrada!

LULUH DE GALVÁN

Vuestro bello retrato es un arpegio
de afinadas y nobles armonías,
y en él cantan preclaras melodías
los misterios de un dulce sortilegio.

En la elegancia de su porte regio
perdura el brillo de gloriosos días:
parece que le rinden pleitesías
todas las rosas de un jardín egregio.

Y ante la efigie de la gran soprano
—en quien finge una lira cada mano—
se adivina su voz bella y sonora,

como sobre un teclado marfileño
se presagia la música de ensueño
de Grieg que canta o de Chopin que llora...

LA ROSA

Rosa: fiesta de amor de las pupilas,
maravilla al alcance de la mano,
más bella, acaso, por morir temprano
que por vivir en cúspides tranquilas.

Broche vivo que sellas y perfilas
el nacimiento de un amor lozano
o haces pensar en un ayer lejano
que tañe en el recuerdo sus esquilas.

Tu perfumada vida al aire inmola
sus fragancias altísimas y claras;
y aún en el erial, aislada, sola,

de igual modo el silencio perfumaras
y con la misma gracia tu corola
en la tarde desierta deshojaras...

OLVIDO

En tu juventud recién amanecida
Tú y yo quisimos una misma suerte.
Y la vida, sin ti, era mi muerte;
y la muerte, contigo, era mi vida.

Después, sangrando de una misma herida
—de esas que sólo el corazón advierte—
nos extravió un destino torvo y fuerte
por vastos laberintos sin salida.

¡Quién sabe si el fantasma silencioso
de mi recuerdo, vaga sin reposo
por tu nevado olvido y sus estepas!

Y lo absurdo es que te amo, aún sin quererlo,
y un día morirás sin yo saberlo
o un día moriré sin que lo sepas...

JUGUETERÍA

Jugaba el nieto. Un casco y dos sombreros;
soldaditos de pasta; tres pistolas
tan infantiles que disparan solas;
un minúsculo carro de bomberos;

dos caballitos ágiles, ligeros,
con arrogantes y peinadas colas,

y un bote más pequeño que las olas
con que sueñan tus ojos marineros.

La abuelita contempla tu sonrisa.
De sus húmedos ojos se desliza
la bendición que hacia tu frente vuela;

y sigues en tus cándidos quehaceres
sin pensar, inocente, que tú eres
el último juguete de la abuela.

RAFAEL OCTAVIO GALVÁN

Como emergiendo de la Edad Dorada,
surge en la orilla de este Siglo Veinte
este gran caballero sonriente,
artista de su vida refinada.

De estirpe noblemente blasonada,
la péñola en su escudo está presente
y allí luce, elegante y esplendente,
más victoriosa que una rancia espada.

Como escapado del pincel del Greco,
su rostro reproduce, como un eco,
las más nobles virtudes de otra edad.

Y ofrece, de esta era en el desierto,
con generosidad de cofre abierto
el tesoro cordial de su amistad.

JULIO GONZÁLEZ HERRERA

Pues señor, tiene de Don Juan el porte;
de Cyrano la fabla irresistible,
pero no la nariz que, inconfundible,
es de pequeño y diminuto corte.

Ya conoce la América del Norte
y también la del Sur le fue asequible,
y es que acaso su único imposible
es el llegar a ser un buen consorte.

Sin dudas las gallinas son culpables
de sus pocas acciones criticables
y de sus diez o doce desengaños.

La vida es para él fruta madura,
sabe extraerle toda su dulzura,
...y sólo tiene treinticuatro años!

ACUSE DE RECIBO

Como náufraga sombra, del estrago
del tiempo, surge tu cordial mensaje.
Fue como si tu verso, en tardo viaje,
me envolviera en la nube de un halago.

El recuerdo, que suele ser un mago,
un mago rey de ilusionado traje,
despertó al roce de sutil encaje
de este soneto de Cristián del Lago.

Pensé en aquellas pálidas esquivas
que, al negarnos su amor, nos enseñaron
a gemir en estrofas sensitivas;

Y ahora, tras los años, en secreto,
sus ojos adorados nos miraron
desde el fondo del tiempo, en tu soneto.

FEDERICO BERMÚDEZ

Tiene un amor de hermano para todos los parias.
Su espíritu es un templo donde Dios ha fundido
cenizas apagadas con lágrimas de olvido
y lívidos fermentos de hazañas temerarias.

En sus labios sedientos vibran las puras arias
de sus versos recónditos, mientras va —sonreído—
estrangulando penas con gesto complacido
en las arrinconadas penumbras tabernarias.

No extrañéis que una noche como aquel Edgar Poe
—prófugo de sí mismo— el mal que lo corroe
quiebre el hilo de música de su raro destino;

y como burla trágica, como sangriento premio,
deje el cuerpo olvidado sobre un banco bohemio
y su alma de luciérnaga prosiga su camino...

ENRIQUETA ZAFRA

Tus mansos ojos tristes son dos místicas fuentes
donde abreven las almas infinita ternura:
por eso, cuando miran, dejan la luz más pura,
las almas encantadas, pensativas las frentes...

¿Por qué siendo tus ojos tan dulces y clementes
están siempre tan tristes? Quizás esa frescura
de su honda dulcedumbre se hizo para la oscura
senda de los que viven en penumbras dolientes...

Y así, cuando tus manos —sacerdotisas leves
que con los pies desnudos offician en las nieves
perpetuas del teclado— cantan salmos fervientes,

todas las penas quédanse dormidas, silenciosas,
y mis ojos te miran sobre todas las cosas
como una maga pálida encantando serpientes...

ENRIQUE CAMBIER

Típico y puntiagudo como una torre gótica,
erige su silueta delgada y agorera:
se me parece a ratos un asta sin bandera
plantada porque sí sobre un alma despótica.

Tras de sí va dejando grávida huella erótica
de varón vagabundo que vive a la manera
de un antiguo caballero sin ley; él no venera
ni aun la celda monástica de santidad narcótica.

Vencedor de estrecheces, ríe de la miseria;
soporta la pobreza como una abuela seria;
da la espalda a la Vida con un desdén simbólico,

y de su corazón, enfermo sin remedio,
salen desenroscados sus versos de hondo tedio,
como sierpes de humo de un cascabel diabólico.

EL ÁRBOL

En lo más alto de los viejos muros
creció una planta entre los azulejos,
tal vez si porque halló recuerdos puros
de aquellos tiempos que ya están muy lejos.

El viento, al deslizarse entre el ramaje,
modula extraños, lúgubres acentos,
cual si de un arpa el singular cordaje
entonara canciones y lamentos...

Y guarda el árbol noble un santo nido
donde el recuerdo vive casto y puro;
y al mirar desde aquí su osada planta,

me parece un poeta enardecido
que en lo más alto del vetusto muro
sobre un montón de siglos llora y canta!

LA CEIBA DE COLÓN

Tras tu corteza, en contorsiones mudas,
hay savia envejecida por inviernos...
mas, como siempre, tras cortezas rudas
se oculta el germen de los brotes tiernos.

Aún te late la savia en cada rama,
en las que el viento canta mil arrullos,
cuando en la noche del voluptuoso Ozama
viene a tus pies a deshojar murmullos.

Y al extender tus brazos hacia el río,
al cual le das las perlas de rocío
que el alba pone en tu ramaje abierto,

parece formidable cruz deforme
que marca al Mundo dónde está el enorme
cadáver colosal de un tiempo muerto...

GÉNESIS

En solemnes momentos augurales
tomó un poco de barro entre sus manos
el Señor. Hizo a Adán; y son hermanos
barro y hombres. Por eso, en los eriales,

en los fértiles valles, los trigales,
los prados y montículos lejanos
el polvo espera a todos los humanos
con ansias de reencuentros fraternales.

Tú, no vienes de barro iniciales,
no descienes de arcillas consagradas;
pues fuiste, con instintos infernales,

modelado sin duda en el meconio
que en una indigestión de canalladas
vomitó el vientre oscuro de un demonio.

RETRATO

Ni un gran chambergo de arrogantes alas,
ni un jubón recamado y bien ceñido,
darían a este tipo sonreído
aparente ilusión de nobles galas.

De las artes, conoce las más malas;
se ufana de un blasón que no ha existido,
y pasea su olfato entrometido
por predios de otro y por ajenas salas.

Tras la máscara infiel de su sonrisa
engaña a Dios cuando se acerca a misa
para asistir dormido a los sermones;

y lo único sincero de su instinto
es el orgullo con que lleva al cinto
el alegre puñal de sus traiciones.

FEMINISMO

¡Ya las mujeres son gobernadoras!
Manejan, como hombres, el erario
y simplifican el conflicto diario
con gestos maternos. En las horas

más cansadas y más agobiadoras
un ceñudo y astuto comisario
y un obsequioso y hábil secretario
resuelven las urgencias sin demoras.

Nada turba la vida provinciana;
y, mientras se despierta la mañana,
escribo versos en mi triste cuarto.

La provincia está en calma, pensativa,
y hoy no habrá actividad gubernativa
porque el gobernador... está de parto.

EN LA ALCOBA

El cabello es un negro tul de raso
que una legión de vagas sombras puebla,
y los ojos tal vez si son, acaso,
la cristalización de una tiniebla.

Entre la cabellera —noche altiva—
y los ojos —luceros del Oriente—
se extiende luminosa y pensativa
la pura vía láctea de la frente.

Y al libertar las hebras ondulantes,
descienden en espira voluptuosa,
se posan en el hombro, acariciantes,

para besar la nívea piel tan sólo
y fungen una noche silenciosa
que se hubiera dormido sobre el Polo.

RÉPLICA

No degüelles tu cisne. Su figura
heleniza el misterio del paisaje.
Es góndola de ensueño su plumaje,
grávida emoción pagana y pura.

Si el búho al borde de la noche oscura
te clava su mirar como un ultraje,
aguarda. Es ley que del Olimpo baje
para el bardo el laurel y la ventura.

Pero si logras retorcerle el cuello
al simbólico heraldo de lo bello
(junto a quien Leda sus encantos pone),

entonces, por Apolo y su memoria,
que sólo el búho aplauda tu victoria
¡y el cisne degollado te perdone!

GASTÓN F. DELIGNE

Envuelta el alma en diáfano lirismo
y torturado el cuerpo en impiedades,
asombró las ingentes soledades
cantando los responsos de sí mismo.

Su vida fue un hermoso cataclismo:
su mal oscuro floreció en bondades
y le vieron las jóvenes edades
llenando de montañas el abismo.

Como un dios, en olímpica vehemencia,
quemó en su infierno mirras olorosas,
forjó su Gloria majestuosa y fuerte,

y fue el único bien de su existencia
que, al pasar, se cubrió de blancas rosas
la granítica pampa de la muerte....

CAMPANA DE SAN LUIS

Campana de San Luis: contra tu bronce moro,
ayer, cuando ninguna cicatriz humillante
serpenteaba en tu flanco pulido y arrogante,
repicabas ufana como si fueses de oro.

Tu voz ¡cuánto ha cambiado! De tu vibrar sonoro
sólo queda un fantasma que vaga vacilante
cuando tu voz cascada pretende a lo distante
lanzar el eco triste de tu doliente lloro...

Campana: tú que lloras tu sonoridad muerta
mientras tu voz inunda de vaguedad incierta
el zócalo de piedra de la muralla gris,

escucha el anatema que, como eterno grito,
en el ópalo turbio de un soneto maldito,
por siempre vivirá, Campana de San Luis.

CANSANCIO

Como un interminable, monótono tormento;
como una sombra impávida que va tras de mi sombra:
caminando sin ruidos, cual sobre densa alfombra,
me sigue —como un perro— mi cansancio sediento.

Con el tenaz empeño de un presagio en aumento
me sigue paso a paso... Si mi labio lo nombra
sacúdense mi espíritu pacífico, y asombra
ver cómo el alma oscila al soplo de su aliento.

Arrastro este cansancio por mi vida en escombros
como un peso de plomo que llevara en los hombros,
sin lanzar una queja ni proferir un grito,

y mi alma, en cuyos ojos la sombra se guarece,
es una pordiosera ebria que se adormece
bajo el pórtico oscuro de un bostezo infinito...

DOLORES R. DE LUGO

Saludo en vos a todas las nobles quisqueyanas,
las de recias virtudes y gentiles maneras,
cuyas manos lo mismo bordaran las banderas
que vendaran heridas tras las épicas dianas.

Saludo en vos a todas las mujeres hermanas
de aquella Salomé, cuyas rimas austeras
lucen como cabezas de Bautistas —severas—
sangrando en las patenas de estrofas soberanas.

¡Matronas de mi tierra!, ¡Vírgenes de Quisqueya!
¡dulzura de panales! ¡castidades de estrellas!
vuestras almas son fuertes: alzad con ansia estoica

ante la del corsario ensangrentada lona,
no un gesto resignado de ingenua Anacaona,
sino el trágico gesto de Trinidad, la heroica!

LA SIEMBRA

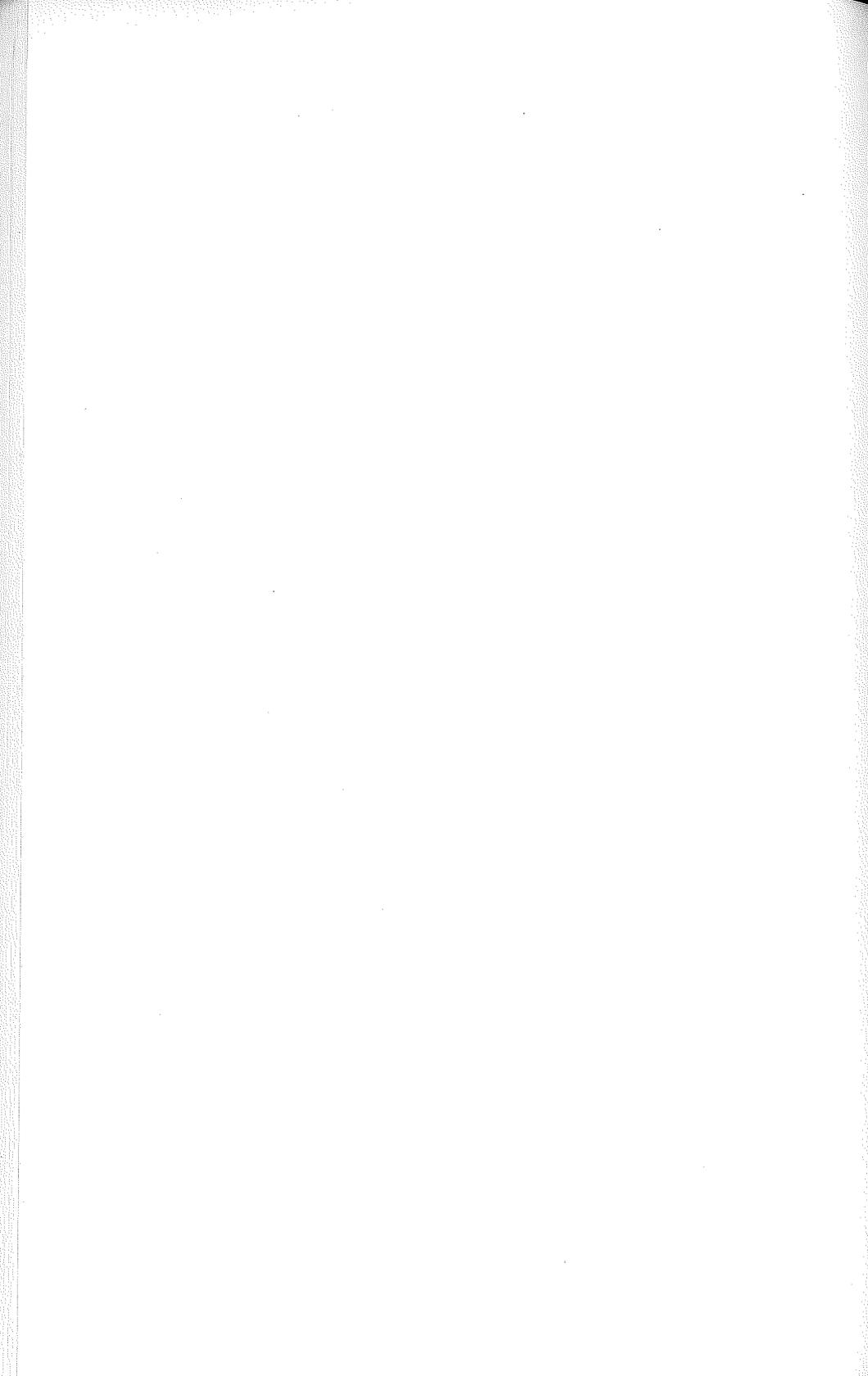
En la eglógica paz de la llanura
los sembradores, al tender las manos
colmadas del prodigio de los granos,
plasman en su beatífica figura

la divina silueta, mansa y pura,
del más bello de todos sus hermanos:
¡Jesús, el Sembrador que a los humanos
multiplicó los panes con dulzura!

Y en tanto que en los áureos arrozales
del milagro que duerme en las gavillas
aguardan el alivio de sus males,

—hostias de nieve en cáliz de topacio—
la multiplicación de las semillas
se levanta hacia Dios en el espacio!

OTROS POEMAS



CONFESIÓN

¡Madre: tengo una novia! Yo la quiero
con insaciable ansia,
porque el cariño que le tengo a ella
es infinito, ¡madre de mi alma!

Ya mis sueños no son aquellos sueños
de mis años de infancia,
que en tu regazo tibio, adormecían
mis fiebres con el roce de sus alas;

ya mis sueños son la legión de sombras
horribles y fantásticas
que siembran mucho espanto en el espíritu
y siembran en los ojos muchas lágrimas.

Como todas mis novias, madre mía,
esta novia es ingrata...
¡Mas yo la adoro siempre! ¿La conoces?
Su nombre es noble, eterno y bello: ¡Patria!

Para vosotras guardo, Patria y Madre,
dos tesoros sin manchas:
para Ella, el hierro de mi sangre:
para ti, Madre, ¡el oro de mi alma!

CARTAS SENTIMENTALES

Como el mar...

Así es mejor, amarte en mi silencio
sin que tú sepas de este amor jamás,
sin que escuches a mi alma sollozante,
inmensa y sollozante como el mar...

Así, ignorado, sin que nunca sepas
de este amor desgraciado e inmortal,
te arrullaré en mis versos más hermosos,
te arrullaré en mis cantos, como el mar...

Así es mejor, amarte sin decírtelo,
sin que mi cruel tristeza y mi pesar
te hundan en los abismos de mis penas,
te hundan en mis abismos, como el mar...

Y mis versos serán las ondas cálidas
que siempre tu recuerdo besarán:
tú serás la prisión de mis amores,
yo, besaré mi cárcel, como el mar...

VIOLINES

Colgado en un rincón del aposento,
su voz ya no balbuce la errabunda
melodía del vals pausado y lento
que era a la vez ternísima y profunda.

Saltaron del violín las cuerdas rotas,
y muda quedó el alma vagabunda
del viejo vals de las dolientes notas...

¡Tú, corazón, también cantar solías
como un sentimental violín quejoso!
¿Cuál de tus cuerdas, —esperanzas mías—
saltó, por siempre rota, en un sollozo?

Lo mismo que el violín abandonado,
ya no cantas las tiernas melodías
del viejo amor marchito y olvidado!

PASAN LOS TIEMPOS

I

¡En la interna capilla de mi espíritu extraño,
como aroma de incienso, en los ámbitos flota
el recuerdo fragante de los ritos de antaño,
el recuerdo que exhala la reliquia remota!

¡Mas aquella reliquia, que en ritos no olvidados
veneré con fervores, está apesada y rota
por las garras de hierro de los tiempos pasados!

II

¡Dentro la gris ermita de mi alma sufridora
se oye un rumor siniestro y hay alientos que abrasan!
¡Son las nuevas reliquias desgarradas ahora,
por las zarpas feroces de los tiempos que pasan!

III

¡Qué infinito descanso cuando las horas suenen
en que será la ermita sepulta eternamente
por las bárbaras garras de los tiempos que vienen!

CARTAS ESPIRITUALES

A ti que las leerás sin sospechar que para ti han sido escritas...

I

Tiembla mi corazón... Casi no puedo
contener en mi pecho ese temblor
ya hasta mi pobre pluma, bajo el dedo,
va temblando de amor!

Mis versos te dirán lo que yo ansío:
son sueños de mi mente
que te van a besar en nombre mío,
que te van a besar sobre la frente.

Anhelo, en una noche voluptuosa,
sentir tu corazón muy junto al mío
y, en jardines de amor, tronchar la rosa
más fragante y más llena de rocío.

Y antes de que el fugaz momento acabe,
de tus ojos a los fulgores cálidos,
sentir —desfalleciente— el roce suave
de tus labios sobre mis labios pálidos...

Luego, de la Alegría
que repiquen los cantarinos bronces:
tu alma junto a la mía,
junto al tuyo mi corazón... Y entonces,
reina de los amores
que en el alma por siempre llevo impresos,
entonces coronarte... no con flores,
coronarte con besos!

CARTAS ESPIRITUALES

De corazón a corazón

II

Estás lánguida y pálida... Parece
que la flor delicada de tu cara
se inunda, se ilumina y se embellece
con blancuras de mármol de Carrara.

Tiembla en tus ojos un fulgor de luna
que, en tu mirada incierta, audaz persiste
y en ellos flota la amargura de una
Dama de las Camelias, suave y triste...

A través de persianas indiscretas
un día te miré llorar... Secretas
y hondas penas llenaban tus martirios,
que debieron ser grandes, sueño mío,
porque tus manos eran como lirios
helados y marchitos por el frío
y tus ojos sedantes dos violetas
que les dan consolador rocío!

Y aquella tarde, en mi aposento, lejos
del mundo cuyo afán allí no escucho,
cubriéndome la cara con las manos
yo también ¡alma mía! lloré mucho...

¿A qué tu palidez? ¿A qué tu llanto?
¿Por qué en tus ojos un fulgor sombrío
si tú bien sabes que te quiero tanto
que lloro tu dolor y olvido el mío?

MAÑANA DE LLUVIA

La lluvia está tejiendo su movedizo velo.
Entre el azul y el fango, la araña de la lluvia
hila su tela trémula. El Sol —Don Juan del Cielo—
como un raptor galante, huyó con su luz rubia,
y la joven mañana se muestra encanecida,
desengañada y triste, como mi propia vida.

A lo lejos, molinos, árboles y cabañas
fingen torpes insectos
presos entre la líquida red de las telarañas.
El campanario emula, con detalles perfectos,
una enorme libélula que en la lluvia se enreda,
y en el canto de las gotas, en un triste presagio,
modula en la arboleda
su monótono adagio...

De músicas lejanas como extraviadas notas,
en un oscuro vuelo de nostalgias remotas
rememoro mis penas, que son como proverbios
de esta vida cansada... Evoco los recuerdos de felices edades
y me cruza los nervios
un estremecimiento de voluptuosidades.

...Y sueño con los viajes... me figuro en París...
En tanto el agua cae y, cual celeste llanto, rueda por las paredes.
Y mientras que la lluvia es una araña gris
mi alma es una cantárida que tiembla entre sus redes.

FATIGA

Hoy he pensado tanto
en la antigua tristeza que se ha hecho mi amiga,
que tengo el alma llena de fatiga
y, sin haber llorado, mi boca sabe a llanto.

Me he puesto a recordar, atormentadamente,
la historia de las viejas arrugas de mi frente.
He mirado mi vida como a una estampa triste;
he visto que ella es como un paisaje de lluvia,
una bruma imprecisa sus contornos reviste.
Ningún rayo de sol. Ninguna estrella rubia.

Un paisaje de lluvia, panorama invertido
reflejado en las ondas de un remanso de dudas,
y, en la espesa quietud, un irónico olvido
mal arropa los cuerpos de mis penas desnudas.

¡Paisaje paradójico! Todo visto al revés.
Los árboles descienden. Los nidos aparecen
como copas volcadas, y después
copiadas en el fango las estrellas se mecen.

Sorprendo a mi cabeza en yo no sé qué abismo
de fango luminoso y estrellas sumergidas.
Parece que me alejo de mí mismo.

Es el recuerdo sobre mis heridas
la espiral descendente de un taladro
y completando el cuadro
me sigue, como un perro, mi cansancio sediento.

AL PIE DE UN LIBRO DE TAGORE

Espíritu curioso que interpretas
la dicha del dolor y el sufrimiento:
—“Alma” y “Amal”, las notas de un lamento,
¿por qué se escriben con las mismas letras?

Y respondió el espíritu curioso
clavando en mis sus ojos insistentes:

—“De un mismo labio trémulo y piadoso,
son dos tristes sonrisas diferentes”.

—¿Y aquella Sudha de candor ileso
y ojos inmensamente pudorosos?

—“De aquellos mismos labios dolorosos
Sudha, la eterna Sudha, ¡es el beso!”

MARGARITA

Cien sonetos preclaros y triunfales
y cien bellas estrofas inmortales

guardando están con infinita gracia
tu heredada y gentil aristocracia.

Y porque a tu infantil adolescencia
el mejor consonante es tu inocencia;

porque, muertos del Sol los mil destellos
resucita su luz en tus cabellos,

y porque en ti, sin duda, se adivina
el don de la mejor Hada Madrina:

en el pareado de tus labios rojos,
en la azul consonancia de tus ojos,

en tus manos, nevadas y sencillas,
donde hay dos madrigales en quintillas,

en tu nombre de flor callada y pura
rehecha por un Dios en la espesura

con pétalos de nieve interrogados
por pálidos Pierrots desencantados,

porque eres buena, grácil y bonita,
por eso, Margarita,

se advierte sin vacilación alguna
que fue la Rima tu canción de cuna!

ATAVISMO Y PROGENISMO

Era un iris de razas bajo un cielo inocente,
eran siete colores bajo el azul color...
Como un prisma tendido sobre el Gran Continente
perfilaban los Andes sus aristas al sol.

Y el gran prisma, solemne, maravilloso y puro,
reabsorbiendo colores en su nieve inmortal,
los trasmutó en estirpes del color del futuro,
la raza de mañana o de siempre quizás.

La que mejor pronuncia la gran palabra: "hermano";
la raza que no es blanca ni debe serlo ya
por el luto del indio y el dolor africano,
las sangres de Maceo y de Caupolicán.

Sacias en tus dominios, oh Raza de Esperanza,
desde la sed de arte hasta la sed de paz,
y colmas en tu suelo con manos de bonanza
desde el hambre de gloria hasta el hambre de pan.

Y tu sol no es el mismo que nunca se ponía
iluminando esclavos desde la inmensidad:
eres hija de un astro que nace cada día
por besarte de nuevo con luz de Libertad.

Para ti, Raza, el Ande, —padre de tus anhelos—
es símbolo sagrado, es ejemplo y blasón:

meridiano de piedra que al cortar paralelos
forma cruces inmensas de amor y redención.

Por eso tu bandera, sin tonos escendidos,
es lábaro sereno que irradia claridad,
con un sol y tres cruces con los brazos tendidos
maternalmente abiertos hacia la humanidad.

POEMA

Entre el ruido de copas y de risas
la alegría reinaba en el convite.
Una voz —con alientos de perfumadas brisas—
dijo festivamente: “¡Que el poeta recite!”

(En las alegres copas,
con orgiástico afán,
las burbujas reían, reían como locas
en la sangre de oro del champán).

Un silencio expectante se impone de repente.
Una emoción secreta
sacude al auditorio inesperadamente,
y recita el poeta...

Su voz canta la gloria del vivir,
la gloria del amor, la más dichosa,
esa gloria infinita que nos hace morir
pensando en una dama, un beso y una rosa.

Su voz es lazarillo: impulsa y encamina.
Su verso nos anima
a soportar la vida, atenuar su dureza,
reír como Arlequín, llorar como Pierrot
y vestir la tristeza
con el traje de espumas de la viuda Clicquot;

a tener en los labios la risa, como un nardo,
a ser como Verlaine, y vivir como Edgardo
y ver pasar la vida, como loca tormenta,
desde el borde esmeralda de una copa de menta!

(Parece que revuelan sobre las claras copas
recuerdos de alegrías que nunca volverán.
Las burbujas se ríen, se ríen como locas
en la sangre de oro del champán...)

El poeta se queja, se queja sonriente
porque en sus manos, hechas para arrancar la nota
más dulce de la vida, el amor se resiente
como una copa rota...

Desde entonces su alma, caprichosa y demente,
no sabe qué perverso rito absurdo celebra:
¡es tan bello el sonido de un cristal que se quiebra
inesperadamente!

Lo enardece y lo agobia un afán inclemente,
un afán infinito de vivir más a prisa
y es su risa la risa
de un cristal que se rompe inevitablemente...

Y pasará que un día, ya borracho de olvido,
como un cristal, su vida se rompa de repente:
¡es tan dulce el sonido
de un cristal que se quiebra tan dolorosamente!

(Las risas ya no cantan en las bocas.
¿Por qué no cantarán?
Las burbujas ríen, se ríen como locas
en la sangre de oro del champán).

El poeta termina.
En el seno de aquella concurrencia,
como encendida mina,
estallan los aplausos con violencia,

y mientras los demás aplauden con calor
el poeta de sus ojos una lágrima arranca:
tal una perla blanca
de los amargos mares bajo el sordo clamor...

AUGURIO

Quizás un día alegre para todos
y triste para mí,
me aleje de tu lado. No habrá modos
de comprender por qué soy así.

Guiado por la mano del destino
que engaña siempre con su mueca eterna,
cruzaré sabe Dios qué mal camino
y dormiré quién sabe en qué taberna.

Tal vez el vicio entonces me dibuje
arrugas en el rostro y sombras en la mente,
y el acaso me empuje
otra vez hacía ti... y frente a frente
tú me dirás: ¿quién eres?
y yo responderé: ¡un pobre diablo
que asusta a las mujeres!
Y mientras así hablo,
en mí conocerás a quien tanto te amó,
y me dirás: ¡Qué has hecho!

—¡Qué sé yo!
Perdóname, mujer, si hablando te enveneno:
¿qué culpa tengo yo de ser tan malo
si Dios me arrebató la que me hiciera bueno?

POEMA

Viajero por la noche de tus ojos oscuros
soné bajo el fulgor de dos luceros.

Dicen que tu mirada
tiene el casto fulgor de una noche estrellada
y dicen que el Amor
—viajero por la noche de tus ojos oscuros—
hacia ti se desliza
para ofrecerte lirios blanquísimos y puros
en el amanecer de tu sonrisa.

LA GRAN OFRENDA

Canto a la caña

Yo soy aquel que tus bellezas canta,
leve novia del viento!
Yo soy aquel que en su laúd levanta
las claras notas de un dormido acento
para cantarte. ¡Yo soy tu poeta!

Del cordaje mi temblorosa mano
desprende, como lírica violeta,
un himno a tu candor, virgen del llano!

Yo he visto, bajo el Sol fecundo y cálido,
cómo transformas el sudor salobre
en granos de oro pálido
y en pan alegre para el hombre pobre.

Yo he visto, entre las flechas de la lluvia,
flotar la enseña viva
que enarbolas altiva
como bandera de combate rubia.

Yo he visto, en las auroras de oro y rosa,
abatirse tu invicto gallardete
e inmolarte, como a una reina hermosa,
bajo la guillotina del machete.

Y he visto, en la llanura pensativa,
reír al padre Sol en el cenit
cuando lanzas, ¡oh! pródiga cautiva,
tu savia de oro sobre Wall Street...
Fue en esta isla, urna de dolores,
donde América vio por vez primera
los trémulos penachos de tus flores
flotar en la quietud de la pradera.

Y tu verde ropaje fue sonrisa,
fue indicio de bonanza
que flotaba en la brisa
como flota en las almas la esperanza.

La raza indígena cuidó tu infancia.
Bajo el hiriente azote despiadado
que dominó su púgil arrogancia,
el indio te cuidaba resignado.
¡Tú bien sabes de aquel martirio santo:
sus rostros pensativos
mojaron de sudor y amargo llanto
la promesa de pan de los cultivos!

Y ahora, en la sombra plácida y amable
de la quietud nocturna,
eres como el fantasma perdurable
de aquella raza esclava y taciturna...

¡Y quién diría que por el sereno
camino que ofreciste al dios progreso
para llevarlo a tu fecundo seno,
saldría aún —para saciar a Creso—
el sudor convertido en oro ajeno...

Y soy aquel que tus tristezas canta,
virgen del llano, novia de los vientos!
Yo fatigué mi planta...
tras el eco sin voz de tus lamentos.

Y en las quejas que al céfiro le dices
en las noches hermosas,
—resignadas obreras silenciosas—
nutren las blancas fibras de tu tallo
para que eleve, fuerte y sin desmayo
cuando al viento como una cuerda vibre,
esas pálidas flores de tu pena:
ofrenda de una tierra esclava y buena
a un cielo indiferente, azul y libre...

CLARÍN PROFÉTICO

Espíritu español:
heroico predilecto de la Audacia y del Sol;
aliento de la España
que para darle vida a un mundo nuevo
agotó, sin pesar, su propia entraña;
espíritu español;
¡tú eres el genio de los hechos grandes!

Bravos que tremolaron su heroísmo
lo mismo en lo más alto de los Andes,
al borde del abismo,
que en las arenas pálidas de Flandes!

Suelo santo y bizarro,
patria de la aventura y de la cruz:
lo mismo dio un Pizarro
que una Santa Teresa de Jesús!

El poeta contempla, a lo distante,
la sombra de tus glorias no igualadas:
¡Se pierde la mirada interrogante
entre un bosque de espadas!

Y así, cada coraza
de los viejos guerreros
forma con sus aceros,
la corteza del árbol de la raza!

Y un día, España, de esta misma América
que cubriste de arrojos
salió el cuervo maldito
que te atacó a los ojos.

¡Si!, no llamemos águila a un cuervo,
no tiene aquella tan fatal plumaje,
ni su instinto es tan mísero y protervo,
ni es tan cínica y vil en el ultraje!

Y ahora, España, sonríes...
mas como tras el pétalo fragante
está la espina aguda,
así acecha el recuerdo lacerante
de la ofensa brutal, traidora y ruda.

Tal vez para qué hazaña de un futuro
que no está muy lejano,
tu joven soberano
te apresta y fortalece:
¡Dios sabe el gesto vengador que oculta
la sonrisa jovial de Alfonso XIII!

Y es que el ciclo gigante de tu gloria
no está cerrado aún. Aún la Historia
necesita narrar, entusiasmada,
la hazaña portentosa:
cuando vestidos de sangrientas galas,
con arrogancia homérica,

en nuevo triunfo audaz
tú y tus hijos de América,
le corten pico y alas
al cuervo aquel, insólito y procaz!

LA CARTA

Recostado en la cerca del alambre
vi llorar a un pastor de la aldea
y le dije: ¿tú llorar por hambre?
—No, señor, es que no hallo quien lea
esta carta que manda mi madre!

Algún tiempo después yo pasaba
por el mismo camino en que un día
ví al pastor que su pena lloraba
porque leer un papel no sabía.

Y esta vez, ya el pastor delectaba
una carta —sin duda de amor—:
más que antes lloraba
de pena y dolor!

Pastorcito que duermes en tierra
¡cuánta angustia te dio una mujer!,
pobrecito pastor de la sierra:
¿para qué tú aprendiste a leer?

TU RECUERDO

Tu recuerdo es el único sendero
donde mi paso errante no halla espinas...
Cual pálido lucero

tan impasiblemente lo iluminas
y tu amor ha sembrado en él más flores
que todas las nacidas en una primavera!
Tu recuerdo es camino sin dolores,
senda de paz y ruta de quimera.

¿Hacia dónde me lleva este camino?
¿Al amor? ¿Al dolor? ¡Eso no importa!
yo me dejo llevar por el destino:
mi corazón, por ti ¿qué no soporta?

¡Quizás, trayendo dentro
del corazón la música de un trino,
por el mismo camino
tú vendrás a mi encuentro;
y siguiendo mis huellas tú dirás: por aquí
anduvo un pobre loco que amaba a las estrellas
y me adoraba a mí!

Si alguna vez me pierdo,
yo quiero que mis pasos extraviados
se internen más y más en los callados
senderos de tu diáfano recuerdo.

¡Tu pensamiento es la fragante venda
de las heridas que me dio el destino
y quiero que la muerte me sorprenda
soñando en la mitad de este camino!

ALAS HISPÁNICAS

Como el grave redoble de un tambor
el estrépito rauda sube al cielo,
y al vértigo sonoro del motor
van asidas las alas del Gran Vuelo.

Así, trazando inéditas estelas,
a los mástiles recios y al cordaje
de las tres inmortales carabelas,
fue, prendido, el velamen del Gran Viaje.

Capitán y Teniente,
Barberán y Collar:
os espera el amor de un Continente,
os amparan los cielos y os contempla la Mar.

El Hispánico Genio,
el aliento feraz de las Españas,
buscó siempre a sus épicas hazañas
un singular proscenio.

España: que tus dramas seculares
exigen gigantescos escenarios
y así, la trama teje sobre mares
o sobre los Continentes temerarios.

En la decoración, los altos montes
hacen contraste al mar azul y hondo,
mientras los dilatados horizontes
cayendo van como telón de fondo.

En tu Epopeya, Única, Estupenda,
tal como cuadra a los Actores Grandes,
de tu conquistador guardan la tienda
las pétreas bambalinas de los Andes.

Mientras Cortés, como saeta, salta
a la tierra del noble Moctezuma,
cruza Pizarro, y su perfil exalta
—enorme candileja— el Sol del Inca.

Y a los dos, de la concha de la Historia,
sirve de apuntador la misma Gloria.

¡Os llama un Continente
y os atisba la Mar!
Dos rutas paralelas.
Cuatro centurias hay entre Colón
y los héroes de hoy; entre las carabelas
y el temerario avión.

Nostálgico debió sentirse en aquel viaje
el gran Descubridor, el Recio Capitán;
tal como si al intrépido equipaje
le faltaran dos hombres: Collar y Barberán.

Y en cuatro siglos, el volumen loco
que impulsó las tres quillas, cual diamantes,
sobre el cristal eterno del Atlántico,
se cambió, poco a poco,
en dos alas tremantes
y en un motor sonoro como un cántico.

Entre los dos abismos balanceada
avanza la metálica centella:
¡bajo los cielos, como flor alada,
sobre los mares, como alada estrella!

Velámenes y alas, hierro gris y alba lona
quillas pesadas y hélice liviana:
si a aquellas las guarda la corona
a estas las ampara la fe republicana.

El insigne Archipiélago Antillano
que América tendió, como una mano,
para dar el saludo a las tres carabelas
de jarcias que eran arpa de los vientos,
de mástiles insomnes, de temerarias velas
y de bauprés atentos y sedientos;
el insigne Archipiélago que aún tiene
brazo y corazón siempre tendidos
a todo aquello que de España viene,
fue el primero en decirles:

Teniente y Capitán: sed bienvenidos!
y Cuba, donde España le dijo adiós a América,
saludó, a su retorno, a la proeza ibérica.

Capitán y Teniente
Barberán y Collar:
os aclama la voz de un Continente
y os acecha la Mar.

La tierra del Anáhuac, donde volcanes graves
evocan todavía un incendio de naves,
apaga sus proceras humaredas volcánicas,
funde picos, nevados como ruelas,
y alzó, en ofrecimiento a las alas hispánicas,
los nidos donde sueñan las águilas aztecas...

Tal vez, la Gloria en celo
os quiso más que nunca... y quizás
o caísteis al Mar
o caísteis al Cielo!

Los héroes son hermanos, y por eso
os daban su llamada
la sombra de Cortés con aquella su espada,
y la de Moctezuma con un beso.

Glorioso, como un pájaro sagrado,
allá va el "4 Vientos"
su armazón acerado
va a impulso de titánicos alientos.

Con voz ronca el motor cantaba un aleluya,
las alas trepidaba en la gloria del vuelo:
y el mar vio como una perla suya,
como una estrella suya lo vio el cielo!

Y en una ciega tarde sitibunda
envueltos en esa vaga luz que media

del Océano a la sombra, apareció, iracunda,
entre el Golfo y las nubes, la tragedia.

Capitán y Teniente, Barberán y Collar
vuestro gesto inmortal puso a la gloria en celo
y por eso, quizás, o caísteis al mar
o caísteis al cielo.

CARTA SIN FECHA

Al poeta Enriqueillo Rojas Abreu

No es necesario que el buril perfile
las líneas de estos versos de quimera.
Lo importante es que lleguen hasta Chile
—y lleguen prontamente, comoquiera—
ansiosos de llevar hasta el Poeta
el saludo cordial y agradecido
de quien viajó llevando en la maleta
un tesoro encendido,
—única joya del trivial bagaje
tan llevado y traído—:
la musical "Parábola del viaje".

Mas estos versos quieren ser sinceros
y decir, además, que en su intención secreta
—aparte de llevarle saludos al Poeta—
se orientan por dos cálidos luceros.

Satélites oscuros de órbita extraviada
sueñan iluminarse en la mirada
de doña Ana Cristina, la musa exultatoria,
inspiradora de poemas tersos,
que, con solo mirarlos, le da a todos los versos
la más límpida gloria.

Y como el verso encierra la más sincera ciencia
quiero decirle al gran Poeta que eres
(y que me lo perdonen veintiún cancilleres
y lo olvide la Quinta Conferencia):
muy bien valió la pena viajar tan largamente
bajo el signo estelar de la gran Cruz del Sur,
porque en mis manos traje,
regalo de un augur
(forjador sonriente
de bellezas eternas) la estrella más brillante: Parábola de viaje!

RESPUESTA SIN FECHA

La Conferencia de Jurisconsultos
ignora que un Poeta de alma buena
abandonó insepultos
un amor, unos versos y una pena
junto a viejos legajos doctorales
saturados de normas circunspectas,
llenos de citas internacionales
y olorosos a leyes y pandectas.

Y es que cuando se tiene un corazón
más grande que los códigos,
ensancha sus portales la ilusión
para que lleguen los amores pródigos
(a pesar de las pautas de Licurgo
y las leyes estrictas de Solón,
y a pesar del platónico Demiurgo
y del austero ejemplo de Catón).
¡El mismo Justiniano,
para escapar de su imperial cansancio,
paseaba con Theodora de la mano
por las absortas calles de Bizancio!

No asombra, pues, que un bardo fino y culto
 —en amores ni tardo ni remiso—
 se olvidara de ser jurisconsulto
 en una calle de Valparaíso...

ANIVERSARIO

A tu lado, un año es como un verso
 rítmico y cadencioso, tan medido
 que parece que todo el año hubiera sido
 como una estrofa azul del universo.

Cada semestre un hemistiquio terso,
 y el año entero un yámbico encendido
 como un precioso talismán querido
 para alejar lo áspero y lo adverso.

Y cuando en nuestras vidas anochezca
 roguemos porque todo nos parezca
 como un andar por sendas florecidas.

Y envejecamos tan juntos, tan serenos
 que parezcamos dos gemelas vidas
 soñando un solo sueño bajo cielos buenos.

LUNA DE NOVIEMBRE

Luna: moneda casta para la gente pobre
 (de esa que se consuela con monedas de cobre):
 levantas en lo alto tu palidez sin fiebre,
 triste, como una lágrima que ansiara ser alegre.

¿Qué haces es estos cielos, clara Luna de plata?
La Capital del Oro te encuentra muy barata;
le parecen ridículos tus resplandores blancos
que no añaden kilates al oro de sus bancos,
que no aumentan la altura del colosal tesoro
perfilado en montañas de lingotes de oro.

Es mejor, Luna, verte como un pálido ensueño
en el cielo inocente de mi pueblo pequeño,
desde la orilla del callado río
donde los niños llevan su estómago vacío.

Allí adquieres el mérito de la única moneda
imposible y romántica que sobre el hambre rueda.

Cuídate, Luna, que estos hombres quieren llegar,
en sus naves fantásticas, al silencio lunar
a clavarte el insulto de un bofetón sonoro
fundando en ti cien bancos con reservas en oro.

Tanto azul en los ojos llevan estos modernos
que desdeñan mirar los azules eternos;
tanto oro en sus bancos —New York o San Francisco—
que no quieren mirar la plata de tu disco.

¡Ay!, tu anemia sería más dulce y respetada
donde no hubiera tanta mejilla sonrosada!

Consuelo de los tristes, tú, Luna de los parias;
tú, nota discordante en las urbes bancarias:

Convéncete de que tu casto brillo
no cabe en el pecado de su ávido bolsillo.

Es mejor que ilumines chozas y callejones.
(Poco añade tu plata a un festín de millones).
Le quedas bien al pan limpio de la pobreza.
Tu castidad ofende la fiebre de riqueza.

En el País del Oro, ¿de qué vale tu plata?
Aquí no sirves ni para una serenata
de aquellas deshojadas al pie de una ventana
sencilla y silenciosa, modesta y provinciana.

Luna: la palidez de tu incurable anemia
llévala a los poetas de la vieja bohemia,
a los que, bostezando entre el hambre y el arte,
te contaron sus penas. Luna; ¡vete a otra parte!

LA CANCIÓN DE LA LLUVIA

Llueve copiosamente... En los grises tejados
canta el agua su canto hipnótico y constante
y desde mi ventana contemplo los borrados
perfiles de las cosas que están en lo distante.

Como a través de un denso cristal esmerilado
se ven todas las cosas. Se adueña por entero
de nosotros un vago misterio inexplicado
mientras canta, profunda, la voz del aguacero.

Es la hora sonora en que las viejecitas
se quedan pensativas, en un gesto pasmado,
remembrando añoranzas de cuando jovencitas,
o recordando muertos amores del pasado...

Es la hora querida de las adolescentes
que ven caer la lluvia, sonora y delicada,
mientras su pensamiento va en giros ascendentes
hacia el ensueño puro de la ilusión amada.

Unas frentes se inclinan al peso de una duda;
otras al de un recuerdo; pocas quedan altivas...
¿y qué tendrá la lluvia, tan fina, tan menuda
que pone así las frentes tristes o pensativas?

Y en esta tarde triste sobre las horas mustias
llueve copiosamente... También la frente mía
se inclina poco a poco... Medito las angustias
de un amor sin consuelos que empaña mi alegría.

Y en esta vida amarga, fatal y miserable,
a través del ensueño de este amor triste y fuerte,
como a través de un velo de lluvia interminable,
veré pasar la vida, veré llegar la muerte...

ENTONCES

Cuando yo muera, Amada, cuando de este
doliente soñador de sueños frágiles
solo quede, flotando en lo celeste,
el ritmo de estos versos leves y ágiles,

En las horas de los atardeceres
sonará en tu memoria adormilada
la canción eternal de mis querer...
y entonces, cruel Amada,

tú que has sido mi fuente de tortura,
tú, mi estrella romántica y distante,
verás cruzar mi fardo de amarguras
sobre la espalda de mi verso errante...

LA CANCIÓN DE LOS TRISTES

Yo soy de los que marchan paso a paso
—enferma el alma, el corazón herido—
y van entre las nieblas del acaso
a las playas brumosas del olvido...

Yo soy de los que van por este mundo
soñando con amores imposibles,
y aspiran, de su ser en lo profundo,
el perfume de rosas intangibles.

De los que sufren sin decirlo a nadie,
de los que aman sin decirlo a Ella,
y pasan por la vida sin que irradie
sobre sus penas un fulgor de estrella.

De los que viven en mentida calma
ocultando la herida dolorosa,
y solo encuentran paz para su alma
bajo los brazos de la cruz piadosa...

Sin una cana en la cabeza altiva
ni una arruga que pliegue la alta frente,
el alma sufre, en su dolor cautiva,
sin que nadie sospeche cuánto siente!

Yo soy de esa legión que va indecisa,
silenciosa, ignorada, que resiste
la pena o el dolor con la sonrisa
yo soy de esa legión que marcha triste...

LA CANCIÓN DEL SILENCIO

¡Oh! Soledad, palacio de las almas,
albergue compasivo de mi pena,
mansión la más suntuosa del Silencio,
¡qué infinita es tu paz y qué serena!

En tu augusto recinto no hay clamores
ni nada turbador en ti presencia:
tan solo bate a tu redor las alas
el ave majestuosa del silencio.

En ti se vive lejos del tumulto,
muy lejos de los hombres y del mal,
como encerrado entre los recios muros,
de un desierto palacio de cristal.

En la dulce quietud de tus olvidos
el alma se adormece sin quebrantos,
sin preocuparla el paso de la Vida
ni el paso de los lobos, que son tantos!

Nos lleva de la mano suavemente
a donde solo se oye al corazón,
y nos dejas adentro, muy adentro
de las selvas de la Meditación...

Yo creo amarte tanto porque siento
en tu apacible laxitud inerte,
esa paz infinita, misteriosa,
esa paz, sin fronteras, de la muerte:

Porque en mi vida, noche interminable,
hay dos astros de luz aún no apagada:
la soledad, mi amiga más querida
y la muerte, mi novia más amada...

LA CANCIÓN FINAL

Será una tarde gris, serena y suave...
El ocaso no lucirá sus galas
y en medio de un silencio inmenso y grave
me arropará la muerte con sus alas...

Y, tal vez, haya lágrimas... Quizás
algún amigo bueno e indulgente
al pensar en no verme ya jamás
llore en silencio, compasivamente.

Pero aquella, la que amargó mi vida
y en la que está mi sueño nebuloso
como una súplica de amor dormida
sobre el dorso de un verso tembloroso,

no empañará sus ojos con el llanto
sin comprender jamás en su bonanza
que por ella tan solo sufrí tanto
la angustia de este amor sin esperanza...

* * *

Tal vez haya una lágrima: la gota
más pura, cristalina y transparente,
que encierre el alma de un amor vehemente,

y esa lágrima trémula y doliente,
sincera perla de melancolía,
diamante gris que brilla amargamente
saldrá de ti ¿no es cierto, madre mía?

TROVA ERRANTE

Canto a María 1ra.

Yo soy un trovador de otras edades,
fugitivo de siglos que han pasado...
¡Majestad: vuestros ojos me han llamado
al fulgor de sus dulces claridades!

Llego ante vos sumiso y tembloroso,
con corazón de sobra para amaros,
y aspiro en este instante venturoso,
al menos, a la gloria de cantaros.

Y a la reja inmortal de vuestro encanto
y ante el foso infranqueable de mi pena,
a vos elevo mi errabundo canto
en esta noche, como vos, serena...

¡Cantar vuestra belleza, Reina hermosa,
cantar a vos, que sois la Poesía!...
Hacerlo es una empresa tan costosa
como adornar con luz un medio día,
como adornar con rosas una rosa...

Mis versos, que a vos llegan de lejanos
países de mi pobre mente oscura,
solo anhelan posarse en vuestras manos
para hallarse de vos aún más cercanos
y deciros, temblando, mi ternura...

Y no importa que luego sean lanzados
al Olvido, esa tumba de las cosas:
recordarán los tiempos ya pasados
allí, entre vuestros dedos perfumados
como rayos de luna entre las rosas.

Y el trovador, errante por la Vida,
en su ruta sombría,
llevará en sus oídos, Reina mía,
la música suavísima y querida
de vuestro dulce nombre de María!

Mañana, al despertar evocaciones,
servirá para honrar vuestros blasones,
el que hayan visto vuestros claros ojos
caer a vuestro pies los corazones
como una lluvia de confettis rojos!

Y el trovador se sentirá dichoso
si al recordar la fiesta que os alegra,
pensáis que entusiasmado y amoroso

llego hasta vos su verso cadencioso
como una larga serpentina negra...

NOCHE DE LUNA

A Virgilio O. Vilomar C.

Esta noche, Señora, estoy borracho;
ebrio de luna y ebrio de mi ensueño,
y en mi embriaguez anhelo ver la muerte
para ver si es la muerte un largo sueño...

Perdonadme, que estoy borracho, y tengo
una manía rara cual ninguna:
deciros con mi tinta espesa y negra
lo que siento a los rayos de esta luna.

Esta noche, Señora, haciendo eses,
del cuerpo y la razón a veces pierdo
el equilibrio, mientras pasan, lentos,
los cuervos lacerantes del recuerdo...
Sí, yo he pensado en vos en esta noche,
pensado mucho porque mucho os quiero,
aunque tenéis ¡qué amargo es aprenderlo!
labios de rosa y corazón de acero...

¡Os quiero todavía, aunque conozco
que vuestros ojos de apacible calma,
por los negros, son solo comparables
al negro abismo que lleváis por alma!

¡Perdonadme! Señora, estoy borracho,
comprendo que mi pena a vos alegra,
y por eso, dejad que yo os la diga
con mi pluma y mi tinta, espesa y negra....

Dejadme así, perdido en vuestro olvido,
ebrio de la luna y ebrio en mi ensueño,
esperando los brazos de la muerte
para ver si es la muerte un largo sueño.

SENDA GRIS...

Su frente es un camino entristecido
que cruzan pensamientos enlutados...
junto a los caminantes desolados,
la arboleda del pelo encanecido.

Se nota que es su frente de vencido
uno de esos caminos transitados
por tristes pensamientos deportados
a la Siberia interna del Olvido...

Por esa senda huyó cuando él amaba
desde cuando los cándidos anhelos
se le escaparon en lejanas fugas;

y cuando el carro del dolor pasaba,
grabó sus hondos surcos paralelos
en la callada hiel de sus arrugas...

PARA UNA AUSENTE

Inolvidable ausente: ¿será eterna esta espera?...
Al irte, un melancólico pensamiento me ha herido
como si al alejarte para otras playas, viera
mi tesoro de ensueños para siempre perdido.

Aunque sé con certeza que nunca me has amado,
no sé qué lacerante y tenaz presentimiento
me dice que otro anhelo florecerá a tu lado,
y a otra fuente —¡quién sabe!— se irá tu amor sediento...

Recorrerá los ámbitos de tu alma florecida
el repicar que lanzan de la Alegría los bronces...
mas ¿quién podrá en el mundo ni quién podrá en la Vida
quererte —¡así tan hondo!— como te amaba entonces?

Y mientras las clementes neblinas del olvido
en tu memoria frágil sus clámides desatan,
quiero que nunca sepas, como yo lo he sabido,
que hay amores que mueren, y hay amores que matan!

NIRVANA

Como tras el follaje de una palma
brilla una estrella, alumbras todavía
los pálidos crepúsculos de mi alma
¡pobre Esperanza mía!

La fuente aquella del amor lejano
no dice, como entonces, sus canciones,
y es que su canto ahora es un arcano
sollozar de ilusiones.

Y encierra ese cantar tristeza tanta
que no sabrías, Esperanza, ahora,
si es que llorando canta
o es que cantando llora.

Y cuando llegues, Esperanza cruenta,
si ves que el pobre corazón no arde,
es que has venido demasiado lenta,
es que has llegado demasiado tarde...

LA MISTERIOSA PREGUNTA

¿Qué ráfaga de abril, qué soplo errante
llevará a tu memoria candorosa
la triste, la doliente, la insinuante
pregunta misteriosa?

¿Quién osará, sabiendo tu ventura,
de esa pregunta que forjó el Olvido,
toda su acre y recóndita amargura
derramarla en tu oído?

¿Seré yo, que la rápida corriente
de tu memoria en mi bajel remonto,
a decirte al oído quedamente:
me olvidaste tan pronto?

CANCIÓN DE OTOÑO

I

Hoja mustia que te deslizas lenta
sobre la cinta gris de los senderos:
tienes la palidez amarillenta
con que brillan temblando los luceros!

Eres noble en tu trágico destino:
crujes cuando te pisan los viajeros
y en venganza...le alfombras el camino.

II

Hojas de mi esperanza, desprendidas
cuando el herido amor desfalleciente
sangraba por las rútilas heridas:
¿dónde os llevó ráfaga inclemente?

¡Quizás crujisteis, —fiel legión vencida—
bajo la planta amada e inconsciente
de la mujer que os marchitó la vida!

ANOCHÉ TU RECUERDO ME ACARICIÓ LA FRENTE...

¡Qué triste estuve anoche!... Mis penas, tan contiguas
las unas de las otras, revolaban sin treguas
en torno de mis hoscas pesadumbres antiguas...

Su vuelo monorrítmico —devorador de leguas—
se gasta haciendo círculos en torno de la bruma
que circuye las torres hieráticas y ambiguas
del dolor que me asedia, del penar que me abruma,
de mis hondas y hoscas pesadumbres antiguas...

Y siempre el mismo círculo... Nunca las marchas rectas
que crucen el lejano perfil del horizonte:
¡ver las alas que rondan a las torres erectas,
perderse allá, a lo lejos, al trasponer el monte!

¡Qué triste estuve anoche!... El alma estaba inquieta,
el Olvido nevaba y ella sentía frío;
el alma estaba como una enferma violeta
en un rincón de sombras del pensamiento mío...

Alguien llamó a las puertas del corazón cerrado;
el alma, temblorosa, marchó y abrió las puertas
sin preguntar siquiera qué mano había tocado,
y las dejó en espera, ¡de par en par abiertas!

¡Y entró a mi corazón tu recuerdo querido!
Vi su túnica blanca, su mano transparente,
que ha salvado distancias, que ha burlado el Olvido,
y que anoche en silencio me acarició la frente!

Y hubo un torvo aleteo de angustias en derrota,
el ambiente inundóse de suave transparencia,
y vi un ala de cuervo: la pena de la ausencia,
y el goce del recuerdo: un ala de gaviota...

LA CITA

A don Pablo Roig

I

¡Y no acudió a la cita la inconstante!
Tras la angustia de aquella espera larga,
se aferró para siempre a su semblante
una expresión irónica y amarga.

Jamás volvió a reír... Cargó su mente
con la exquisita y dolorosa carga
de esperar a la amada eternamente.

II

Y cuentan que al morir, su adusta cara,
al internarse en el Camino Horrendo,
se hizo risueña, como si avanzara
más allá de la vida... sonriendo

Y esa sonrisa suave e infinita,
se la trajo la muerte, novia eterna
que nunca falta a la suprema cita!

FLORESTRELLA

En el cielo nocturno, cual diamantes,
esta noche has de ver,
trémulas otra vez y rutilantes,
las estrellas de ayer.

Hiere al rosal el vendaval furioso,
y al otro amanecer
lo sorprendes —fragante y primoroso—
volviendo a florecer!

Flor y estrella en un diálogo increíble,
eso fue aquel amor:
fue estrella por lo alto y lo imposible,
por lo frágil, fue flor!

Jamás verás aquella estrella triste
ni aquella flor fatal,
porque ensueño que tan hondo heriste
jamás renacerá...

PIEDRAS PRECIOSAS

A Luis Rodríguez

Para llenar en su total cabida,
este fardo que curva mis espaldas,
me dieron en la vida
la hiel de tus maldades, esmeraldas
y rubíes, la sangre de mi herida!

¡Qué dolorosa dicha tan amarga,
qué exquisita esta pena tan querida,
de llevar en mis hombros esta carga
para toda la vida!

No me quieras jamás... Piedras preciosas
como éstas me da miedo de perderlas:
tu desamor, por artes misteriosas,
sabr  hacer de las lágrimas mis perlas.

Y déjame llevar mis esmeraldas,
las quiero mucho... y me siento fuerte
de llevarlas también a mis espaldas
para toda la muerte!

A MIGUEL DE FAGUERE

Haz como yo... tu espíritu, buen hermano del mío,
acaso y sin acaso del mismo mal padece:
un poco de tristeza y otros poco de hastío,
tras un amor que nace, otra pena que crece...

Las penas que t  llevas, iguales a las mías,
se hacen más apacibles si van en uno mismo,
adormecidas bajo los pliegues de las frías
banderas incoloras del indiferentismo...

Haz que tu franco espíritu despliegue esas banderas;
int rnate en tus nobles tristezas compañeras,
la vida es cruel y amarga ¡y qué vamos a hacer!

Verás, cuando tu espíritu esa enseña tremole,
que un silencio macizo despe ar  su mole
sobre el terco recuerdo de ese amor de mujer...

A SU BELLA MAJESTAD LETICIA

Reina de los Juegos Florales Nacionales de 1919.

No tiene encantos el sentido verso
que aquí mi temblorosa voz levanta;
haber servido de peldaño terso
más que por leño para el crudo frío,
para subir al trono vuestra planta,
es la gracia mayor del verso mío!

Sólo por el encanto luminoso
que, sin quererlo, da los ojos vuestros,
alumbrando con suave y dulce tono
la negrura de los pesares nuestros
sólo por eso... merecéis un trono!

Vos lleváis dos estrellas en el rostro,
lo vengo a proclamar en vuestra corte:
dos estrellas brillantes,
no de una gran constelación distante,
no de una gran constelación del norte;
son mejor las estrellas antillanas
que brillan como hermanas
de Cuba y Puerto Rico en las banderas!

No son lejanas, Soberana mía,
las estrellas divinas de esos ojos
que mi alma venera:
no en vano en los azules y los rojos
de nuestro escudo nacional, impera
la santa cruz del sur en la bandera!

Ahora, por vuestro oído
dejad llegar a vuestro corazón
el patriota gemir de mi canción.

Y luego que mi voz se haya apagado
creeré que sois la patria que he querido,

y diré para mí, entusiasmado:
ella misma, temblando me ha escuchado;
su mismo corazón he conmovido!

REZO PROFANO

En la Catedral

Como un rayo de sol llegaste sonriente
y parece que sólo en tu loor,
maravillosamente, maravillosamente,
se encendieron los cirios y mi amor...

Eras más que una virgen, ¡oh mística Elegida!
eras, ante los ojos de mi fe,
una blanca oración que de blanco vestida
de paso para el cielo al templo fue...

¡Me inspiras un penoso querer!... Y vierto lloro
porque nunca podré elevarme a ti:
tus cabellos de plata, tu corazón de oro,
serán inaccesibles para mí!

¡Es la vía muy corta; pero la muerte es larga!
si en mi vida no cabe tanto amor,
más allá de la vida viajaré con mi carga:
¡será eterno el dulcísimo dolor!

Que este amor lo fecunda la humedad de mi llanto,
que este amor calla sin saber por qué:
que por ti sufro mucho; que yo te quiero tanto:
¿Lo sabes? ¿Lo sabrás alguna vez?

EN EL HOSPITAL

A Julio B. de Windt

Se escucha una doliente, interminable nota.
El llanto está afinando sus trémulos violines.
Olor de ácido fénico en el ambiente flota
cual fatídico aliento de siniestros jardines.

En el largo salón, de espantosa blancura,
hay rostros acechantes que atisban el dolor,
miradas que interrogan con febril amargura
a la despreocupada mirada del doctor.

Hay caras resignadas, hay frentes pensativas,
pupilas que se nublan en medio de lamentos,
y miradas de espanto y miradas furtivas
que observan los piadosos y crueles instrumentos.

Cada herida es la boca de un callado tormento,
una elocuente boca es cada abierta herida,
que se llena de hastío y que cada momento
—soñolienta de muerte— bosteza ante la vida...

Entra al jardín siniestro, como una mariposa,
la suave y dulce hermana... Y así como las brisas
abatén las espigas con su mano amorosa,
todos los labios cúrvanse a un soplo de sonrisas!

Y la piadosa Hermana de Caridad recorre
todo el jardín siniestro, como una mariposa...
y su túnica blanca —la Pureza en su torre—
va de herida en herida como de rosa en rosa...

¡Alma de caridad, dulce y piadosa Hermana
que cultivas consuelos y tormentos arrancas:
ven, mírate en la charca de la desgracia humana,
que hasta el mismo pantano copia tus alas blancas!

Buen Dios, Señor clemente, ánfora de cariño:
sobre el cárdeno huerto de mis crueles heridas,
mi blanca mariposa, mi esperada de armiño,
¿cuándo sus alas tenues agitará extendidas?

¿Cuándo, sobre el pantano que en mí cavó la vida
y que la vida sigue con avidéz ahondando,
la mariposa frágil, la dulce apetecida,
copiará con ternura sus alas blancas, cuándo?

MADRE

A España

Francisco Villaespesa:
no hubo en mi canto nunca una esperanza
ni fue una espada de cortante filo
mi verso, siempre pálido y tranquilo...

Pero un día tornóse el verso austero,
tuvo gestos de audaces estocadas...
y es que hay versos que son como de acero
y brillan y amenazan como espadas!

Tras angustiosos días de amargura
de cantar hube en sentimiento bello;
si mi estrofa fue dura...
¿qué culpa tuve en ello?

Pero ahora en este instante,
Francisco Villaespesa,
quiero como homenaje a tu grandeza,
que sea mi verso un corazón que cante!

Peregrino que vienes desde España:
perdona mi locura,

que para hablarte desde igual altura
habría de escalar a una montaña!

Dile a la Madre Santa, tristemente,
que del león las varoniles huellas
ya no se ven, porque cayó sobre ellas,
inesperadamente,
una lluvia de estrellas...

¡Qué honor para tu patria, Villaespesa,
noble patria que es patria de la mía!
qué grandeza es igual a su grandeza,
qué gloria con la suya compararla,
si la huella bravía
del viejo León de la melena rubia
preciso fue —al pretender borrarla—
de prepotentes astros una lluvia...

Dile a la Madre Buena
que su hija, la plácida Hispaniola,
desfallece de pena,
que está muy triste porque está muy sola;
que el pabellón, al agitarlo el viento,
se mueve con un triste no sé qué
y es pañuelo sangriento
que dice adiós a algo que se fue...

¡Ah! y también le dices,
que has visto sus recientes cicatrices;
que sus angustias son muy negras y muy largas;
que su faz no levanta
por no mostrar sus lágrimas amargas;
que hay un grito de ¡Madre! en su garganta;
que hay en su boca un beso
y en el beso muchísima tristeza;
le dices todo eso,
Francisco Villaespesa.

ABANDONADA

Abandonada florecilla mustia
de un libro entre las páginas cautiva:
¿eres tal vez la sombra pensativa
de un pobre amor que se murió de angustia?

¡Suave mano de seda
cuidaba ayer tu cáliz entreabierto,
y ahora...eres todo cuanto queda
de un romántico amor que ya está muerto!

¿Tus pétalos quemó un suspiro ardiente?
¿qué misterio en tu cáliz hay oculto?
¿eres recuerdo de un querer doliente
o eres fantasma de un amor sepulto?...

CANCIÓN DE AUSENCIA

Tristeza: de brumas las almas revistes,
la vida encresponas de luto profundo,
rosales de ensueño con tus manos podas...
¡Qué tristes, qué tristes
son todas las cosas! ¡Qué tristes son todas
las cosas del mundo!

Tristeza: tus penas son muy exquisitas,
perfumas la vida de aromas ambiguos,
las almas deshojas, las almas marchitas
como abandonados pétalos antiguos...

Tú eres el jardín de muchos dolores...
Me evocas nostalgias si contemplo un vuelo,
eres dulce pena en llanto de amores
y en la lluvia, llanto que solloza el cielo...

Ella, en los suspiros, su nostalgia enreda,
gime en las errantes quejas de violines
y a veces solloza —solloza muy queda—
entre las penumbras de oscuros jardines...

¡Está en todas partes! En los corazones
de oscuros poetas, afianza su nido,
y al oír las gentes las tristes canciones
del bardo que canta su pena y su olvido,
no saben, no saben que lo que se escucha
no es la voz del bardo que sale a su encuentro:
¡es la mucha ausencia, es la angustia mucha,
es tu voz, tristeza, sollozando adentro!

Cuando el amor nace, ella lo encadena;
entonces, la pena de amar es mayor...
pero se hace dulce la exquisita pena,
¡fecunda con lágrimas rosales de amor!

En las despedidas, su presencia llena
de cruda nostalgia los pechos humanos,
y es cada pañuelo bandera de ausencia, bandera de pena
pedazo del alma que tiembla en las manos!

¡A veces se marcha! Cruza el gris sendero,
vuela en lo celeste... pero de momento,
como golondrina que vuelve al alero,
la Tristeza vuelve con su vuelo lento...
Triste compañera del amor que siento por mi amada ausente:
triste golondrina, reina de mi alero:
dila todo, todo lo que mi alma siente,
dila, dila todo lo que yo la quiero!

RETRATOS GROTESCOS

(Benito Procopio Mendoza)

Tu rostro de buen fauno es nido de sonrisas
ingenuas, transparentes, joviales y desnudas
y fingen en tu faz sus contracciones mudas
la simétrica tela de una araña de risas.

Cazador de humorismo, no respetas divisas.
Un genial geometrismo hace suaves tus rudas
zarpas críticas cuando —como un sátiro— sudas
corriendo tras las vírgenes lineaturas concisas.

Tu porte es tan sumiso, tan manso, tan proscópico,
que la intención maligna de tu ojo periscópico
acecha sin que nadie la advierta en tus miradas;

Y mi asombro te sigue como sombra a ti unida
porque sé que conoces muy a fondo la vida
y, sin embargo, ríes, ríes a carcajadas...

LA SERENATA

A Pedro Echavarría Lazala

Sobre el claro silencio no desata
la brisa ni rumores ni querellas;
la Noche finge ser, bajo la Luna,
una rosa de plata
con rocío de estrellas...

De pronto algo despierta,
algo balbucea una honda melodía
frente a una vieja puerta
o al pie de una romántica ventana
donde el amor suplica noche y día...

Y el alma de tu Flauta soñadora
—sonámbula sublime— se levanta
como una dulce súplica que llora
o una pena recóndita que canta!

CARNAVAL GROTESCO

(Apunte del natural)

¡Polichinela baila, Polichinela canta!..
en el intenso vórtice de su placer olvida
hasta el dogal innoble que oprime su garganta,
hasta el odio que siente por quien manchó su vida!

De pronto, de las sombras, cual fantasmas inciertos,
surgen ecos que historian confusos episodios:
es la voz del Pasado, es la voz de los muertos
diciendo: “¡hijos, sean benditos vuestros odios!”

Polichinela oyó... Sus tercas manos crispa;
ve gastarse la llama de su vida... y, ufano,
gime: “al soplo de mi odio, con la última chispa,
¡qué incendio pavoroso provocará mi mano!

Deslizándose a tientas, como una madre ciega
la República avanza... La sombra de un dolor
parece... Con voz dulce murmura cuando llega:
“HIJOS MÍOS, ¿EN DÓNDE, EN DÓNDE ESTÁ MI HONOR?”

Polichinela oyó... y en su flaca mejilla
desde entonces una lágrima terriblemente brilla...

LA SILLA VACÍA

“¡Oh! si pudiera
matando mi vida librarme de ti”

Me duele la elocuencia de tu silla vacía,
y entre la muchedumbre se pierde la mirada
buscándote con ansia, oh! pálida Esperada
por quien mi pena es mansa y es dulce mi agonía.

Sé que no llegarás y, sin embargo, cada
noche aguardo en silencio... Tal vez es que algún día
sueña verse mi alma —por tu amor perdonada—
apagando los cirios de su melancolía...

Qué tortura tan honda, qué suplicio tan brusco
al mirar muchas caras sin ver la que yo busco,
aquella ante la cual mi angustia moriría...
Mi corazón, vacío, por tu nostalgia opreso
es un nido volcado, Dulce Ausente, y por eso
me duele la elocuencia de tu silla vacía.

JUERGA PATRICIA

(Apunte del natural)

Harapienta y cansada, con la honda tristeza
de quien ríe y oculta sonriendo su miseria,
temblorosos los miembros, vencida la cabeza,
la Triste Huerfanita va a la Cínica Feria.

Y su voz, desgastada, débil, enronquecida,
a veces misteriosa, a veces plañidera
como queja doliente en la noche perdida,
flota sobre el suburbio como negra bandera
de maldición...

Las gentes forman grupos nutridos
en torno a la danzante; y cuando ya no quedan
ni alientos en su pecho ni en su boca gemidos,
monedas de oro y cobre sobre el platillo ruedan...
Y esos que así te pagan mientras sus ojos fijos
están en tus piruetas, oh! Madre, son tus hijos!

SONATA DE BEETHOVEN

En angustiada calma,
todos, desde el más viejo hasta el más joven,
escuchan los bohemios con el alma
la lívida Sonata de Beethoven.

El violín con su lánguido gemido
sólo nostalgias canta:
parece que un sollozo contenido
le oprime la ternísima garganta.

El piano, como enfermo que aguardara
la muerte de momento,
esfuma —ya sin fuerzas— su lamento,
como si entre las notas gemidoras
de sus pulmones tísicos brotara
un vómito de lágrimas sonoras...

Los rostros están tristes, demacrados;
desde el viejo hasta el joven
suspiran anhelantes, casi ahogados:
náufragos de tu música, Beethoven!

Y las almas, en la solemne hora,
vislumbran en las sombras el ansiado
sitio de salvamento... ¡Salvadora
playa del Gran Silencio sosegado!

¡Y han llegado al Silencio, han llegado!
Curvan las almas ráfagas inquietas.
Ni el piano tose ni el violín solloza...
Y el humo de un cigarro hace piruetas
como un rasgo trazado por Mendoza!

SINFONÍA GÓTICA

Lluvia de Noviembre, menuda, callada,
que el alma entumeces y empañas los días:
¿por qué en mi tranquila ventana entornada
prendes con ternura tus melancolías?

¡Amada!: mañana, cuando nuestras vidas
se fundan cual lágrimas de un mismo rosal,
dulcemente amantes, tibiamente unidas,
¡con cuánta ternura veremos cayendo la lluvia espectral,
la lluvia menuda que lloran, callados,
los tristes noviembres!...

Con dulces cuidados,
tus manos amadas y las manos mías
se unirán sedientas de mutuas ternezas,
y entonces, Amada, no estarán tan frías
mis manos que sueñan gozar en las tuyas amables tibiezas!

Y hasta de mis pálidos
labios torturados que gimen opresos
bajo la nostalgia de tus labios cálidos,
volará la angustia de esta larga y fría orfandad de besos...

Entonces, Amada, la lluvia curiosa, por ver lo que dices
sus gotas menudas pondrá en los cristales,
¡nos verá dichosos, nos verá felices!
y luego, contenta, rodará formando trazos verticales.

Correrán los años, y la lluvia un día,
 desde los cristales de la gris ventana,
 verá un cuadro triste: la casa vacía
 y un soplo de ausencia eterna y lejana!

Y entonces, la lluvia que cae silenciosa
 los tristes Noviembre, si anhela, curiosa,
 de nuevo encontrarnos, le será preciso quedarse en el cielo
 tenue y vaporosa
 para hallarte a ti;
 o bajar como antes, filtrarse en el suelo,
 y hundirse muy hondo para hallarme a mí...

CANTO A LA RESTAURACIÓN

Amor eterno de la patria mía:
 inflama con tu fuego sacrosanto
 la sangre de mis venas;
 una orgía
 de llamas inmortales
 como un penacho pon sobre mi canto,
 para que al avanzar sus recios sonos
 por la azul transparencia,
 llegue a los corazones
 con triunfal bizarría
 y toque a la conciencia
 de tus huérfanos hijos, Patria mía!

¡Patrio amor: úngeme las toscas sienas!
 Recorro al gran poder que siempre tienes
 para que tú mi rudo pecho ensanches
 y griten mis pulmones
 una marcha triunfal a los leones
 de aquel Francisco del Rosario Sánchez!
 Cantar a la tragedia del Cercado
 y a su fecha ejemplaria

es ahora en mitad de nuestro duelo,
de nuestras almas: la mejor plegaria,
de nuestra sangre: el más cruel flagelo!
que aquel horrendo crimen resonante
selló la sangre con su lacre rojo!
Afirmaron de entonces las conciencias
sus fecundas creencias:
que nada hay que tus lábaros destruya,
que la más cruel de todas las ausencias,
Libertad, es la tuya...
¡Pero!... ¿por qué mi verso
ha de cantar las glorias del pasado,
hoy que el Destino las oculta, adverso,
con un velo enlutado?
¡Poetas de Quisqueya! Hermanos míos,
cantad a la futura
Restauración ansiada del mañana:
empapaos de amargura
en la cruenta desolación cercana,
y así, la pluma audaz será una tea
derrotadora de la sombra intrusa
con la luz de la idea.
No a la de ayer, Restauración bendita
que arrebató una recia mano insana:
cantemos a la eterna del mañana
que, más que la de ayer, la necesita!
Y tú, mi patria, espera!
La mano que te oprime,
esa mano que en tu garganta frágil
finge como una garra de pantera,
por lo felina, ágil,
por lo afilada, fiera:
esa mano inconsciente que te oprime
y así te martiriza mientras gime
tu adolorido pecho: esa mano
te martiriza tanto, pobre Patria,
porque no ha visto en su dichosa vida
su libertad perdida,
porque nunca ha sentido el cuello opreso...

Dolor de ver su libertad herida,
ella, ¿qué sabe de eso?...
¡Acaso más piadosa y noble fuera
si tu mismo dolor sentido hubiera!
Dejad rodar los años,
Patria. Tus hijos no te olvidan.
En su cerebro torturado anidan
pensamientos que viven como huraños
cóndores en exilio;
si para restaurarte
necesitaron darte
su sangre... ellos han perdido mucha
¡tal vez inútilmente!
pero en sus venas todavía rueda
el rojizo licor... y es suficiente
el resto que les queda.
Tú no puedes morir, Patria oprimida:
si alguien matarte quiere,
pretende, en su ambición enloquecida,
matar... lo que no muere!
¡Las Patrias viven siempre! Si sufrimos
es sólo por dolor de tus dolores,
el dolor de saber que aquí vivimos
impotentes ahora...
y anhelamos un resplandor de aurora,
y queremos que de sufrir acabes:
¡las Patrias viven siempre, son eternas!
¡Polonia, tú lo sabes!
Queden en paz las glorias de los muertos...
no las cantéis ahora,
que no es bello cantar grandeza tanta,
cuando la libertad acaso llora
eso mismo que vuestro verso canta...
Cantemos a las glorias del mañana,
cuando sobre libérrimas cabezas,
la bandera en la altura,
en un triunfar clamor de marsellesas,
surja, la noble y santa
Restauración futura.

LA ELEGÍA DE LAS MANOS

A Rafael Emilio Sanabria

¡Oh! manos maternas de mi ternuras llenas,
tan dulcemente mansas y suaves y serenas...

En turbias horas hoscas de males y fatigas
las manos de mi madre —mis mejores amigas—
se posan silenciosas en mi absorta cabeza
y huye toda congoja y huye toda tristeza
y quedo en paz entonces, consolado y sonriente,
como si me dejaran un perfume en la frente...

.....

Manos de novias trémulas que vibran de emoción
como si cada mano tuviera un corazón;
manos que al despedirnos cubren su desconsuelo
escondido una lágrima o agitando un pañuelo;
manos místicas que hacen, con el mismo fervor,
una cruz en la frente o una carta de amor...

Y aquellas, hacendosas, las de la buena hermana
que cuidan de la casa con devoción temprana;
las que en el pobre hogar sufren la vida seria
y de limpieza cándida disfrazan la miseria,
y que, tras los quehaceres, sin formar una queja,
con instinto económico cosen la ropa vieja.

Y aquellas manos, mártires de heroicidad austera,
que nos hicieron trágicas, la primera bandera!

(¡Oh manos femeninas, oh! manos bendecidas:
tras emboscadas torvas sabréis vendar heridas
mañana, cuando no quiera estar crucificado
para volver a ser, el pabellón, cruzado!)

.....

Manos de madres santas, manos de novias puras,
manos suaves de hermanas, ánforas de ternuras,
¿cuáles entre vosotras, al fin de mis martirios,
me cerrarán los ojos y encenderán mis cirios?

LAURELES

De los lejanos trazos del camino
le vio la multitud un día.
La vida le embriagaba como un vino
y siempre sonreía.

El amor y la gloria lo besaron
sobre la frente irónica y bravía;
gloria y amor le abandonaron
y el hombre sonreía!

El dolor le clavó su fiero diente
en la mitad del corazón un día,
y siempre, siempre, sosegadamente,
el hombre sonreía!

Por feliz, se hizo célebre su nombre.
Siguió su marcha lenta
del camino por los lejanos trazos...
¡y nadie se dio cuenta
ni nunca supo nadie que aquel hombre
llevaba el corazón hecho pedazos!....

VATICINIO

Con el pecho y las manos y los codos
se abrió paso entre todos;

dejó su surco en la densa muchedumbre
que se apartaba ante la intensa lumbre
de sus ojos de pálido vidente
e, irguiéndose en la proa del presente,
deshojó sobre el viento
la corona de ensueño
que ceñía su manso pensamiento,
y en el ambiente cálido,
con misterioso empeño,
vibró el canto de aquel poeta pálido:

América inmortal: en un segundo,
en la tarde lejana de un Otoño,
de la corteza secular del mundo
naciste sin dolor, como un retoño.

Tus playas áureas y tu raza triste,
con su alma ingenua y su desnuda gracia,
se encontraron a solas
con los grandes bohemios de la audacia
mientras, ebrios de gloria,
daban tumbos grotescos en las olas
los mástiles más altos de la Historia.

Y al arriar las fatigadas velas,
para que entre las rocas
las bravas carabelas
no se hicieran astillas,
le diste aguas serenas
y avanzaste, dormidas, entre arenas,
como gradas de oro, las Antillas.

Ya la noche cerrada.
En las pálidas costas, el marfil
de tus arenas núbiles temblaba
con los espasmos de violada virgen.
¡América infantil!

Soñabas con la noche de tus nupcias...
Para la sien del novio peregrino
ha tiempo que tejías las coronas
y, en tu empeño romántico,
ya le insinuabas el azul camino
cuando, con tu Amazonas,
nutrías el Atlántico...

...Luego la historia reclamó tu suelo.
El misticismo de la fe cristiana
al Sol le discutió el azul del cielo:
el espacio llenóse de tropeles
y sonaron entonces
los hierros y los bronces
y el recio galopar de los corceles
desbridados de los conquistadores.

Las estrellas han visto
cómo, en tu entraña, recibías a Cristo:
era un bello prodigio
ver como el arcabuz
detonado en las sombras de la noche,
iluminaba un santo y una cruz!

Tu suelo pródigo acogió a los hombres
del mundo entero. Hacia ti vinieron
nobles, guerreros, santos,
monjes que amortajaste en sus sayones
e ignorados y mártires murieron,
y piratas sajones
que de sangre tiñeron
tus hondos ríos y tus mares vastas.

Y el destino, como por un resorte,
a un golpe de su omnímoda segur,
apartó las dos castas:
los hijos de Caín fueron al Norte
y los de Abel al Sur...

...Y por que fuiste generosa y buena,
cuando necesitaste
disipar la honda pena
de aquel llanto en la esclavitud vertido,
el Dios que todo rige y todo mueve
hacia tus Andes dirigió su planta
y descendió para atenuar tu acíbar,
no echó plumas de nieve
en la Paloma Santa,
sino echó espadas en Simón Bolívar!

Aquel día te ves esclava y fuerte;
se hincha tu pecho de ansiedad extraña;
ruges, terrible, como fiera en celo
y se cansa de dar tu noble entraña
tierras a Iberia y almas para el cielo.

Miras en torno: tiemblas de coraje
y, antes de que tu alma se desfibre,
del estrecho y oscuro coloniaje
surges radiante, ensangrentada y libre...
América Latina:
tu historia no está escrita.
Tu pretérito oscuro
y tu presente pálido
son apenas compases de un preludio.
En el ambiente cálido,
mientras en tiempo tu esplendor desata,
les oponen las ráfagas latinas
al oro bárbaro del Hudson rubio
las ondas argentinas
del Río de la Plata.

Tus vastos horizontes
dejan de ser oscuros;
tus Andes no son ya los senos duros
de la virgen de ayer
enamorada del fugaz destello
que vio en la oscuridad;

tus Andes portentosos
son el arco de triunfo, santo y bello
de la maternidad;
bajo ellos, noble y puro,
hijo de Dios y de la Libertad,
palpita el feto enorme del futuro...

¡Mañana, madre América,
tú, la hija más joven del destino,
irás sobre la bruma de los siglos
como va el Amazonas
sobre la faz del Continente Andino,
y las viejas matronas
del mundo y de la historia,
una fresca mañana
proclamarán el triunfo
de tu alma americana,
tu sangre iberia y tu perfil latino!

Y se apagó la voz de aquel poeta.
Rehizo con empeño
la corona de ensueño
que ceñía sus sienas de profeta
perfumando su manso pensamiento.
Puso un beso en sus labios, el silencio.

La multitud le vio alejarse, lento,
y mientras a lo lejos
su gigante silueta se perdía
de la tarde a los últimos reflejos,
en los cielos —como una luz divina—
se insinuaba la augusta profecía...

MARÍA CRISTINA

A María Cristina García Godoy

Recuerdo que una noche de cordial alegría
yo escuchaba de cerca su charla amena y fina,
y absorto ante los ojos de esta María Cristina
yo no me daba cuenta de lo que me decía!

Si la ágil Diana viera la sutil armonía
con que su alado pie se desliza y se empina
dejando perfumada la senda en que camina,
la diosa cazadora de envidia moriría.

Cruzaría las selvas desconsoladamente;
una pálida angustia cantaría en su frente
la muerta gloria olímpica de paganos despojos,

Y huiría por frondas llevando, como loca,
una canción de risas llorándole en la boca
y una canción de lágrimas temblándole en los ojos...

CANTO AL AMOR

Amor, gloria del alma, luz divina,
pastor de mansas penas y tormentos,
música de una lira peregrina
que va esparciendo cándidos acentos
sobre el dolor errante de la vida;
Amor, nido de glorias, almo sol
que dejas encendida
la luz de una esperanza en cada herida
y perfumas el mal como una flor:
en el regazo de tus sombras pías,
al tierno soplo de tu suave aliento,

cantan las penas mías
como cantan los pinos bajo el viento...

Naciste una mañana ingenua y pura,
y del seno profundo
de la densa espesura,
como un canto esperado,
irrumpió el infantil y ya olvidado
primer beso del mundo.
Bastó que se insinuaran
las flechas tras tus alas de paloma
para que, bajo tu arco, se inclinaran
la sabia Grecia y la imponente Roma.
Bello y efímero, como una rosa,
dabas campo a tu cita
en la carne de Venus voluptuosa,
en los gloriosos labios de Afrodita.

Mas cuando el buen Jesús hubo plantado
ya sus místicas palmas,
el Amor, como un pájaro asustado,
voló desde la carne hasta las almas.
Las coronas de pámpanos cayeron
de las sienes paganas,
las místicas aureolas se encendieron
en las frentes cristianas,
y huyendo a la selvática maraña
los sátiros, los faunos y las ninfas,
en el misterio azul de la montaña
formaron con su llanto claras linfas...
Transformó el Cristianismo
tu faz sensual, y tu placer desnudo,
y tu avidez de vino,
alcanzando ese trémulo idealismo
que solo aquel divino
y pagano Platón soñarlo pudo.
Hecho rosa de paz en los eriales
la humanidad te ha visto,
y hecho dulzura en el mirar de Cristo.

Y siendo blanda venda en toda herida
vas marcando tu huella milagrosa
con rosas de pasión sobre la vida
y rosas de piedad sobre la fosa...
Prisionero en tu red leve y florida,
del implacable hastío me distancio,
porque tú eres la fuente bendecida
que esparce, en gotas del iris, el cansancio
caprichoso y eterno de la vida.
Al hombre tosco en tu fervor inicias
y sus manos unguadas y callosas
muestran, en Primavera prodigiosas,
los dedos florecidos de caricias.
¡Qué ansias más profundas y encendidas,
qué divino temor nos estremece
cuando, bajo el ardor de tus heridas,
el alma, ciega enferma, convalece!...

Y cuando, como un bien dulce y penoso,
llenas de fe y de mística bondad
el rostro silencioso
del sufrimiento, y das tu claridad
—como una luna de enfermizo disco
y adormecida lumbre—
a la honda mansedumbre
del Hermano Francisco,
tienes la blanca majestad serena
de la más alta cumbre,
de la más dulce pena!

Y fue Jesús, el Pálido, el Bueno,
el divino Rabí,
el dulce Nazareno,
quien enseñó el dolor de amar así.
Ved con cuánta humildad y qué inocente
aquel manso Jesús,
muere de amor sobre la absorta cruz...

Tú, pálido Jesús, que agonizante
de amor y de dolor verter pudiste,
la gracia de tu plácido semblante
sobre la tierra triste,
haz que este amor que tú nos enseñaste
—cuando sobre la tierra entumecida
como un perfume rápido cruzaste—
siga siendo la esencia de la vida,
sol de la media noche del olvido,
paloma de alas blancas y benditas,
calor materno en el oscuro nido,
risa en las bocas viejas y marchitas,
linfa de paz para el sediento afán,
tesoro y dulce bien de los felices,
consuelo del hogar sin luz ni pan,
grabador de adorables cicatrices,
aliento de los sueños fatigados,
música ingenua de inocentes ecos,
trino en los corazones angustiados
y llanto bajo párpados ya secos!
¡Amor! sigue al poeta que te canta
hasta el linde inquietante de la vida;
cubre en rosas la espina que en su planta,
dibujará una herida,
y hazle dulce el morir para que, fuerte,
pueda soñar —en plácidos acuerdos
con la callada Muerte—
bajo un denso follaje de recuerdos...

ESTAMPA DE CARNAVAL

A Su Majestad Americana Franco.

Han sonado las gárrulas trompetas
de recio aliento y rígido metal,

y entre mendigos, reyes y poetas
pasa Su Majestad el Carnaval.

La risa ofrenda su alma cristalina;
pero yo solo tengo para él
una trémula y ágil serpentina
y un viejo cascabel.

Al paso de la Reina
humillo, emocionado de ventura,
esta cabeza que jamás se peina:
lo más altivo que hay en mi figura.

Cuando pase la ráfaga divina
quedarán de las risas y el Clicquot
nostalgias en la faz de Colombina
y angustias en el alma de Pierrot.

Y yo me quedaré en cualquier esquina
con mi cítara rota de emoción:
que era mi verso aquella serpentina
y el viejo cascabel mi corazón!

SÍNTESIS

Ser el protagonista de una absurda comedia.
Asistir a la oscura, la espantosa tragedia

de este insustancial y burdo agotamiento.
Agobiarse de ensueño, de ansia y de tormento,

y llevar en los labios el sollozo hecho canto
y llevar en los ojos el amor hecho llanto.

Lanzar hacia los astros un grito de estupor.
(¿Qué importa a las distantes estrellas mi dolor?)

Y un día descubrir, abatida la frente,
que ya solo me resta morir inútilmente.

Y luego comprender, para aumentar mi daño,
que hasta el verso de hoy y mi actual pesimismo,
que todo esto es póstumo, ilógico y extraño,
porque ha tiempo que ha muerto lo mejor de sí mismo...

¿A qué lanzar a lo Alto mi grito aterrador?
¿Qué importa a las serenas estrellas mi dolor?

PASA, SOBRE EL MAR, LA NOCHE...

Sobre el yerto horizonte de la tarde tranquila
un lucero se enciende:
la noche trae a proa un lucero prendido.

Dijérase que, a ratos, más que avanza, se tiende
sobre el mar aterido
la inmensa barca negra de enlutado velamen.

Claraboyas de estrellas en los negros costados
insinúan las bocas de oscuras escotillas,
y jarcias ideales y mástiles fantásticos;
y la muda cubierta,
sin límites ni blancas barandillas,
está fría y desierta...

con lentitud segura,
—a babor Marte rojo; a estribor Sirio verde—
la fúnebre barcaza imponente y oscura,
con el bauprés tendido
la cóncava distancia del horizonte muerde.

Deslumbrante fanal en el palo mayor,
la luna alumbra todo el bajel peregrino.
A babor y estribor
la espuma se desteje en un canto marino.

(La Noche es el corsario de un pirata poeta;
su arrogancia sombría
que vigilando alerta, finge que vaga o sueña,
reclama como enseña
un gallardete pálido: un cometa).

Estoy solo en la borda. Mi última ilusión,
en un agobiamiento desesperado y mudo,
se deshoja en el mar.

“¡Viajero al agua!”, grita mi aislado corazón.
Al grito ronco y rudo
no encuentro quien responda
y, junto al sueño náufrago,
lo hundo en la garganta de una onda!

Atrás se van quedando América, Oceanía,
Asia, África, Europa.
Un rápido bajel azul y blanco, el Día,
se acerca por el Este...
y la noche se fuga:
el fanal de la Aurora parpadea en la popa.

ACHIPIÉLAGO ROMÁNTICO

Antillas, verdes islas compañeras:
miradas por los astros desde el cielo
¿no aparecéis como un tranquilo vuelo
de águilas errantes y altaneras?

O, cercadas por gráciles riberas,
 ¿no simuláis un destrozado anhelo
 que ahoga el grito de su desconsuelo
 en un flotar de patrias y banderas?

Tú, preclaro archipiélago romántico:
 a los ojos azules del Atlántico
 y del Caribe al ínclito rumor

flotas entre dos mares tristemente
 y acaso no eres más que un Continente
 deshojado en el mar como una flor...

CANTO A LA REINA

A Su Majestad Lina I, Reina del Carnaval de 1937

(Fragmento)

Como para en la frente darte un beso,
 he aquí, Ciudad, que sobre ti se inclina
 un rostro de mujer
 y que, solo por eso,
 arde en tu noche un nuevo amanecer
 y te florece el alma en cada esquina!

No es, Ciudad vehemente y soñadora,
 que un soplo pasional tu ser abraza;
 no es que tu noche sueña con la aurora:
 es que una Reina pasa...

Sobre tus muros, ebrios de soñar,
 sobre esas piedras que el ayer dominan,
 cuatro siglos se empinan
 para verla pasar...

Sin duda, ¡oh! Ciudad, que tú naciste
en una antigua y tropical mañana
en que el alma del indio estaba triste
y estaba alegre la hidalguía hispana.

Creciste, enamorada de la altura,
con ansias de besar el firmamento;
eso tú lo aprendiste en la aventura
de los mástiles del Descubrimiento.

Pero también tuviste
nostalgias hondas con sabor de llanto:
eso te lo enseñó la Raza Triste
que en Boyá sepultó la pena de su canto...

Tan virgen que aún no eras pudorosa,
te acariciaron tórridos ciclones
y te hicieron la corte, como a una india hermosa,
corsarios y bajeles, piratas y galeones.

Esa España, que ahora se desangra en España,
en tu honor derramó su sangre entonces,
así te bautizó la misma Hazaña
a son de aceros bravos y de bélicos bronces!

Cubierta con la capa de tus piedras serenas,
envuelta en tus murallas, desafiante y sola,
coronada de almenas,
eras como otra Reina, Caribe y Española.

Grávida de simiente, portentosa,
anhelaste escalar la azul esfera,
y quisiste ser madre generosa,
y tuviste una hija: la Bandera.
Y el símbolo cristiano —paz y luz—,
el signo del amor y del consuelo,
épicamente lo elevaste al cielo
con la inmortal bandera de la cruz.

Por eso muestra tu alma, en cada arista,
fundidos al calor de tu vehemencia,
los aceros de fe de la Conquista
y los cañones de la Independencia.

Por eso son tus piedras, maternas y sagradas,
cuna de paladines nacionales
cuyas manos crispadas
nacieron para hacerse pedestales
de épicas espadas.

Por eso, si su acero Francisco del Rosario
rindió sobre el asombro del terruño,
fue más que necesario
que junto con la espada también cayera el puño!

Arca de cedro y sándalo fragantes
donde el Tiempo pirata
escondió sus tesoros rutilantes,
sus doblones de oro y sus joyas de plata:

He aquí, Ciudad, que ahora,
—porque pasa una Reina evocadora—
con la música antigua de tu Río
y la joya moderna de tu Puerto,
te das en cuerpo y alma y señorío,
tan generosa como un cofre abierto!

He aquí, Majestad,
que esta Noble Ciudad
se os rinde, “muy antigua y muy moderna”,
muy Siglo Dieciséis y Siglo Veinte,
renaciente y eterna,
con un sol en el alma y un lucero en la frente;
con su faz colonial y con su fe que salva,
con el jovial tesoro de su gran corazón,
con su Calle del Conde de Peñalva
y su Parque Colón!

Os ofrece, con gesto enamorado,
sus reliquias, sus templos de alma austera,
con cimientos en sombras de Pasado
y crestas encendidas de Sol y Primavera.

Y pues que al paso de la Reina Lina
suenan, como distantes campanas repicando,
las poesías de Tirso de Molina
y los sonetos de Leonor de Ovando
os da también sus lirás musicales,
se os da con sus Poetas inmortales,
con todo lo que en ella
es acorde, pincel, poema y cromo,
desde el Himno en que el alma de la Patria destella,
hasta el temblor de estrella
de los versos de amor de Apolinar Perdomo!

Y la Historia y el Tiempo, a esta noche asomados,
contemplan cómo a esta ceremonia
con ojos asombrados
convergen, por miraros frente a frente,
el pasado esplendor de la Colonia
y las magnificencias del Presente.

Y todo porque al veros
rodeada de esta Corte, inquieten vacilantes
si es que ascendió la Tierra a los luceros
o es que el cielo volcó sus astros rutilantes.

Y todo, Majestad, porque renacen
en vos con el fervor de un santo credo,
la virreinal corona
de la dulce María de Toledo
y el cetro musical de Anacaona!

¡Cuántas veces a Pueblos y Destinos,
—lo mismo hoy que ayer—
marcó rumbos y señaló caminos
una amorosa mano de mujer!

Y pues que sois mujeres
y todo lo podéis,
y pues que en toda gloria de los hombres
con sonrisas y amor aparecéis,
haced que sea inmortal la gloria del momento
y, eternizando gracias y sublimando aromas,
se coronen las ruinas con un sacudimiento
de pétalos y alas, de flores y palomas!

¡Y así por siempre vuestro Pueblo amado,
para alentar su vieja fe gloriosa,
tendrá dos pabellones: el Cruzado
y el de vuestra sonrisa milagrosa!...

A SU MAJESTAD AUGUSTA VICTORIA

(Fragmento)

¡Majestad!: Hubo gloria esta mañana
en todos los distantes campanarios.
Hasta los horizontes solitarios
llegó el eco sutil de la campana
para decir a la piedad cristiana
que el Rabí de los ojos visionarios
glorificó el dolor de los Calvarios
resucitando en la tristeza humana.

Y en la esta noche la Ciudad Vetusta
se levanta del lecho de la Historia
y hace risueña su actitud adusta,
pues sois, en este Sábado de Gloria,
por el imperio de la Gracia: Augusta
y por el triunfo del Amor: ¡Victoria!

Como un príncipe azul el Mar avanza,
olvida la fiereza de su encono

y entre serenos mantos de esperanza
se inclina en reverencias ante el Trono.
En gesto de magnífica nobleza
—como un remedo de las viejas plumas
que realzaban del indio la cabeza—
rinde el blanco pendón de sus espumas;
y, entre el Caribe Mar que se adelanta
y el Trono de la Gracia y de las Flores,
el Obelisco su altivez levanta
como una espada que rindiera honores!

Oh, Príncipe Caribe, mar romántico,
hijo del milenario Padre Atlántico:
tú ofrendaste la sal y diste el agua
para el bautismo del doliente cántico
de la Reina-Poetisa de Jaragua;
la azul virginidad de tus zafiros
floreció espumas tras las Carabelas,
y en sus jarcias prendiste cien suspiros,
y temblaste en sus pálidas estelas,
y asombrado y cordial —oh, indio triste!—
a la audacia sin nombre de sus quillas
calladamente manso le ofreciste
la joya tropical de tus orillas...

¡Oh tú, Mar Nuestro!, para ti es lo mismo
lanzar un canto a las constelaciones
en la voz musical de tu oleaje,
que estremecer el alma del abismo
con el rudo estridor de tus ciclones
en un canto de horror, bravo y salvaje;
en un marco de islas y de arenas
eres, sobre las vastas soledades,
flauta de mitológicas sirenas
y órgano de roncadas tempestades;
en cordajes de naves y bajeles
cantaste como en una lira errante...
después tus ondas épicas y crueles
sepultaron bajel y navegante!

Pero esta noche, oh Mar, qué manso vienes
tendiendo, en dulce y lírico abandono,
todo el amor que de poeta tienes
para dejar tu beso en las gradas del Trono!

¡Majestad!: regia flor de aristocracia,
poema de belleza y de candor,
Augusta en el imperio de la Gracia
y Victoria en el triunfo del Amor:
las linfas de esta alberca transparente
en esta noche cantan al compás
de un misterio inocente,
y es porque acaba de encontrar la fuente
en vuestros ojos dos luceros más!

¡Mirad cómo en la Fiesta están presentes
—recogidos y graves
como ha de estarse en las profundas naves
de los místicos templos imponentes—
Su Majestad la Reina Primavera
acompañada de su paje Abril;
Su Alteza el Mar Caribe, que os venera
y os rinde su bravura varonil
desmayada en espuma silenciosa;
y, al fin, un pobre príncipe, mi verso,
que en vos saluda, Majestad Gloriosa,
a la Mujer: la flor del Universo!

PÁGINA AZUL

A Mireya

Tal como son las hijas de todos los Poetas
que aman la belleza, el Bien y la Esperanza:

madrigales de luz en las pupilas quietas
y poemas de paz en la sonrisa mansa;
así yo te imagino:
la risa como un trino,
la voz como un cristal,
el gesto señorial,
elegante, discreto, dulce y blando,
y, en el fondo del alma, tu inocencia cantando
como canta en tu nombre la gloria de Mistral!

UN PRESENTE DE TU HADA MADRINA

Tu hada madrina, en la mañana clara
de tu alegre bautizo,
expresamente quiso
que tu estirpe preclara
(cuyo blasón ilustra un fiel leopardo
de elegante perfil y alma de nardo)
se ennobleciera, aún más, con una gema:
te puso un nombre azul como un poema.

Y por eso tu nombre musical
reclama la presencia
de este blasón: un nardo de inocencia,
y esta canción de cuna: un madrigal.

RÉQUIEM

*A un bohemio que reposa sin lápida en un Cementerio sin
nombre de una Ciudad sin lágrimas.*

La noticia fue breve
y se deshizo pronto, como un copo de nieve.
(Nevaba sin cesar desde el nacer del día
y la humedad manchaba los paredones altos).
La ventisca era fuerte.
La última edición de aquel diario traía,
entre citas triviales de suicidios y asaltos,
el lacónico anuncio de tu muerte.

Recuerdo. Eras joven. Veinte años.
Así llegaste a la Ciudad Urgida
donde el minuto, al acentuar sus daños,
le muerde los talones a la vía;
la Ciudad del enigma y de la duda,
de rostro duro y de pupila clara;
la ciudad donde el hambre se hizo muda
a fuerza de no hallar quien la escuchara;
la Urbe donde impuso la moneda su brillo:
y lo más que pudiste
llevar a tu bolsillo
fue el frío de tus manos, hombre triste!

En la penumbra helada de tus sueños
mirabas con frialdad
cómo los rascacielos se veían pequeños
al lado de tu alta soledad.

Gobernaste el imperio de tu hambre callada
como un emperador gobierna su fortuna
y tus días sin pan y tus noches sin luna
pienso que te importaron casi nada.
El silencio fue tu único trofeo,
la soledad fue nimbo de tu frente

y en tu viacrucis siempre estuvo ausente
la figura de amor del Cirineo.

Añoraste el calor de los lejanos nidos
cuando, bajo el azote de las ráfagas crudas,
marchabas con los pies entumecidos
y las manos heladas y desnudas.

Conociste el camino doloroso
que hay entre el deseo y la ansiedad
cuando la burla de un cristal lujoso
te opuso, transparente, su impiedad.

A tu lado cantaba la opulencia
sonriente y complacida
mientras tu pobre vida
rodaba con cansada indiferencia.

Perdido en la penuria y la distancia
aprendiste esta irónica sentencia:
cuando el peso recorta su presencia
el centavo triplica su importancia.

Tu obligada bohemia fue novia de tu mal,
consuelo de tu enfermo corazón.
De su brazo llegaste al hospital,
con tu roto zapato,
tu agónica ilusión,
tu ensueño triste y tu licor barato.

¡Cómo recordarías a la muchacha aquella
que estremeció tus júbilos secretos,
—ojos de mar bajo el negror del pelo—
¿Por qué pensaste en ella?
Ya acariciaba nietos
de los cuales no eras el abuelo!

Yo te comprendo. Era un recuerdo amargo
que la ausencia y el tiempo te encendieron en lampos de alborada,

y en tu camino largo
acaso fue esa luz lo que faltó a tu noche desolada.

Y ya te despedías de tus sueños de hombre,
de tu amor sin fortuna, de tu incurable herida,
de la Ciudad que te redujo el nombre
y te apagó la vida.

Y ya todo fue blanco, blanco y frío:
el silencio, la ausencia y el descanso.
Tu mismo pensamiento se hizo río
congelado en quietudes de remanso.

Deslumbrados por soles tropicales
tus ojos se rindieron, en mortal desencanto,
bajo plumizos cielos invernales
de una Ciudad sin llanto;
y en una de esas tardes en que el cansancio llueve,
cuando el sol va a enterrar su último destello,
en anticipación del blancor de la nieve
una sábana blanca se te envolvió en el cuello...

Por entre solitarios arrabales,
de esos que la Ciudad
aparta de sus bellas catedrales,
pálidos de piedad
llevaron los amigos tus despojos mortales
a uno de esos absurdos camposantos
sin cruces ni cipreses ni congojas ni llantos.
Pocas, muy pocas flores
quedaron en la tierra que acaso te sea leve,
y a poco, fantasmal, y sorda a los rumores,
se te cubrió la tumba con un manto de nieve.

Morir es naufragar en el olvido.
Para aquellos que ahora te dan su pensamiento
arribará el momento
en que también la Muerte les quite lo vivido;
y así comenzarás a estar ausente,
definitivamente,

como si nunca hubieras existido.
Bajo una tierra extraña sepultado
—tierra a su vez que se sepulta en nieve—,
y mientras nieva o llueve,
ahora se ha entregado
tu materia aterida,
tu débil cuerpo herido por suerte,
a tu póstumo sueño de la vida
o a tu sueño primero de la muerte.

A lo lejos la Urbe fastuosa e inclemente
—alma de esfinge y rostro de quimera—,
levanta tu perfil de cordillera
contra el fondo plomizo de un cielo indiferente.

CARTA A DIOS

*"Dudo que tenga oídos la celestial
clemencia"*

OMAR KAYYHAM

*"La pena de los dioses es no alcanzar la
muerte".*

RUBÉN DARIO

*"¡Oh! tú, Cristo del cielo,
redímenos del Cristo de la tierra"*

UNAMUNO

*"A su imagen y semejanza hizo el hombre
sus dioses"*

ANÓNIMO

(Presúmese escrito en la segunda mitad de la sexta década del siglo XX).

¡Perdóname, Señor, que estoy cansado,
y el cansancio es hermano de la vida
por ti mismo creada!

¿Qué sentiste al oír del Gran Crucificado
esta frase tremenda en tu frente clavada:
“¡Por qué, Señor, me has abandonado?”

¿Conoces las tinieblas de los ojos sin luz?
¿Sabes lo que es dudar mientras se dice: “creo”?
¿Conoces lo que pesa sobre el hombro una cruz?
¿Sabes lo que es no hallar un Cirineo?

Señor, Señor, buen Dios:
Cuando tu hijo Jesús perdonó a Magdalena
—esa pobre mujer que no pudo ser buena—
¿tú supiste si ella, los perdonó a los dos?

Desde tu altura, ¿has visto
que hay muchos Judas para cada Cristo?
Tus ojos, que contemplan los confines
del Universo entero con todos sus tropeles,
¿han visto cien ejércitos de implacables Caínes
exterminar incautas muchedumbres de Abeles?

¿Son Demonios, Satanás y Luzbeles
quienes en las penumbras del ocaso
forjan el drama triste del divino fracaso?

Señor: ¿también te cansas
y te abandonan fuerzas y esperanzas?

¿Te estás poniendo viejo, y tus oídos
se están volviendo sordos
bajo el fragor de los mundanos ruidos?

¿No estás cansado de jamás morir?
¿Presagias que un Dios joven heredará tu angustia,
tu inmutable existir,
y sobre la creación desesperada y mustia
los astros seguirán, cual cirios encendidos,

insomnes pero yertos,
fríos y estremecidos,
soñando con fulgir
sobre la tumba de los dioses muertos?

No es que de ti, Señor, yo me distancio.
Si no pesara tanto este cansancio
no hiciera estas preguntas
—en humidades de invisibles llantos—
que a ti dirijo con las manos juntas,
como rezan tus santos.

¡Perdóname, Señor, que estoy cansado
y ¡es tan honda la herida que sangra en mi costado!...

MENSAJE CASI PÓSTUMO

Te fuiste, antes que yo, bajo la noche fría.
Me dejaste la duda, cuando nació tu ausencia,
de si era yo mismo quien en verdad moría
o eras tú quien nacías a una eterna presencia.

Mi pena era tan niña cuando nació tu ausencia
que apenas si podía modular un gemido;
apenas modulaba su dolor mi conciencia:
yo era solo estupor, incomprensión, latido.
Y tu ausencia jugaba con mi daño
como juega un infante con su juguete nuevo.
Y yo sin presentir el que año tras año
crecería en angustia, crecería en tamaño...
y ahora...no me atrevo
a mirar su estatura —erguida como un monte—
ni su amplitud ílmite, que me rodea como
un amargo horizonte
frente al cual yace mi alma con sus alas de plomo.

Y ahora que el cansancio se me está haciendo sueño,
 ahora que este sueño se me está haciendo muerte,
 escribo este pequeño
 mensaje para ti, mensaje puro y fuerte
 en que quieren fundirse, en una sola esencia,
 mi ausencia —que ya viene— con tu crecida ausencia.

SUPLICIO

Bajo la vieja noche de mis daños
 el tiempo está lloviendo en mis eriales
 un dolor que parece de mil años.

Siento sobre mi espalda dolorida
 la sombra de una danza de puñales.

Oigo el llanto vertido
 por mi nuevo dolor recién nacido.

Acaso mis tormentos se hayan puesto de acuerdo
 para que otro ser querido
 me esté dando su último recuerdo.

En estériles yermos ateridos
 ¡alguien me está enterrando en sus olvidos!

¿Qué nueva y misteriosa y cruel herida
 ha empezado a tatuar mi costado sangrante?

En otros horizontes de mi vida,
 ¿qué me está sucediendo en este instante?

Corazón lastimado:
 ruega que no sea Ella quien te esté malhiriendo,
 ¡la que negó a mi vida lo que hubiera bastado
 para entrar en la muerte sonriendo!

POEMA

Un crepúsculo gris y callado vierte
penumbras sobre un lento ocaso;
y no sé dónde me arrastró el acaso:
si a orillas de la vida o de la muerte.

No hay una voz que al corazón despierte.
Una señal callada se abre paso
entre un frío silencio quieto y laso
que sólo mi alma solitaria advierte.

Ya en mi noche ningún lucero brilla.
Manos desde la sombra honda y vasta
me llaman, mudas, desde la otra orilla.

Y en tanto que la noche va creciendo
pienso que tengo ya lo que me basta
para entrar en la muerte sonriendo.

No saber dónde me dejó el acaso:
¿a orillas de la vida o de la muerte?
mientras mueren las luces del ocaso.

POEMA PARA UN HOMBRE TRISTE

Sí. Ya lo sé. La muerte se detuvo en tu casa
—con la misma indolencia con que llegó otras veces—
y apagó aquella luz que aún quedaba en tus sombras.
No lo digas a nadie.
Nadie comprendería la angustia de tu pena,
la razón de tus lágrimas, lo justo de tu llanto.
No lo digas a nadie.
Esas gentes que sienten
más que el dolor de su alma el dolor de su cuerpo

no quieren mirar lágrimas. Si alguna vez hubieran
aprendido a llorar, quizás fueran más puras,
más buenas, más humanas.

Hasta a los mismos ciegos aún les queda el recuerdo
supremo de llorar, como si el llanto fuese
la canción de su Noche, la lluvia de su Pena,
la luna de su Sombra. Los ojos no se han hecho
sólo para mirar.
Pero calla todo eso. No lo digas a nadie.

Te vi en el camposanto contemplando las hojas
barridas por el viento pasar sobre una lápida
donde un nombre querido muestra al cielo sus letras.
Sé que desde el instante que se quebró tu vida
como una rama frágil, tu pensamiento vive
abrazado a esa lápida, tal como si buscaras
que tu nombre también se esculpiera en la piedra
sobre la cual deshojan su oscuridad las noches,
su nostalgia los días, su blancor las nevadas,
sus vigiliass la angustia, sus insomnios la pena,
su sangre los recuerdos y su llanto las lluvias.
No lo digas a nadie. Nadie te entendería.

No empañes la sonrisa de tus buenos amigos.
Como el tiempo es tiránico, no alcanzan sus minutos
para llegar puntuales a la urgida oficina,
a la gran factoría, al forzado trabajo,
al fervor del deporte o a la sala de cine.
No podrán detenerse a escuchar tus palabras.
Todos tus conocidos —galeotes ingenuos,
presurosos y dóciles— tienen que obedecer
al mandato del cómitre que les marca el compás.

También sé que en tu espalda, en sombra amenazante,
la soledad ensaya su danza de puñales.
Pero guarda silencio. No digas nada a otros
del trágico monólogo de tu escondido llanto
ni del gran desconsuelo de tus ocultas lágrimas.

¡Que sean de tu Ausente todas tus soledades,
y todos tus silencios, y tu callar sin término!

¿Has contado tus muertos? ¿Has pensado que son
mucho más que tus vivos? ¿No ves que en la otra orilla
son más los que te esperan
que los que en esta orilla te tienden sus dos manos?

Te he visto en la quietud del grave cementerio
y sé lo que has sentido: has envidiado árboles
que hunden sus raíces junto a la fresca lápida
como buscando el lecho de enterradas cenizas
donde nutrir las flores de otras primaveras
que no verán tus ojos... Y sin duda pensaste
en el frágil rosario que Ella llevó a su tumba
en sus pálidas manos; y que esas mismas manos
deshojarán sus dedos mucho antes que el rosario
desgrane oscuramente sus cuentas desatadas.
No le digas a nadie lo que entonces pensaste.

A orillas del Enigma formulas mil preguntas;
y el silencio responde: lo único indudable
es que todos pasamos por esa misma puerta
hacia el misterio eterno del polvo y de la Nada.
Pero, tras esa puerta, ¿hallarás a quien buscas?

Convéncete, hombre triste, que las dos gotas trémulas
que estuvieron fundidas en una sola gota,
una vez separadas jamás han de encontrarse;
que dos hojas gemelas que en una misma rama
conmovió el mismo viento, una vez esparcidas
ya jamás juntaránse.

Presagias que en la Muerte no existen los reencuentros
y el amargo consuelo que el morir nos procura
es el saber que vamos a una misma sombra,
hacia un mismo silencio y un mismo polvo mudo.
La hoja no hallará su otra hoja en las selvas
que nazcan algún día,

la gota no hallará a su otra gota en las aguas
de los mares que surjan en los tiempos que lleguen.

Que todos tus silencios, todas tus soledades
queden llenos de Ella. Silencios y penumbras
encastillen tu pena. Ambula inadvertido
por la Ciudad sin lágrimas. Quizás eso te ayude
para entrar en la Nada tan silenciosamente
como la hoja ya seca o la gota perdida.

Sé que sabes todo eso. Lo recuerdas. Lo piensas.
Pero nunca lo digas. ¿A quién? ¿Y para qué?

EL MURO ÚLTIMO

Seguiré, solitario, buscando por la vida
el bien que pueda hallarse detrás de tantos males.
Eso aprendí de ti; eso me lo enseñaste
cuando anduvimos juntos
por los tristes y ásperos caminos de la tierra.

Ahora, que tu recuerdo me sigue hablando insomne
desde donde nos hablan las voces que ya han muerto,
nuestro diálogo se hace para siempre imposible
y tan sólo me queda la angustia del monólogo...

Al final de la vida un muro se levanta:
es el muro que aparta los muertos de los vivos.
Es un muro tan alto que comienza en la tierra
y acaba más allá del final de los cielos,
más allá del final a donde llegan todos
los puntos cardinales. Y no hay en su mole
la piedad de una puerta, ni siquiera el engaño
de una sola ventana inaccesible y muda.

Yo he pegado, mi oído a esa pared inmensa,
a esa piedra impasible, tratando de escuchar
las voces que se fueron, los pasos que marcharon
con rumbo hacia el misterio. Yo me he roto la frente
contra el muro implacable; y a mi ansiosa pregunta
contestó ese silencio helado e infinito
con que Dios nos responde cuando lo interrogamos...
Cual las manos de un ciego mis pobres manos trémulas
han buscado en el muro la ilusión de una grieta.
Mi grito ha interrogado al horror de ese muro
y respondió a mi grito un silencio de piedra;
mis ojos preguntaron al muro impenetrable
y el muro me clavó su mirada de piedra;
mi llanto humedeció la pared muda y sorda
y respondió a mis lágrimas la impiedad de la piedra;
puse mi corazón a latir junto al muro
y sólo escuchar puede el eco de la piedra;
mi plegaria voló junto al muro impasible
y fue como una sombra fugaz sobre la piedra...

Y el muro inmemorial, incommovible y frío,
levantó la gran mole de su silencio sordo
como otro Dios hermético, como otro Dios de piedra.
Y la Desesperanza me ha dicho estas palabras:
—La cerradura mágica que buscas febrilmente
la hallarás en tu sien sufrida y dolorosa
o en el pecho en que late tu corazón herido.
—¿Y la llave, la llave?
—¡Esa llave que buscas acaso esté en tu mano!

PSICOANÁLISIS

Mi locura es tranquila, de esas que llaman mansas:
Soportar sobre el hombro la cruz insoportable
de las esperanzas;

llevar sobre los labios una sonrisa amable
que no parezca irónica;
esconder muy adentro mi vieja angustia crónica
que es yedra en mis palabras y cardo en mi alegría,
y pasar ante todos como un hombre cualquiera
que aparece de pronto
al doblar de la esquina
y la gente, en la acera,
piense secretamente:
¡qué feliz ese tonto!

Mi locura es tranquila, no hace ningún daño.
Una locura mansa que dura todo el año.
Pienso que a veces llega a la categoría
de una simple manía.
Por ejemplo: querer ser honesto y sereno;
buscar al hombre bueno
que ha existido siempre tras el malo aparente;
hasta a las cosas feas pintarlas bellamente
—como dicen las pintan los más buenos pintores—;
apacentar mis largos rebaños de dolores
mientras mi pastoril flauta, discretamente,
suene y cante como una clara fuente
bajo un cielo sereno.
Le gusta a mi manía
desgranar los rosarios
de la melancolía,
hacer bien y ser buena:
multiplicar panes y perdones
sin temer a los bíblicos calvarios
que llevan a las cumbres de las crucifixiones.

Mi locura es tranquila. No pide nunca nada,
ni siquiera un mendrugo de las dichas ajenas.
Va rumiando sus penas,
risueña y desolada,
sonora y cristalina,
clavada en sus recuerdos con un lis y una espina.

Sin embargo, hay minutos en que mi ideal locura
sufre pequeñas crisis, se sale de su marco
y parece un flechero que apronta la bravura
de su certero arco,
de su aguda saeta,
para herir en la frente
a la injusticia ciega... pero entonces se acuerda de repente
de que es locura mansa, locura de poeta:
la flecha queda inmóvil, paralizada (quieta
de invisibles perdones), como una garra incruenta
a la que nadie teme ni nadie toma en cuenta.
¿Piedad o simpatía?
¡Cosas de mi manía!,
como ésta de llevar mi tristeza escondida
para no entristecer la curiosa alegría
de quien quiera asomarse al brocal de mi vida.

Mi locura es tranquila,
como un péndulo inútil que entre sombras oscila:
Por respeto al silencio ni siquiera habla inglés.
Y la tuya, oh, amigo, la tuya ¿cómo es?



ÍNDICE



| | |
|------------------------------------|-----|
| Semblanza de Virgilio Díaz Ordóñez | |
| Virgilio Díaz Grullón | .7 |
| Poesía de Ligio Vizardi | |
| José Alcántara Almánzar | .21 |

LOS NOCTURNOS DEL OLVIDO (1925)

| | |
|--|-----|
| Absurdo poema de amor y muerte | .37 |
| Presagio | .39 |
| Abel | .39 |
| Cuando ya no me quieras | .41 |
| Desde un banco | .42 |
| Ella lo quiso | .42 |
| Sábado de gloria | .43 |
| A mi bastón | .44 |
| Venda perfumada | .45 |
| La muerte de Pierrot | .46 |
| Cicatriz | .49 |
| Coloquio con mi esqueleto | .50 |
| El rosario de plata | .50 |

LA SOMBRA ILUMINADA (1929)

| | |
|--|-----|
| Elegía de una tarde de enero | .57 |
|--|-----|

| | |
|---|-----|
| Piedad | .58 |
| Desconsuelo | .58 |
| Epístola de Caronte | .59 |
| Iluminación | .60 |
| Inocencia | .61 |
| Elegía de una mañana de marzo | .62 |
| Miedo | .63 |
| Balada del niño huérfano | .64 |
| Bendición | .65 |
| Luto | .66 |
| Perdón | .67 |

FIGURAS DE BARRO (1930)

| | |
|----------------------------|-----|
| Figuras de barro | .73 |
| El acto | .74 |
| La pecadora | .74 |
| La estéril | .75 |
| La mendiga | .75 |
| La ardiente | .76 |
| La frágil | .77 |
| La pudorosa | .77 |
| La histérica | .78 |
| La cobarde | .78 |
| La santa | .79 |
| La romántica | .80 |
| La beata | .80 |
| la suicida | .81 |
| La ciega | .82 |
| La hermana | .82 |
| La novia | .83 |
| la imposible | .83 |
| La ausente | .84 |
| La muerta | .85 |

POEMARIO (1947)

| | |
|--|-----|
| Elegía a los artistas sin gloria | .89 |
| Estampa colonial | .91 |

| | |
|---|-----|
| Aldea | 94 |
| A Kümmel | 96 |
| Día de hambre | 98 |
| Espejo | 99 |
| Dolor antiguo | 100 |
| Poema involuntario | 101 |
| La plaza de los suicidas | 102 |
| Cervantes | 102 |
| Duarte | 103 |
| Martí | 103 |
| Bolívar | 104 |
| Sánchez | 105 |
| Francisco de Asís | 105 |
| Viernes Santo | 106 |
| Viudez | 106 |
| A un poeta | 107 |
| Oración desesperada | 108 |
| Antigua crónica de una corte ilusoria | 109 |
| Parábola | 111 |
| Carta a José Santos Chocano | 112 |
| Carta a Fabio Fiallo | 115 |
| Doña María de Toledo | 118 |
| Devolución | 121 |
| Intimismo | 123 |

CLARO DE LUNA (1947)

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Canción de otoño | 130 |
| Encuentro | 130 |
| Madrigal de tus ojos | 131 |
| Madrigal de tu voz | 131 |
| Madrigal de tus manos | 132 |
| Poema a tus pies | 133 |
| Vals triste | 134 |
| Beethoven: | |
| I. La décima sinfonía | 136 |
| II. La última sonata | 137 |
| III. Cuasi una fantasía | 137 |
| Poema de tu alma | 138 |

Sonata patética139

RUBAIYAT DE OMAR KHAYYAM (1952)141

SONETOS (1971)

Mar Caribe173

Palimpsesto174

Corina Finke174

Abel de piedra175

Julio de Windt Lavandier175

la puerta cerrada176

Luluh de Galván177

La rosa177

Olvido178

Juguetería178

Rafael Octavio Galván179

Julio González Herrera180

Acuse de recibo180

Federico Bermúdez181

Enriqueta Zafra181

Enrique Cambier182

El árbol183

La ceiba de Colón183

Génesis184

Retrato184

Feminismo185

En la alcoba186

Réplica186

Gastón F. Deligne187

Campana de San Luis187

Cansancio188

Dolores R. de Lugo188

La siembra188

OTROS POEMAS

Confesión193

Cartas sentimentales194

| | |
|--|-----|
| Violines | 194 |
| Pasan los tiempos | 195 |
| Cartas espirituales | 196 |
| Cartas espirituales | 197 |
| Mañana de lluvia | 198 |
| Fatiga | 198 |
| Al pie de un libro de Tagore | 199 |
| Margarita | 200 |
| Atavismo y progenismo | 201 |
| Poema | 202 |
| Augurio | 204 |
| Poema | 205 |
| La gran ofrenda | 205 |
| Clarín profético | 207 |
| La carta | 209 |
| Tu recuerdo | 209 |
| Alas hispánicas | 210 |
| Carta sin fecha | 214 |
| Respuesta sin fecha | 215 |
| Aniversario | 216 |
| Luna de noviembre | 216 |
| La canción de la lluvia | 218 |
| Entonces... | 219 |
| La canción de los tristes | 219 |
| La canción del silencio | 220 |
| La canción final | 221 |
| Trova errante | 222 |
| Noche de luna | 224 |
| Senda gris... | 225 |
| Para una ausente | 225 |
| Nirvana | 226 |
| La misteriosa pregunta | 227 |
| Canción de otoño | 227 |
| Anoche tu recuerdo me acarició la frente | 228 |
| La cita | 229 |
| Florestrella | 230 |
| Piedras preciosas | 230 |
| A Miguel de Faguere | 231 |
| A su bella Majestad Leticia | 232 |

| | |
|--|-----|
| Rezo profano | 233 |
| En el hospital | 234 |
| Madre | 235 |
| Abandonada | 237 |
| Canción de ausencia | 237 |
| Retratos grotescos | 239 |
| La serenata | 239 |
| Carnaval grotesco | 240 |
| La silla vacía | 241 |
| Juerga Patricia | 241 |
| Sonata de Beethoven | 242 |
| Sinfonía gótica | 243 |
| Canto a la Restauración | 244 |
| La elegía de las manos | 247 |
| Laureles | 248 |
| Vaticinio | 248 |
| María Cristina | 253 |
| Canto al amor | 253 |
| Estampa de carnaval | 256 |
| Síntesis | 257 |
| Pasa, sobre el mar, la noche | 258 |
| Archipiélago romántico | 259 |
| Canto a la Reina | 260 |
| A su Majestad Augusta Victoria | 264 |
| Página azul | 266 |
| Un presente de tu Hada Madrina | 267 |
| Réquiem | 268 |
| Carta a Dios | 271 |
| Mensaje casi póstumo | 273 |
| Suplicio | 274 |
| Poema | 275 |
| Poema para un hombre triste | 275 |
| El muro último | 278 |
| Psicoanálisis | 279 |

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los Sermones del Padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas

De próxima aparición:

- Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos

Este libro se terminó de imprimir en
el mes de abril del 2000
en los talleres gráficos de
Editora Corripio, C. por A,
Calle "A" esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana.